

PREMIO  CONFIDENCIAL 2013  
PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA NEGRA



# EL ASESINATO DE LOS MARQUESES DE URBINA

MARIANO SÁNCHEZ SOLER

Fierro, un especialista en trabajos ilegales al servicio de la banca, prepara por encargo el crimen perfecto, planificado al detalle, en el que incluye la fabricación de un culpable conveniente a los intereses financieros que le han contratado: el asesinato de los marqueses de Urbina. El crimen, que tiene lugar mientras las víctimas duermen plácidamente en sus camas, convulsiona la vida española de 1980, sometida al azote terrorista en plena transición democrática. A pesar de que todo se desarrolla según lo previsto, los planes de Fierro tienen consecuencias imprevisibles para él.

En El asesinato de los marqueses de Urbina, la ficción se pone al servicio de la realidad para desvelar la oscura maquinación, jamás investigada, que envolvió al, para muchos, misterio criminal más famoso de la España del siglo XX.



Mariano Sánchez Soler

# **El asesinato de los marqueses de Urbina**

ePub r1.0  
Titivillus 24-02-2018

Título original: *El asesinato de los marqueses de Urbina*  
Mariano Sánchez Soler, 2013

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



*Para Ana Paula, siempre.*

*A Francisco J. Ortiz y Claudio Cerdán,  
amigos generosos.*

Por imperativo legal, los nombres verdaderos  
de los protagonistas de esta historia  
se han encubierto. Los crímenes  
ocurrieron tal como se relata.

La primera vez que hablé con un sacerdote me dijo:  
«Muchacho, noto algo extraño en ti; tú tienes algo que ver  
con la muerte». Yo era muy joven y le creí.

NAPOLEÓN WILSON, en *Asalto a la comisaría del Distrito 13*  
Escrita y dirigida por John Carpenter en 1976

El dinero que mata y vivifica como la palabra,  
el dinero que se adora,  
el eucarístico dinero que se bebe y que se come.  
Viático de la curiosidad vagabunda y viático de la muerte.

LÉON BLOY, *La sangre del pobre*.

... Que en el día de la fecha han practicado la autopsia a los cadáveres de don MARTÍN DE LA FONTE GARCÍA y doña MARÍA EUGENIA DE URBINA GOITI en el Instituto Anatómico Forense de Madrid, con los números 955 y 956, respectivamente, y donde ingresaron procedentes del depósito de Pozuelo de Alarcón.

Ambos cadáveres llegaron sin ropas y lavados, por lo que no se pudo realizar el estudio de los vestidos, manchas de sangre, pruebas de parafina o de los posibles estigmas de ahumados.

Se trata de dos cadáveres de personas que murieron a causa de las lesiones producidas por un arma de fuego. El arma es de idénticas características, e incluso pudiera tratarse de la misma, lo que se probará con el estudio balístico de los casquillos hallados en el lugar de los hechos y de los proyectiles extraídos de los cuerpos, que se aportaron a los servicios de investigación criminal asistentes a las autopsias.

Según el estudio conjunto de la temperatura rectal referida en el levantamiento de los cadáveres (de 35 grados y dos décimas) y los datos de la necropsia, las dos muertes se produjeron alrededor de las seis horas del día uno de agosto; si bien, por el corto espacio de tiempo que las separa, no puede precisarse cuál de las dos víctimas fue la primera en expirar, ya que el fallecimiento de ambas fue casi instantáneo a la agresión.

La causa de las muertes fue por lesión de centros vitales cerebrales; aunque en la mujer se produjera una abundante hemorragia por la herida cervical, pero ya una vez muerta.

El señor De la Fonte García recibió el disparo en la cama, tumbado sobre el lado izquierdo; la muerte le sorprendió dormido, sin ningún reflejo de defensa; y el óbito prácticamente fue instantáneo tras recibir el disparo que se efectuó a unos diez centímetros de distancia, de derecha a izquierda, de atrás adelante y de abajo arriba.

La señora De Urbina Goiti recibió dos disparos. El primero en la boca, con los labios cerrados. El disparo se ejecutó de arriba abajo y

de delante atrás, también a una distancia aproximada de diez centímetros, y no fue mortal de necesidad, ya que no lesionó ningún órgano vital. El trayecto habla de que la víctima estaba en decúbito supino (boca arriba) y tumbada, ya que, de no ser así, no tendría ese trayecto oblicuo sin lateralización. Al recibir ese impacto, debió sobresaltarse e incorporarse, momento en que recibió el segundo disparo, casi acto seguido y a cañón tocante, es decir, aplicando la boca del arma sobre el cuello de la víctima, lo que hizo que el disparo se efectuara de delante atrás, de derecha a izquierda y de abajo arriba. Esa es la razón por la que el proyectil llegó desde el cuello hasta la cavidad craneal y rompió las vértebras, el agujero occipital, y destruyó el tronco cerebral y parte del hemisferio cerebral izquierdo, lo que le produjo la muerte inmediata.

Estos disparos hablan del ánimo frío y profesional del agresor o agresores, que actuó o actuaron con auténtico ánimo homicida, ya que los disparos se produjeron hacia la cabeza de ambas víctimas y en situación de indefensión y sorpresa.

Por último, es posible que los proyectiles, que carecían de camisa, fueran previamente estriados, como prueban las grandes lesiones óseas producidas.

Autopsia realizada por los forenses  
RAIMUNDO DURÁN LINARES  
y JOSÉ ANTONIO GARCÍA-ANDRADE,  
el 2 de agosto de 1980.

## Barrachina clausura el infierno

Casi todos los ricos dormían tranquilos. En La Moraleja, nada rompía esa sensación de seguridad que puede comprarse con dinero. Reinaba la calma y el silencio cuando la patrulla de vigilantes privados se detuvo, por un momento, frente al edificio Nínive. Una luz tenue perfilaba los contornos de una ventana en el segundo piso. Ninguna incidencia. Los visillos mantenían la intimidad del interior y ocultaban los movimientos de un hombre solitario que arrastraba sus cincuenta y dos años con una tristeza fatal.

En aquella habitación de muebles de diseño, Baltasar Barrachina, vestido con un suave batín sobre el pijama de seda, tomó su maletín de ejecutivo, lo depositó sobre la cómoda de metacrilato y marcó los números de su carné de identidad. Los cierres saltaron a la vez. Sacó unos papeles timbrados y los apiló en el suelo junto a otros documentos seleccionados para la ocasión. Acercó una silla y se derrumbó sobre ella sin fuerza. Pobre iluso. La dieta constante le producía depresiones de caballo, pero no conseguía su objetivo. Muy a su pesar, era un hombre demasiado obeso para su baja estatura.

Se miró a los ojos. La luminosidad íntima de la lámpara halógena difuminaba sus facciones en el espejo. Cogió un folio en blanco y comenzó a escribir con caligrafía clara y líneas ordenadas:

*Madrid, 3 de mayo de 1986. Señor juez: Que Dios me perdone...*

Baltasar Barrachina, *el Gordo*, iba a acabar con aquel infierno. Sobre la mesita de noche, dos pistolas Star usadas y discretas aguardaban el momento de su función mortal, cada una con una bala en la recámara.

*... pero creo que para sufrir este calvario es mejor no vivir.*

De repente, recordó que aquella misma mañana había concertado una cita con los abogados del Gran Hombre, por quien hasta entonces lo hubiera dado todo, sin importarle las consecuencias.

Al alzar la mirada, supo que debía terminar de una vez:

Mi jefe, don Jacobo Castellar de Urbina, es el verdadero culpable de esta desgracia. Tiene las manos manchadas de sangre, señor juez, y yo siempre he actuado siguiendo sus órdenes a rajatabla.

Sobre el espacioso lecho conyugal, desmesurado, Adela, esbelta y carnal, dormía con su larga cabellera rubia aplastada contra el almohadón, sin ese estilismo vulgar de peluquería para mujeres ricas y maduras que desplegaba durante las mañanas. A su lado estaba Raúl, en el centro de la cama, también dormido por efecto de los somníferos que le había hecho ingerir a la fuerza. ¿En qué sueña un muchacho de quince años que lo tiene todo?

Allí le esperaban, inconscientes y vulnerables, ajenos a sus maquinaciones.

... es un canalla. Me ha utilizado hasta el infinito. En cuanto yo no esté, seguro que intentará librarse de todo. Tenga cuidado, señor juez. Si de verdad se puede confiar en la justicia, haga algo, por favor, que sus crímenes no queden sin castigo...

Su pulso marcaba el compás de los hombres perdidos. Sudaba. Estaba desesperado. A través del espejo de la cómoda se miró de soslayo. Descubrió su propio reflejo y se dijo: —Debo hacerlo.

Se acercó a la cama y les tapó con la colcha. Sintió que un acto de amor le dominaba.

Al menos, si hay Cielo, mi adorado hijo, Raúl, y mi mujer, Adela, podrán disfrutar de una existencia mejor. Por lo que a mí respecta, que Dios se apiade de mí si puede...

Después de llenar cinco páginas con fechas, nombres y detalles que consideró relevantes, escribió el número de su carné de identidad y estampó su firma con una filigrana temblorosa: Baltasar Barrachina García.

Aturdido, comenzó a quemar documentos en el cuarto de baño. Papel tras papel, las hojas se reducían a cenizas sin que las llamas provocaran una pequeña hoguera. En el fondo del retrete quedaban unos restos negros e indescifrables que el agua insistía en mantener a flote. Se trataba de borrar las huellas, de crear pistas falsas, de acabar con esa chusma de pelo engominado y relojes de oro macizo; se trataba de darles una lección que jamás olvidarían.

El Gordo empuñó un arma en cada mano. Sus dedos gruesos y sudorosos rozaban los gatillos. Se acercó a la cama, apuntó con la derecha y descerrajó el primer disparo a quemarropa. El casquillo voló por el aire mientras un sonido sordo, apenas perceptible, llevaba el final instantáneo hasta la sien de Adela Vidal. El proyectil se incrustó en su cerebro de cuarenta años, y su carne cuidada con esmero se agitó en una sacudida seca.

Sin detenerse, manteniéndose en pie a duras penas, se dirigió al otro lado de la cama, dejó la pistola caliente en la mesita de noche, extendió el brazo y colocó el cañón de la otra Star en la sien izquierda de su hijo.

—¿Por qué...?

Casi cerró los párpados al apretar el gatillo; la cabeza del muchacho giró levemente hacia la derecha mientras el casquillo daba un brinco mecánico.

Con los ojos llenos de lágrimas, Baltasar Barrachina dejó el arma encima de la cómoda, se acercó a la mesa, introdujo la carta en un sobre y la guardó dentro del maletín.

Ahora le tocaba a él. El tiempo discurría de un modo diferente, congelado, difuso, como en una ensoñación. Así ocurre siempre. El Gordo lo había hecho, había matado a su familia; ¿qué pensarían de él las personas que realmente le conocieron? Estaba solo y armado ante su conciencia, convertido en un pelele. Nada quedaba de aquel hombre de acero capaz de hacer lo que fuera necesario para complacer a su excelentísimo jefe.

Las agujas del Rolex marcaban el último instante. Barrachina, dominado por una repentina agitación, sintió la necesidad de explicarlo todo, de comprender. Sin embargo, apenas articuló un murmullo indescifrable y un sollozo. Miró los rostros inertes de su mujer y de su hijo, sus mejillas recorridas por una telaraña de sangre. Se vio a sí mismo en ellos y descubrió lo que significaba.

—Nunca creí...

Se tumbó junto al cadáver de su hijo. Presionó sobre su frente con el cañón de su arma. Solo tenía que apretar el gatillo, pero entonces entró Fierro.

## Como un secreto de confesión

Aquel gélido 20 de noviembre de 1979, mientras los seguidores del difunto general Franco continuaban llenando la plaza de Oriente en Madrid, Jacobo Castellar de Urbina bajó de un taxi en Charing Cross, se sumergió en el mugriento metro y llegó hasta el Soho, en pleno corazón del West End. Después, caminó a través de unas calles surcadas por *pubs* tradicionales y comedores de origen asiático. Era un lugar extraño para él, un barrio ajeno al lujo exquisito que tanto le gustaba.

Castellar se detuvo ante la fachada verdosa del Duncan, un viejo *pub*. Aquel era el mejor momento de la tarde. El local estaba abarrotado. Durante un instante, para paliar el impacto sombrío, se quitó sus gafas de cristales ahumados. Estaba muy nervioso y acariciaba de vez en cuando sus distinguidas sienes. Se dirigió al mostrador y pidió cerveza negra. Su inglés era tan catastrófico que el barman, un paquistaní con los ojos azules, le hizo repetir sus palabras. Después, ocupó una mesa discreta, bebió a pequeños sorbos, sin prisa, y esperó en la más absoluta soledad.

En Londres, el frío de la noche se mezclaba con la tristeza cuando Fierro apareció desde un extremo de la barra. Había permanecido allí, agazapado. Tras comprobar que todo estaba en orden, se acercó empuñando una gran jarra de cerveza y tomó asiento frente a él. Nunca había tratado con el gran jefe en persona.

—¿A qué se debe tanto honor? —preguntó, con curiosidad—. Nunca antes...

—Siempre hay una primera vez.

Ni siquiera se estrecharon la mano.

El Gran Hombre tenía los ojos demasiado luminosos para poseer un corazón tan siniestro. Enfundado en un traje hecho a la medida, oscuro y de corte moderno, vestía con discreción, pero todo en él rezumaba dinero.

—No es el procedimiento —insistió Fierro—. Soy una persona metódica, me gusta seguir los cauces habituales.

—Este asunto prefiero tratarlo sin intermediarios molestos.

—¿Y sin Barrachina?

—Incluso sin él. Es un tema muy privado. Si usted decide que no le interesa, deberá olvidarlo para siempre.

—Como un secreto de confesión.

Fierro dejó que Castellar se lo explicara todo, palabra por palabra, mientras sus pupilas se

perdían en el líquido negro que menguaba entre los labios del Gran Hombre.

—¿Cómo lo ve?

—Algo así no se improvisa —contestó Fierro, e hizo una pausa antes de añadir—: Pero me haré cargo.

—Tiene tiempo suficiente para prepararlo todo —advirtió Castellar, con voz grave—. La solución no puede pasar del verano. Lo necesito fuera de la circulación antes de septiembre.

—Este es un buen lugar para hacer negocios. ¿Sabe lo que significa Soho?

—No, ni me interesa.

—Dicen que es un viejo grito de caza.

—¿Ah, sí? —dijo Castellar, con desdén.

—Y muy apropiado. Yo soy *su* cazador. —Y casi exclamó al añadir—: ¡Soho, disparad a ese zorro!

—Déjese de tonterías —soltó el Gran Hombre, mirando a un lado y a otro, inquieto por si llamaban demasiado la atención.

—Es un lugar seguro, don...

—Sin nombres.

—Nunca nos buscarían en semejante sitio.

—Y que Jo diga.

—¿Qué ve usted a su alrededor? —preguntó Fierro, con sorna.

—Gente bebiendo.

—«Hombres» bebiendo. Estamos en un *pub* de maricones. —Esbozó su mejor sonrisa al puntualizar—: Es el *pub* de maricones más famoso de Inglaterra.

—¿Usted también es...?

—Yo no le hago ascos a nada.

Castellar no pudo ocultar su desconcierto.

—¿Y la Policía? ¿No los...?

—Esta es una vieja democracia. —Fierro parecía divertirse—. Aquí vives y, si no molestas, te dejan vivir.

—Y en España. Tenemos una Constitución desde hace casi un año y el Código Penal... —repuso el Gran Hombre, con soltura.

—En Madrid, cualquier juez de misa diaria podría meternos en la cárcel por escándalo público.

—No ha sido una buena idea quedar en este lugar. —Castellar miró su reloj de pulsera antes de añadir, inquieto—: Se me hace tarde.

Hasta ese momento, Fierro siempre había hecho trabajos propios de un detective más o menos sucio, de un esbirro quebrantahuesos, o de un policía capaz de sacarle el máximo brillo a su placa. Sencillos en su ejecución y planeamiento, contundentes en sus resultados; sin que a nadie le importaran las posibles consecuencias mortales. Cuando el asunto era laborioso, trataba de hallar los puntos débiles de la pieza y explotarlos a fondo. Jamás aquel prohombre había querido relacionarse directamente con él; siempre utilizaba a su perro de confianza, *el Gordo* Barrachina, para aquel tipo de encargos. «Haz lo que tengas que hacer», «Resuélvelo según tu criterio», «Sé concreto»... Conocían muy bien las habilidades y el historial de Fierro; le tenían cogido el punto y sabían que, por dinero, era capaz de hacer cualquier cosa, sin remilgos.

Pero esta vez Jacobo Castellar de Urbina había bajado a pisar la arena del circo.

—Nadie sabe que estoy en Londres —añadió—. Oficialmente, no llegaré hasta mañana, para presidir el consejo de la Corporación Bankur.

—Esos detalles no me incumben.

—A mí sí. Me gusta tenerlo todo controlado. —Sonrió, con jactancia—. A las siete de la mañana me recogerán en el aeropuerto como si acabara de aterrizar, y quiero que usted ya no esté en Londres cuando yo llegue. Ninguna coincidencia.

—Me iré esta misma noche, en el primer avión que pueda tomar.

—En Madrid, Barrachina contactará con usted por los conductos habituales. Le dará el dinero que necesite para sus gastos y arreglarán la forma de pago. Pero él no debe saber nada más.

—Le mentiré. Se me da de maravilla.

—Con su silencio bastará. A su debido tiempo, él sabrá lo que tenga que saber.

—Quien paga manda.

—Garantizaré las transferencias, personalmente. A la cuenta cifrada que me diga. Ya sabe que me gustan mucho las islas Caimán.

—Como su nombre indica.

—No entiendo el chiste.

—Este es un acuerdo entre dos reptiles. Como nosotros.

Castellar ni siquiera sonrió.

—No sabía que fuera usted tan gracioso.

A Fierro se le heló la sonrisa.

—Nunca más volveremos a contar con sus servicios —añadió Castellar—. Barrachina le borrará de nuestra lista.

—Entonces saldré perdiendo con este negocio.

—Ponga el precio. Le haré rico definitivamente. No tendrá que trabajar nunca más.

Fierro escribió un número largo, muy largo, en el vértice de un posavasos de cartón, y lo acercó hasta Castellar, arrastrándolo sobre la superficie mojada de la pequeña mesa donde las pintas de cerveza estaban vacías y olvidadas.

El Gran Hombre miró aquella cifra por un instante, con semblante serio. Alzó la vista y musitó:

—¿En pesetas?

—En dólares. —Fierro estuvo a punto de lanzar una carcajada cuando añadió—: ¿O prefiere que sean libras esterlinas?

—De acuerdo, en dólares —Castellar le dedicó su gesto más sombrío—, cuando termine el trabajo...

—Lo quiero en tres plazos —le interrumpió Fierro, con creciente inquietud—. Uno ahora, otro de cuerpo presente, y el tercero cuando atrapen al culpable.

—¿En las Caimán entonces?

—Como las otras veces.

Y aunque Fierro se tenía por discreto, la curiosidad le arrastró a dar un paso en falso y decir:

—Es un asunto muy serio.

—Por eso estoy aquí, en persona, en este antro de degenerados como usted.

—Ya veo. Se les puede matar, pero no se les debe follar.

—Esta conversación ha terminado. Pague la cuenta.

—No me gustan los errores —insistió Fierro.

—De usted depende que no los haya.

—Ni las venganzas.

—Nunca actúo por motivos personales —zanjó Castellar, molesto.

Su mirada de mármol resultó convincente, pero Fierro, en su soberbia, sucumbió a la tentación de decir la última palabra:

—Ya no hay pena de muerte en España. Ahora la dictan por su cuenta los hombres de negocios.

Castellar ni siquiera le escuchó. Había salido del Duncan como quien huye de la peste.

## Primavera en el Club de Campo

El sabor de la sangre se queda en la lengua desde la primera vez, como un resabio que permanece después de haber matado. Ningún *gin-tonic* puede cambiar ese regusto que te recuerda permanentemente quién eres y quién serás: tan solo un asesino profesional a quien, a pesar de tratarse de un trabajo rutinario, le sudan las manos cada vez que siega una vida. Cuando alguien se dedica a ese negocio, las palabras sobran. Y Fierro tenía sus métodos y una logística tan mínima como eficaz, con un apartado de correos y una oficina diminuta atendida por Inmaculada, tan dulce y tan ignorante de las auténticas actividades de su cariñoso jefe.

—Paladin Press Internacional. Dígame...

Al escuchar su melodiosa voz al otro lado del auricular, Fierro cerró los ojos y recordó aquel cuerpo que sus manos conocían tan bien.

—Inma, soy yo.

—¿Jefe?

—No me llames así.

—Te veo tan poco que se me ha olvidado tu nombre.

—Mejor.

—¿Nos veremos esta vez?

—Imposible. Quizás en el próximo viaje. He dejado un sobre en el apartado, con los datos que necesito. Quiero direcciones, teléfonos y matrículas.

—¿Ni siquiera a cenar? —insistió la muchacha, con voz insinuante.

—Ya te he dicho que es imposible. Haz lo que te he pedido.

—Vale.

—Lo necesito todo para la semana que viene.

—Lo tendrás. Pero es una pena que no nos veamos.

—Estoy preparando una serie para la BBC sobre el mundo de las altas finanzas españolas.

—Ya.

Madrid era una ciudad sin alegría. Edificios grises, de fachadas sucias, apuntaban al cielo, y un olor a desinfectante caliente emergía desde los conductos de ventilación del metro. Coches ruidosos, tubos de escape sin control calentaban un asfalto castigado. Gentes apresuradas llenaban las cafeterías poco antes de las ocho de la mañana, como abrevaderos ruidosos. Una ciudad que salía del letargo uniformado, pero que todavía seguía inmersa en un mutismo dócil, solo roto

estruendosamente por la violencia: cada sesenta minutos un muerto en extrañas circunstancias. Los socialistas acababan de ganar las primeras elecciones municipales. El Ayuntamiento de Madrid estaba en sus manos. Querían una ciudad abierta a la modernidad tras cuatro décadas de áspera dictadura. Pero en las calles reinaba el sigilo, la prevención, la rapidez de un tráfico infernal. Solo en los reductos de los ricos, en cotos inalcanzables y exclusivos como el Club de Campo, se podía respirar la calma, con el optimismo de quienes lo tienen todo.

Aquel invierno, desde enero, había sido para Fierro una estación feliz. Siempre se sentía bien cuando organizaba un asunto y se caracterizaba para meterse en la piel de otro, mientras el mundo desquiciado se salía de su eje y giraba como una peonza sin control. A los asesinatos domésticos, siempre en alza, se sumaba una violencia extrema, de motivos políticos, que lo incendiaba todo. Y la mayor parte de aquellos crímenes —Fierro lo sabía muy bien— venían firmados por ETA militar, el Batallón Vasco-Español, el Frente de la Juventud, Fuerza Nueva, los Grupos Armados Españoles, la Triple A, comandos fascistas controlados desde el Ministerio de Gobernación... Violaciones de mujeres para amedrentar, estudiantes asesinados a puñaladas, tiros en la nuca a empleados, a militares de alta y baja graduación, a policías, a guardias civiles; explosivos en bares, paquetes bomba en asociaciones y en redacciones de periódicos; ametrallamientos, granadas contra cuarteles, esvásticas grabadas en sangre... El secuestro y asesinato de una estudiante de diecisiete años llamada Yolanda González... Palos, bates, navajas, pistolas...

La realidad ardía mientras los carnavales regresaban a Madrid después de cuarenta y cuatro años, aunque estaba prohibido utilizar máscaras u objetos que cubrieran los rostros. Enmascarados a cara descubierta. A Fierro le pareció un verdadero sarcasmo, una metáfora de la paciente farsa que él estaba organizando para cumplir el encargo del Gran Hombre.

Con la llegada de la primavera, al finalizar marzo, ETA militar había ejecutado a tres personas en ciudades distintas y en menos de cuarenta y ocho horas. Uno de ellos era un empresario vasco con título nobiliario, a quien, según se jactaban los terroristas en un comunicado, habían liquidado por ser un representante cualificado del gran capital y por haberse negado a pagar el impuesto revolucionario.

«Espero que no se me adelanten», pensó Fierro, con sorna.

Al cabo de tres meses, se había convertido por fin en un señorito más, uno de esos que viven en áticos de lujo, conducen Porsches y visten ropa de marca. Tal como había planeado, merodeaba desde enero cerca de los hermanos Urbina y de otros asiduos al Club de Campo. Alicia y Borja pasaban allí muchas tardes, cada uno por su cuenta. El chico siempre llegaba solo, con su semblante timorato y su personalidad apocada; incapaz de alzar la voz. Ella, al principio, aparecía con su marido, Dani, pero a veces se dejaba ver acompañada por su jefe, el corpulento David Connors, director de la multinacional de bisutería Silvergold.

Fierro arrendó una caballeriza, compró una yegua purasangre y se transformó en un discreto elemento del paisaje. Acodado cada tarde en la barra del club, recababa información sin prisa, discretamente, mientras exploraba aquella fábrica de idiotas después de un tranquilo paseo a caballo.

—¿Un *gin-tonic*? ¿Como de costumbre?

—De Hendrick's, ya sabes —contestó Fierro, con familiaridad.

Marcos, el barman, lo dispuso todo con los aspavientos clásicos de un profesional que se pavonea de sus habilidades. Cuando le acercó la copa, preguntó, buscando la aprobación:

—¿Bien?

Con parsimonia, Fierro dio un sorbo profundo y, con los labios mojados y el paladar agradecido, contestó:

—Perfecto.

—Gracias. No todos saben apreciarlo.

—¿Aquellos de allí, por ejemplo? —Fierro señaló al grupo en el que estaba Borja de la Fonte.

—Solo piden cervezas y ginebra Larios.

—Pues parecen satisfechos.

—Tienen mucho nombre, mucho apellido, pero poco dinero.

—¿Aquel de allí no es el hijo de los marqueses de Urbina?

—Sí, pero nunca paga.

—Será un jeta.

—¿Sabe cómo le llaman a él y a su hermana en Somosaguas?

—Ni idea.

—Los Pobres, con mayúscula. Los Pobres de Somosaguas.

—Un verdadero título de nobleza —apostilló Fierro.

—Aquí se sabe todo. La barra de un club como este es lo más parecido a un patio de vecinas. En cuanto se toman tres copas, se despedazan entre ellos. Tienen la lengua muy larga.

—¿Delante de ti?

—Para esa gente no existo. Soy invisible. Pero todo es apariencia. —Aquel buen hombre estaba desatado, con los ojos vidriosos, como si acabara de tomarse un ácido—. Su hermana, Alicia, tiene que trabajar en una empresa de bisutería fina esquilmando a las amistades de la familia. Eso por no hablar de su exmaridito, Dani. Otro de cuidado.

—¿Exmaridito?

—Alicia le ha pedido la nulidad matrimonial. Se han separado y creo que ella vive con su jefe, el yanqui ese con cara de bulldog.

—No te gustan mucho, ¿verdad?

—Yo trabajo para ganarme la vida, y ellos se permiten el lujo de mirarme por encima del hombro. No como usted, que me respeta.

Aquel hombre destilaba desprecio. Para cualquier infamia, los resentidos son siempre los mejores aliados. La información es poder.

Las cuidadosas indagaciones de Fierro comenzaban a dar sus primeros frutos. El matrimonio entre Alicia y Dani acababa de naufragar definitivamente. Cuando apareció el Americano en su vida, la hija de los marqueses, que había llegado virgen a su boda y permaneció en ese estado durante los meses posteriores, no tardó en cambiar al frágil osito de peluche por el curtido jugador de *rugby*. La carne pide carne.

El 31 de marzo de 1980, Alicia de la Fonte presentó la demanda de nulidad en el Tribunal de la Rota. Las vergüenzas de Dani quedaban al aire en un humillante documento:

Las dudas y recelos de doña Alicia con respecto a su matrimonio fueron aumentando de tal forma que, muy próxima la fecha de la boda, era su íntimo deseo no llegar a realizarla; si bien, paradójicamente, las circunstancias familiares y sociales le impidieron cancelar el compromiso ante el indudable escándalo

que hubiera supuesto. Las fechas que precedieron a la boda fueron angustiosas para la demandante, que no tuvo la fuerza de voluntad suficiente para atreverse a dar marcha atrás. La esposa excluyó siempre la posibilidad de quedarse embarazada.

Tras la ruptura, Alicia alquiló un ático en Azca y se entregó a los brazos de un atleta sexual. Dani se marchó a vivir con sus padres a su vieja habitación de siempre, abandonó el trabajo en Silvergold y se dejó arrastrar hacia un abismo empapado en alcohol.

Después de jornadas de acecho paciente en el Club de Campo, había llegado el momento de abalanzarse sobre su presa. En una de aquellas tardes sin brillo, cuando las copas desbocaban sus limitados cerebros, Fierro oyó gritar a Dani:

—¡La culpa de todo la tiene el hijoputa de mi suegro! ¡Si él nos hubiera ayudado, Alicia y yo seríamos ahora un matrimonio feliz!

Después, con ojos vidriosos, el yerno de los Urbina se acercó hasta la barra y, agitando su vaso vacío, pidió a Marcos que le pusiera otro lingotazo de vodka con lima.

Al verlo a su lado, Fierro le dijo con amabilidad:

—Hola. Que haya paz.

Dani le miró de reojo, cambió de repente su semblante malhumorado y esbozó una sonrisa leve.

—¿Y tú quién eres? —preguntó, sin excesivo interés.

—Un jinete aburrido.

—Que cabalga solo, por lo que veo.

—No conozco a nadie en Madrid. Vivo aquí desde enero. Vengo de Barcelona.

—¿Eres catalán?

—No, ¿acaso tengo acento?

—No nos gustan los catalanes. Aquí todos somos españoles.

—Como yo. Hice la mili voluntario.

—¿Y a qué te dedicas?

—Consigo cosas.

—¡No me digas!

—Negocios: comprar barato y vender caro. Ya sabes.

—Los negocios no son mi fuerte. Siempre me han salido mal.

Y se marchó contoneándose, en zigzag, con su vaso cargado de alcohol amarillo y de cubitos de hielo.

Fierro contempló aquel trasero escueto; no dejó de mirarlo hasta que Dani llegó ante sus amigos, que ocupaban una mesa sucia por la que ya habían desfilado varias rondas. Antes de sentarse, giró la cabeza y le hizo un gesto para que se acercara. Fierro se levantó del taburete, avanzó lentamente con el *gin- tonic* de Hendrick's balanceándose entre los dedos y, cuando estuvo más cerca, Dani le lanzó una invitación que cambiaría su propio destino:

—Si quieres sumarte al grupo...

—Encantado —contestó Fierro.

Dani le hizo un hueco y, en cuanto lo tuvo sentado a su lado, le dio una palmada en la pierna, muy cerca de la bragueta.

—¡Es bróker! —anunció con sorna—. ¡Consigue cosas... y se llama...!

—Toni, Toni —respondió Fierro, aturdido por aquel tocamiento.

—Le gusta cabalgar solo —prosiguió Dani, con una sonrisa burlona.

—No como a otros —dijo un tipo larguirucho, antes de presentarse—. Me llamo José Luis, Jose, y soy... el Fotógrafo.

—Yo soy Paco, aunque me llaman el Sastre.

—A mí puedes llamarme O'Brien —dijo uno que tenía el cabello y las cejas teñidas de rubio, y la piel picada de viruela.

—Yo soy policía —avisó el último, midiendo sus palabras con cierta chulería de telefilme—. Ya te diré mi verdadero nombre.

Fierro miró incrédulo al joven de gafas Ray-Ban y pelo peinado hacia atrás, mientras los demás lanzaban carcajadas de borrachera incipiente.

—Es amigo personal del señorito Borja —intervino O'Brien, con ademanes de chismoso.

—Lo mío es vocacional —dijo el policía.

—¡Juan Fernández de Toledo, inspector de segunda! —se burló O'Brien.

—¡Anacleto, agente secreto! —exclamó el Fotógrafo, sorprendido por su propia ocurrencia.

—Acabo de empezar —matizó el tipo, aguantando el chaparrón.

—¡Y está forrado! —advirtió Dani—. ¡Es el único de nosotros que tiene pasta!

—¡Será porque está en Atracos! —intervino el Sastre.

—¡Ya vale! —El joven inspector intentó zanjar aquella conversación, molesto—. Dejadlo estar.

Todos frenaron en seco.

—Me habéis impresionado —concluyó Fierro, con una sonrisa. Alzó su vaso a modo de brindis—: ¡Por la amistad!

Sabía que debía mantenerse lejos de aquel *manguta* imberbe y coincidir con él lo menos posible.

En cuanto pagó la segunda ronda de copas y mejoró las marcas de los mejunjes, todas las puertas se le abrieron, ya erigido desde entonces en el pagano más rápido en tirar de cartera.

Del Club de Campo pasaron a los *pubs* del barrio de Salamanca: El Chascarrillo, El Moro, El Espejo..., y acabaron bailando solos, a ritmo de Barbra Streisand y Donna Summer, en una discoteca sombría. *No More Tears*.

—¡No más lágrimas! —gritó el Fotógrafo, emocionado, cuando las dos estrellas de la canción cambiaron de repente aquel ritmo de balada dulzona, propicia para bailar cuerpo con cuerpo, por un tam-tam que dispersaba los fluidos.

Estaban en El Olimpo, de la calle Serrano, una *boîte-discoteca* iluminada por farolillos de colores íntimos y candilejas mustias, con una pista circular rodeada por reservados en terciopelo azul, dispuestos para los manoseos escondidos. Pero ellos movían el esqueleto bajo los focos tintineantes y de vez en cuando buscaban el roce, como todos los tipos que habían bailado allí. Era tan tarde que solo quedaban los tres, con sus camisas pegadas al cuerpo y los torsos brillantes de sudor. Hombres suaves de pelo en pecho capaces de contonearse como anguilas.

Y entonces saltó a los altavoces el último éxito de Gloria Gaynor: *I Will Survive*. Apoteósico.

*At first, I was afraid  
I was petrified...*

Dani no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas mientras se movía con espasmos, como si se hubiera tomado dos trips de golpe.

*I keep thinking.*

*I could never live without you by my side...*

Acercó su boca al oído de Fierro y le tradujo de memoria la canción de la Gaynor:

—¿Sabes lo que dice?

—Más o menos.

—Dice: «Al principio tenía miedo, estaba petrificada. Seguía pensando que nunca podría vivir sin ti a mi lado. Pero luego pasé las noches pensando en cómo me habías herido. Y me volví fuerte. Aprendí a sobrellevarlo. ¿Pensaste que me desvanecería? ¿Pensaste que abandonaría y moriría?».».

—Naturalmente que no —respondió Fierro, siguiéndole la corriente.

*Oh not. I not.*

*I will survive.*

—«¡Yo sobreviviré! Mientras sepa cómo amar, sé que estaré viva. Tengo toda mi vida para vivir. Tengo todo mi amor para dar. Sobreviviré. ¡Pero ahora estoy guardando todo el amor para alguien que me ame!». ¿No te parece maravilloso, Toni?

*I will survive...*

*Oh yeah. Oh yeah.*

De repente, la voz de Gloria Gaynor se detuvo, las luces dieron varios fogonazos y el silencio se impuso mientras todo quedaba fríamente iluminado. El escenario mostraba el verdadero rostro de aquel semisótano sin apenas ventilación.

—Estos maricones cierran ya.

Apuraron sus copas de un trago, se pusieron las chaquetas y se dirigieron hasta la salida. Mientras ascendían por la estrecha escalera, tropezando entre ellos, Fierro pensó que, después de tantas horas de juerga, iba a resultarle muy fácil conseguir cierta intimidad con aquellos atolondrados.

El frío de la calle Serrano, amplia y sin circulación, se les metió en los huesos. Un viento gélido llegaba sin obstáculos desde El Retiro.

—La última copa en mi apartamento —propuso el Fotógrafo, con los ojos enrojecidos y el pulso agitado.

—Son las cinco de la madrugada —dijo Fierro con voz mortecina mientras consultaba su Rolex con falsa preocupación—. Hemos cerrado todos los antros por los que hemos pasado y a mí me sale el alcohol por las orejas.

—Vamos —dijo Dani, casi tiritando, mientras cogía a Fierro por el cuello y se abrazaba a él como un náufrago a su salvavidas.

—Por lo menos, llévanos a casa en tu Porsche —pidió el Fotógrafo, tambaleándose frente a ellos sin un punto de apoyo.

—Vamos, Toni —suplicó Dani, antes de meterle la lengua en la oreja y moverla rápidamente como un sacacorchos.

Fierro se estremeció antes de responder:

—De acuerdo.

Pasó su brazo derecho alrededor de la cintura de Dani y lo atrajo hacia sí. Sus ojos brillaban mientras Fierro bajaba su mano y tanteaba las nalgas prietas de su compañero. Le pellizcó y comenzaron a caminar bromeando Serrano abajo, hacia el aparcamiento subterráneo de Colón donde habían dejado el coche.

Sin perder detalle, el Fotógrafo se unió a ellos y se abrazó a Fierro, quien quedó atrapado, envuelto entre los dos. Sin entender cómo, Dani y el Fotógrafo comenzaron a manosearle como dos conspiradores urdiendo un pequeño plan.

Fierro notó cómo retenían la respiración durante unos segundos, antes de cruzarse miradas cómplices.

Los tres soltaron una carcajada con eructos de *whisky*.

—Será mejor que tomemos un taxi —dijo Fierro—. No sé ni dónde está mi mano derecha.

Aunque borrachos, los tres comprendieron.

—Solo tengo una cama —advirtió el Fotógrafo.

—Será suficiente para Toni y para mí —dijo Dani.

—No te preocupes, Toni —aclaró el Fotógrafo—, es de matrimonio. Cabemos los tres.

## Bastará con un tiro en la cabeza

Los nuevos compañeros de Fierro eran chicos sensibles, de una intimidad oscura; vulnerable si alguien hurgaba en su interior. En su entorno familiar los consideraban unos vagos incapaces de hacer nada de provecho; unos nihilistas instalados cómodamente a quienes existir les resultaba demasiado fácil. Sus relaciones se movían en un terreno emocional tan inestable como arenas movedizas. En apariencia, por separado no eran nada, pero juntos podían alimentar un torbellino. Como hijos legítimos del sistema, se podían permitir muchas licencias sin que los molestaran, y eran de los que nunca daban un no por respuesta. Fierro lo supo desde el primer instante. Bastaba con seguirles la corriente y, en un momento determinado, marcar el compás.

En aquel pequeño grupo de amigos, Dani actuaba como un catalizador capaz de precipitar a veces la reacción química más imprevisible. El pardillo apenas había salido del nido familiar. Sus ojos profundos expresaban desamparo y sus labios siempre dibujaban una sonrisa de chico bueno. Era un fracasado prematuro, un niño pijo que jamás había tenido que luchar. Inició la carrera de Derecho, como su padre y su abuelo; luego emprendió pequeños negocios que se hundieron estrepitosamente. Buscaba un atajo y creyó que su matrimonio con Alicia de la Fonte iba a cambiar su mala racha. Pero volvió a equivocarse. Como en todo. Vida fácil, cerebro hueco. Su fiasco matrimonial quizá tuvo mucho que ver con todo aquello. Tras su separación a los dos meses de la boda, había emprendido una relación masoquista con su exmujer; la mitificaba y decía que ella era su «amor vital», aunque estuviera revolcándose con el Fotógrafo. Cuando escuchaba a Jacques Brel, terminaba coreando uno de sus versos, en francés monocorde: «Déjame ser la sombra de tu perro, déjame ser la sombra de tu perro».

En su angustia, Dani amenazaba con suicidarse si Alicia no regresaba a su lado. Resultaba increíble que dependiera así de aquella joven morena e insegura, que ante los ojos de cualquier observador surgía como la antítesis de la mujer capaz de llevar a un hombre a la ruina. Dani tenía todas las papeletas para ganar la rifa del cerdo.

Durante la primavera y el inicio del verano, Fierro no permitió que nadie se enterara de la verdadera naturaleza de su relación. Había que guardar las formas. En la intimidad de su casa, durante las juergas en el apartamento del Fotógrafo y en las sesiones del gimnasio de la calle Abascal, se soltaban las lenguas, hasta el día en que el corazón de la bestia comenzó a latir:

—¡Quiero hundir a mi suegro! —repetía Dani.

—Eso es fácil —contestaba Fierro.

—No te burles.

—Gente como él no merece la vida —apuntaba Fierro con calculada indiferencia.

—Tienes razón. —Dani entraba en el juego.

—Mientras otros como tú sufren por su culpa.

—¡Me gustaría darle de su propia medicina! —exclamaba Dani, antes de añadir que su suegro era un miserable, que, a pesar de ser inmensamente rico, pagaba a sus sirvientes salarios de miseria, que maltrataba a su esposa en público, que controlaba los capitales de la familia ante el estupor de los otros Urbina... Al final, exaltado, gritaba—: ¡Ese cabrón es un don nadie! ¡Y ahora va de aristócrata! ¡Se comporta como si tuviera sangre azul!

El ingeniero agrónomo Martín de la Fonte García había dado un braguetazo en toda regla, como el de Dani con Alicia. Al casarse, Martín había entrado en la aristocracia por la puerta grande: marqués de Urbina, de Burriana, de Escribano-Montesino y grande de España. Tras su boda, pasó a ser vicepresidente de Galerías Preciados, de la sociedad de seguros La Estrella, de la Sociedad Anónima de Seguros Generales, así como vocal de Nitratos de Castilla y de Sefisa Financiaciones, y consejero del Banco Urbina.

Sin embargo, para el marqués consorte existía una gran diferencia con respecto a su yerno: él había tenido que cargar con una mujer sin demasiadas luces, de moral puritana, sometida a tratamiento psiquiátrico y que necesitaba cuidados hospitalarios de vez en cuando. El precio había sido alto. Por el contrario, al casarse con una chica tan perfecta como Alicia, a Daniel Espinosa el negocio le resultaba prácticamente gratis. De alguna manera, Martín de la Fonte le odiaba porque veía en él un reflejo mejorado de sí mismo.

En un momento determinado, entre risas y torsos desnudos, Fierro por fin se atrevió a proponer:

—¿Y si acabamos de verdad con ese hijo de puta?

El Fotógrafo y Dani rompieron a reír ruidosamente.

—¿He dicho algo gracioso?

Al cabo de un segundo, el semblante de Dani palideció con una seriedad de mausoleo y advirtió:

—Matar a un ser humano no es como cazar conejos.

—¿Ah, no?

—Toni, tú estás loco.

El Fotógrafo los observaba en silencio, con una expresión idiota de incredulidad. Pero a Dani le gustaba la idea:

—No es tan fácil.

—Más de lo que parece. Piensa que es un conejo.

—Yo he cazado muchos.

—No es un hombre...

—Es una rata.

—Lo tienes a tiro, sin moverse.

Al ver la negra sonrisa de Dani, Fierro insistió:

—Recuerda que tu suegro es un miserable, es un animal. Tú lo dices siempre.

—Tendría que pagar por lo que me ha hecho.

Los ojos de Dani se afilaron de una manera que Fierro había visto antes en otros petimetres

como aquel. El borrego soñaba con ser lobo. La cocaína mezclada con ginebra era el elixir de los valientes.

—Supongamos que decidimos matar al marqués —comenzó a decir Dani, con la voz dominada por la emoción contenida.

—Bastará con un tiro en la cabeza —respondió Fierro, petulante.

—¡Estáis locos! —exclamó el Fotógrafo.

## La mejor manera de morir

Daniel Espinosa y sus amigos tenían una curiosa manera de entender la camaradería, y a veces entre ellos surgía el cuerpo a cuerpo, entre ginebra, coca y ácidos, piel con piel. Cuando estaban en grupo, Fierro dejaba que todos flirtearan a gusto, sin interponerse en ninguno de esos encuentros a tres bandas que a Dani le gustaban tanto. La promiscuidad le parecía contraproducente para sus planes. Pero aquel sábado era especial. Por fin iba a conocer al señorito Borja.

Después de los abrazos, al recogerlo en la terminal internacional del aeropuerto de Barajas, el heredero advirtió:

—Mis padres creen que llego el lunes.

—¿Entonces, la noche es nuestra! —exclamó Dani, con alegría, mientras le arrebatava el maletín de viaje.

—¿Y tu amigo...? —Borja señaló a Fierro.

—Es Toni, una nueva adquisición. Hemos venido en su Porsche.

—Hola...

Se estrecharon la mano mientras se exploraban con la mirada.

—Dani me ha hablado mucho de ti —prosiguió Fierro.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dice?

—Que eres la joya de la Corona.

Borja soltó una carcajada que contagió a Dani.

A su paso, las puertas de cristal se abrieron para mostrar una explanada de coches aparcados bajo marquesinas, farolas ámbar contra la noche y un nido de taxistas a la caza de viajeros despistados o con problemas idiomáticos.

Fierro metió el equipaje en el portamaletas.

—Vamos a cenar con Jose en El Chascarrillo —anunció Dani—. Luego nos iremos de juerga.

Media hora más tarde, ocupaban una de sus mesas favoritas y cenaban cuatro *pizzas* rociadas con bebidas espumosas poco recomendables para cualquier estómago exquisito. Fierro permitió que sus tres amigos marcaran el ritmo y aceptó dócilmente todas sus sugerencias. Era el nuevo y debía actuar con discreción.

—Toni se dedica a la bolsa —dijo Dani—. Ya sabes, te hablé de él por teléfono.

—No sabía que aceptaran a gente tan... lozana —repuso Borja.

—Bueno, actúo de manera independiente. Piso poco el parqué.

—Te dedicas a los trabajos «delicados» —añadió Borja, con suspicacia—, a los trabajos inconfesables, ¿no es así?

—Yo no diría tanto.

Fierro necesitaba cambiar de tema, que no descubrieran su impostura.

Inquieto y con ganas de acaparar la atención de todos, Dani levantó su copa y exclamó:

—¡La bolsa es Dios, y Toni es su profeta!

—La bolsa es un casino y yo soy un *croupier* más —contestó Fierro.

—¿Qué haces exactamente?

—Lo que todos. Compró y vendo. Manejo el dinero de clientes que no quieren aparecer en persona. Busco información privilegiada, estudio tendencias, monto campañas de desprestigio...

—Eres como un gánster —dijo Borja, con un hilo de voz.

—¡Si lo quieres ver así! —contestó Fierro, encogiéndose de hombros.

—Nunca había conocido a nadie como tú. En el Banco de Londres son muy conservadores y siguen diciendo que dos más dos son cuatro.

—Mienten y lo saben.

—Son hipócritas.

Brindaron con un vino italiano capaz de producir dolor de cabeza a un elefante.

Dani llevaba las riendas de la conversación, hablaba acaloradamente y solo tenía ojos para Borja, como si no existiera a su alrededor nadie más. El Fotógrafo le miraba sin hacer comentarios y Fierro descansaba tranquilo, después de haber soportado aquel *round* sin caer de bruces en la lona.

«Alicia, Alicia, Alicia...». La boca de Dani repetía aquel nombre, mientras Borja contestaba con monosílabos o asentía mansamente.

El postre trajo consigo la gran pregunta:

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió el Fotógrafo—. ¿A Las Mil y Una Noches, como de costumbre?

—¿Y si cambiamos un poco? —dijo Borja—. He pasado casi tres horas metido en un avión. Me gustaría ir a un sitio nuevo. Probar suerte.

—Con los dos duros que llevo encima no se me ocurre nada —apuntó Dani.

El Fotógrafo se llevó la mano a la cartera y la abrió para que todos la vieran.

—Solo tengo un billete de cinco mil —dijo.

—Conozco un lugar... —balbuceó Fierro—. Y puedo invitaros.

—Yo sé de otro —le interrumpió Dani—, pero es demasiado caro y somos cuatro.

—Esta es la noche —exclamó Fierro—. Tengo ganas de fiesta y no me importa el dinero. Lo voy a gastar con tanta facilidad como lo he ganado.

Borja le miró con una sonrisa.

—Pareces Rothschild —se burló.

—Esta noche tendrás tiempo para comprobarlo —respondió Fierro, exaltado; pero se contuvo de repente. No quería parecer un nuevo rico petulante y casi pidió disculpas al explicar—: Hoy he tenido mucha suerte en la bolsa y quiero celebrarlo con mis amigos. Espero que no te moleste la invitación. Para mí es un momento muy especial.

Y así fue.

Dani los condujo por la carretera de Barcelona, cerca de la base aérea de Torrejón. Llegaron frente a un edificio nuevo, con fachada rectangular, propia de un hotel de tres estrellas, si no fuera por aquellas luces tintineantes y cegadoras que anunciaban en la oscuridad nocturna: NIRVANA. CLUB EXCLUSIVO.

Dejaron el Porsche en el aparcamiento, resguardado entre otros automóviles de importación, y se metieron en aquel discreto lupanar para ejecutivos o industriales con el bolsillo roto.

—Siempre quise entrar aquí —dijo Dani, contento.

Ante el panorama carnal que surgía ante ellos, Borja balbuceó:

—¿Has visto qué tías? Si se lo proponen, pueden destrozar a cualquiera.

—Y matarte a polvos —dijo el Fotógrafo, divertido.

—La mejor manera de morir —bromeó Fierro.

En el aire flotaba la voz cadenciosa de Astrud Gilberto susurrando *La chica de Ipanema* y nadie miraba a nadie. Allí todos los hombres eran invisibles, mientras las mujeres, casi desnudas, desplegaban sonrisas de catálogo, interpretando los sueños húmedos de cualquier baboso con dinero.

—También hay apolos —dijo el Fotógrafo, señalando discretamente a dos atletas bronceados que ofertaban su mercancía apoyados en el mostrador del pequeño bar de madera labrada.

—Querrás decir adonis —le corrigió Borja.

—Quiero decir tíos cachas.

Aquella cama redonda rociada con champán, anfetis y *whisky* fue para Fierro el salvoconducto definitivo que le dejaba entrar en el corazón de los idiotas. Alquiló una de las *suites* y sufragó todos los gastos con la mejor de sus sonrisas.

Dani, Borja y el Fotógrafo vivieron la noche sin resistirse a nada ni a nadie, mezclados durante horas con los dos culturistas musculosos y con tres cariátides inexpresivas, de carnes compactas y curvas generosas, que estaban allí para satisfacer cualquier fantasía.

Con paciencia y sin mezclarse demasiado con los demás, Fierro se dedicó exclusivamente a las mujeres, como un semental concienzudo, exhibiéndose. Por esa vez creyó que, para ganar su confianza, no era preciso acomodarse a los manejos de aquellos señoritos. Pero, cuando ya clareaba la madrugada, Dani y el Fotógrafo, sudorosos y exhaustos, se le acercaron sigilosamente por detrás, bajo la vidriosa mirada de Borja, distante y cansado.

## Detonaciones

Hablar poco y pagar mucho. La fórmula perfecta para tener éxito en sociedad. Sin embargo, cuando se quedaba a solas con Dani, en sus citas secretas, Fierro se empleaba a fondo. Después, en los instantes de mayor intimidad, alimentaba sus sueños de venganza. Le metía en la mollera el deseo insuperable de matar al hijo de la gran puta.

Dani estaba acorralado. Andaba tan mal de fondos que, en pleno proceso de nulidad, había aceptado un préstamo de Alicia para abrir un *pub* y realizar absurdos negocios de importación con Nigeria. Aquellas seiscientas mil pesetas, avaladas por el banco de su suegro, le duraron tan poco que empeñó una valiosa pulsera que el marqués había dado a su hija como regalo de bodas. La ruina de Dani era absoluta, y en su mente retumbaban los reproches del marqués: «¡Un hombre debe ser capaz de sacar las castañas del fuego, de mantener a su mujer y trabajar! ¡Pero tú eres un inútil!». Al recordarlo, sus labios repetían:

—Es el culpable de todas mis desgracias. Merece morir.

—Pues acabemos con él —respondía Fierro, más repetitivo que el estribillo de la canción del verano—. Podemos hacerlo.

Entonces, Dani miraba al cielo con ojos desvalidos.

—¿Me ayudarías? —murmuraba—. Pero... ¿por qué?

Fierro rompía sus defensas con habilidad de manual y le susurraba suavemente:

—Lo quiero hacer por ti... Por tu... felicidad... Y por justicia.

El muy tonto se lo tragaba todo, sin darse cuenta de que Fierro le estaba sorbiendo el cerebro antes de devorarle otras partes de su anatomía, si era menester. Y así llegaron a urdir un plan.

—Necesitaremos armas.

—Mi padre tiene muchas.

—Debe ser una pistola sin registrar, para que no nos descubran.

—Mi padre las diseña; las construye a partir de piezas que compra en el Rastro. Tiene algunas que no están registradas.

—Genial.

—Son ilegales, no constan en ningún sitio.

Qué ingenuo, pensaba Fierro. Todas las armas dejan huella, tienen una identidad que los expertos de Balística pueden detectar fácilmente. Solo las nuevas, sacadas directamente de la fábrica, carecen de pasado.

Una tarde, en uno de sus encuentros en el piso de Fierro, Dani trajo una Star del calibre 22. Era una pistola antigua, ya en desuso, que expulsaba los casquillos cuando disparaba. El arma menos apropiada para cometer un asesinato. El padre de Dani la había restaurado. La Policía no tendría ninguna dificultad para rastrearla y dar con ella.

—Parece buena —mintió Fierro.

—Es vieja de cojones.

—Pero ¿dispara?

—La duda ofende.

Para demostrárselo, Dani le invitó a pasar un fin de semana en la finca de su familia en Tiermes, un pueblo al sur de Soria.

—Estaremos solos y la probaremos juntos.

—¿Solo usaremos esa pistola? —dijo Fierro.

—Ya veremos —respondió Dani, mientras se llevaba la mano a la entrepierna como si quisiera ordenar su contenido.

Aquel sábado de julio, el calor en Madrid resultaba insoportable. Los acondicionadores lanzaban chorros de aire caliente cargado de bacterias; sin embargo, en Tiermes, al caer la tarde tenían que usar un jersey.

En cuanto bajaron del Porsche y abandonaron las bolsas en el soportal, sin entrar ni siquiera en la casa, el impaciente Dani condujo a Fierro hasta un extremo apartado, tras unos cobertizos.

En su mano derecha empuñaba la Star, con el cañón hacia el suelo. Apuntó en todas las direcciones, con el brazo extendido en gesto amenazante.

—¡Está como nueva! —exclamó, con alegría—. ¡Hecha especialmente para incrédulos como tú!

Se dirigió hasta un poste de madera y, con la mano izquierda, colocó una diana de plástico sobre un soporte cuadrado, ya agujereado por el uso. Se alejó cinco o seis metros, arqueó las piernas, tensó los músculos de sus brazos y disparó con las dos manos. Una, dos, tres veces...

Las detonaciones provocaban un chasquido seco y sin fuerza. Cada vez que apretaba el gatillo, el arma retrocedía demasiado y el ruido rebotaba con un eco más allá de los pinos.

Fierro se acercó a la diana y comprobó los agujeros.

—Funciona —dijo con satisfacción—, aunque no es muy certera.

—A corta distancia no fallará —respondió Dani.

—¿No es un poco estridente?

—Si le pongo esto, el silencio será total, aunque no creo que lo necesitemos.

Sacó un tubo metálico y lo incrustó en el cañón. Era un silenciador de fabricación casera.

Volvió a disparar y en el aire flotó un sonido hueco, como una piedra al chocar con el agua.

El plan seguía su curso. ¿Qué tenía Fierro hasta ese instante?: un padre aficionado a las armas, una pistola ilegal y unos casquillos más elocuentes que la huella del carné de identidad. Y para que todo aquello terminara de convertirse en una prueba irrefutable, las vainas expulsadas por la Star se quedaban allí, entre centenares de proyectiles disparados en el campo de tiro de la familia.

Los dos practicaron durante horas, flirteando, con tocamientos. Al ensayar el modo de descerrajarle al marqués el disparo de gracia, Fierro tomaba a su amigo por detrás y restregaba su cuerpo en el de Dani. Era como un juego.

Después, al caer la noche, mientras cenaban a la luz de una vela, comenzaron a planear el

modo de entrar en la mansión y el momento adecuado para hacerlo. Dani estaba envalentonado. Resulta curiosa la forma en que un alfeñique se torna valiente al empuñar un arma.

—Seré la venganza —dijo, con voz ritual.

—Tú eres la justicia —le corrigió Fierro, consciente de que se acercaba el gran momento.

El mayor problema de Dani era su indiscreción. Tenía tantas ansias de notoriedad que la fuerza se le iba por la boca.

—¡En cuanto se lo diga a Jose...! —repitió, nervioso.

—Es mejor que no sepa nada, que todo quede entre tú y yo.

—¡Toni, él también tiene que participar!

Fierro debía actuar de prisa y arrastrar en el operativo al Fotógrafo del alma. El éxito no admitía demoras y los acontecimientos parecían precipitarse. El lunes por la mañana, en cuanto regresaron a Madrid y logró librarse de su amigo, Fierro envió un mensaje a su cliente, tal como habían acordado, desde la página de contactos de la revista erótica *Lib*: «No te vayas de vacaciones antes del primero de agosto. Espérame. Tu Paladín».

Días más tarde, en la mañana del 28 de julio, Alicia reclamó a Dani que firmara los documentos de separación matrimonial y que le devolviera el dinero que le debía.

—Ponte a trabajar —le dijo—, haz lo que sea, pero necesito que me des lo que te he prestado y que desempeñes la pulsera cuanto antes. Si mi padre se entera...

—Tú me has dejado por otro —respondió Dani, con un hilo de voz—. Me has engañado. Pero tus padres me han destrozado para siempre. ¿Y sabes una cosa? Te vas a acordar de mí. Voy a hundir a tus padres.

Alicia esbozó una sonrisa tan burlona que Dani, desencajado, replicó furioso:

—¡Y esta vez va en serio!

## Tengo un plan

¿Qué sabían de Fierro aquellos ilusos, aparte de conocer sus habilidades en la cama? Nada, absolutamente nada. Todavía no habían probado la hiel amarga que deja siempre a su paso. Eran vírgenes frente al dolor. Cuando en el futuro Dani, el Fotógrafo y Borja pensaran en él, cuando trataran de describirle o dibujar en su mente un retrato robot, no tendrían nada que destacar, ningún rasgo físico, ninguna huella. Y si de repente se preguntaban cómo le habían conocido, o de dónde había salido un papanatas tan generoso, confesarían angustiados que no tenían respuesta. Toni era un personaje fabricado a su imagen y semejanza, uno más de aquella tropa de vagos insignificantes.

Fierro estaba dispuesto a cumplir la parte más difícil de la transacción: mandar el paquete a los confines de donde nadie regresa jamás y ejecutar la operación al ritmo de Dani, convertido en la voz cantante tras asumir la idea como si fuera exclusivamente suya, mientras su amigo el Fotógrafo le seguía la corriente, quizá convencido de que, al final, se vendría abajo, de que desistiría de su plan delirante. Fierro tendría que ponerlos a tono para que no le dejaran colgado en el último momento.

Al mediodía, los tres comieron juntos en el bufé de El Corte Inglés de la calle Goya, porque Dani y el Fotógrafo decían que, por quinientas pesetas, podían ponerse hasta las cejas. Ellos eran adictos a la barra libre, pero en aquella ocasión decidieron que cada uno se pagara lo suyo. Sin duda, pensaban que era un día especial en el que debían demostrar su solvencia. Pagar y matar son dos verbos que se conjugan juntos por cojones.

Pasadas las cuatro de la tarde, se marcharon al apartamento del Fotógrafo. En aquel ático amueblado de manera convencional, con las paredes cubiertas por fotografías en blanco y negro, que el mismo anfitrión había realizado, dejaron que se disiparan los efluvios del vino.

—Esta madrugada le daremos lo que se merece.

Los tres cómplices rieron. El Fotógrafo y Dani entraron en la habitación para dormir la siesta. Fierro se quedó por un instante en el sofá del salón, dispuesto a repasar mentalmente sus próximos movimientos. Decidió no dejarlos ni a sol ni a sombra y entró tras ellos en el dormitorio.

Todos los ingredientes estaban en el cóctel, preparados para que Daniel Espinosa recorriera aquel corto camino al infierno. A su manera, Borja de la Fonte también alimentaba la ira de Dani, dosificada, implacable. Cada vez que le telefoneaba o cuando regresaba de Londres en secreto, despotricaba contra su avaro progenitor y le acusaba de haberle «exiliado» a la City.

—Quiere que Alicia y yo sigamos siendo Los Pobres de Somosaguas —se quejaba amargamente—, incluso después de muerto.

Durante los últimos meses, el marqués estaba vendiendo las propiedades más emblemáticas de la familia, se había deshecho de algunas empresas radicadas en Panamá y, con el dinero obtenido, compraba acciones del banco, en su afán por controlar el consejo de administración dirigido con mano de hierro por los dos hermanos de su mujer.

Aquella tarde del 31 de julio de 1980, horas antes de la gran decisión, Borja llamó por teléfono a su amigo Dani. A su lado, el Fotógrafo y Fierro siguieron la conversación como una pantomima. No pudieron escuchar las palabras de Borja, pero los ademanes de Dani lo explicaban todo.

—Corren malos vientos financieros, chico —advirtió Borja, alarmado—. No sé cómo pararlo. Se ha vuelto loco y dice que nos quieren quitar el banco, que desde dentro están preparando una operación hostil, una traición... Si mi padre continúa durante más tiempo dilapidando nuestro patrimonio, nos vamos a quedar sin un duro.

—No te preocupes por nada, Borja —respondió Dani. Con voz cavernosa y, sin separar el auricular de su oreja, lanzó a sus dos amigos una mirada con la furia de un personaje de *spaghetti western*, a lo Lee Van Cleef—. Tengo un plan.

Fierro se mordió los labios para no reír, apartó los ojos y dio un largo trago al cubata. El Fotógrafo sintió un nudo en la garganta.

—Tienes que confiar en mí, en nosotros —apostilló Dani, antes de despedirse con voz de melodrama—. ¡Tienes que hacerlo!

En cuanto colgó el teléfono, Fierro se puso frente a sus dos amigos, con los brazos en jarras, y sentenció:

—Esta es la noche.

No podía permitir que los dos pardillos se enfriaran.

—Sí —respondió Dani—. Todo está preparado.

El Fotógrafo estiró el cuello. Sus cejas retuvieron dos gotas de sudor que le precipitaban hacia el fondo de un pozo. Palidecía por segundos hasta que, por fin, preguntó:

—¿Estás... estáis seguros?

—¡Hasta el último detalle! —exclamó Dani.

—¡Es perfecto! —dijo Fierro, con ese tono que emplea un entrenador para animar a sus jugadores antes de comenzar un partido que sabe perdido de antemano.

Ocho horas antes de que mataran a los marqueses de Urbina, los tres asesinos salieron a tomar copas. En el Seat Ranchera del Fotógrafo llegaron hasta El Chascarrillo, donde se les unió el Sastre. Los cuatro formaban la cofradía más idiota del lugar. Chistes malos, conversaciones huecas, comentarios sin sustancia, risas...

—¿El que bebe?

—¡Se emborracha!

—¿El que se emborracha?

—¡Duerme!

—¿El que duerme?

—¡No peca!

—¿El que no peca?

—¡Va al Cielo!

—¡Puesto que al Cielo vamos...!

—¡¡Bebamos!! ¡¡Arriba, abajo, al centro y *pa'dentro*!!

*Gin-tonics* y benjamines de champán antes de cenar en El Espejo. Estaban animados. Nada dejaba ver el volcán que llevaban dentro. Cuando regresaron a El Chascarrillo, ya habían desfilado un par de veces por el «camino blanco», con perico del mejor, cortesía de Fierro.

Al filo de la medianoche, el Sastre se marchó a su casa y los pequeños victimarios continuaron su juerga de copas y rayas en Las Mil y Una Noches, un *pub* decorado con quincalla orientalista. La madrugada iba a caerles encima brutalmente.

—Es el momento —anunció Fierro.

—Vamos —respondió Dani.

El Fotógrafo titubeó.

—No te rajarás ahora, ¿verdad, Jose?

Dani tomó su cara entre las manos, le miró fijamente como si estuviera a punto de besarle y suplicó:

—¡Jose, te necesito!

—Vamos entonces —contestó el Fotógrafo, visiblemente derrotado.

Solo faltaba que alguien pusiera *With a Little Help from My Friends*, de los Beatles, como música de fondo.

José Luis Muriel, el querido Fotógrafo, condujo el Seat Ranchera hasta el domicilio de los Espinosa, en la avenida del Generalísimo. Dani descendió del coche y desapareció por el portal.

Mientras esperaban en el auto, aparcado junto a un semáforo, Fierro pensó en aquel botarate y sintió cierta compasión por él. ¡Le estaba resultando tan sencillo convertirlo en un criminal! Convenientemente manipulado a fondo, Dani podía ser capaz de cumplir cualquier amenaza, por descabellada que pareciera. Cuestionado por todos y humillado ante Alicia, su orgullo y su hombría estaban en juego. Su antiguo jefe de Silvergold era el causante de su desdicha y, sin embargo, el pobre chico siempre señalaba al marqués como único culpable de su fracaso matrimonial. ¿Por qué no dirigía su ira contra el Americano? La respuesta era sencilla: Fierro había entrado en escena para manejarlo como a una marioneta y canalizar su rabia hacia donde más le convenía.

Resultaba patético verle regresar, al cabo de unos minutos, cargado con una pesada bolsa en la que llevaba la pistola, el soplete, el martillo, el esparadrapo y la linterna; contento, al sentirse un pequeño dios; tan delicado y tan asesino en ciernes.

## Un crimen limpio

No se trataba únicamente de matar al marqués. Era importante llevar a cabo un crimen limpio y conseguir un culpable adecuado. De hecho, eso era lo esencial. Y allí estaba el pusilánime Daniel Espinosa, a quien Fierro estaba moviendo entre el odio y la cocaína mientras se adueñaba de su mente y de su polla. Un plan perfecto.

Después de aquel día de juerga, Fierro los empujó a la venganza. El marqués, aquel ser despreciable, tenía que morir.

—Va a pagar todo el mal que me ha hecho —repitió Dani varias veces para darse valor.

A su lado, el Fotógrafo, con menos luces que un mandril, seguía todos sus exabruptos, titubeante.

—Os llevo en mi Ranchera —aceptó al fin.

—Nos veremos a la entrada de la urbanización —dijo Fierro—. Yo iré en mi coche.

Pasadas las dos de la madrugada del 1 de agosto de 1980 se acercaron a la mansión de los marqueses, un espacioso chalé de dos plantas rodeado por una cuidada vegetación en orden. Somosaguas guardaba el silencio de todos los veranos. El calor era insoportable a pesar del frescor de los esmerados jardines de los ricos. Todos sus habitantes estaban en Sotogrande o en Puerto Banús. Era el momento perfecto. Sabían que el mayordomo, la cocinera y el administrador se habían marchado de vacaciones y que en la casa solo quedaba una sirvienta negra, aficionada a los culebrones y que, tras el último episodio de *Capitanes y reyes*, permanecería profundamente dormida en su habitación, un cubículo sin ventanas empotrado en un extremo de la cocina. El perro no ladraría en cuanto reconociera a Dani.

Avanzaron sin ruido.

Daniel Espinosa colocó el esparadrapo sobre el cristal y abrió un boquete en la puerta de la piscina. Fierro le dejó hacer.

—Poneos los guantes como yo —les dijo mordiendo las palabras—. Y cubriós la cara. ¡Rá-pi-do!

Atravesaron el jardín. Dani fundió la cerradura de la puerta de servicio con el soplete, sin que le importaran las cenizas dejadas a su paso.

Una vez dentro, el Fotógrafo y Fierro le siguieron escaleras arriba. No necesitaba encender la luz. Fierro caminaba tras ellos a una distancia prudencial. Con la linterna de infrarrojos, enfocó hacia la Star que Dani llevaba al cinto, con el cañón estúpidamente orientado hacia sus genitales.

Aún estaba bajo los efectos de la coca.

—Es aquí —murmuró Dani, que se detuvo ante una puerta.

—Abre despacio —le susurró Fierro. Después le dio la linterna al Fotógrafo y le ordenó—: Y tú quédate aquí, alumbrándonos.

Dani empuñó la pistola.

—¡Quita el seguro, joder!

Fierro tuvo que empujarle para que el futuro asesino entrara en el dormitorio. Dani se adelantó varios pasos, tropezó con una silla y se le escapó un tiro. El silenciador era una chapuza y el ruido hizo que el marqués se removiera en su cama.

—Vamos...

Los tres se acercaron.

A Dani le temblaba el pulso cuando el cañón de la Star buscaba la sien de su exsuegro.

—Venga, dispara.

Estaba paralizado. Fierro le abrazó por la espalda, cubriendo aquel cuerpo frágil. Dani se estremeció al sentir que la carne se acomodaba tras él como el molusco a la roca.

Las manos de Fierro recorrieron lentamente sus brazos desnudos, rozando su piel mientras él notaba que le poseía por detrás. Cuando llegó hasta sus manos, le empujó levemente hacia delante, le atenazó como a él le gustaba y puso sus dedos enguantados sobre los de Dani, que permanecían entumecidos.

Cuando Martín de la Fonte comenzaba a quitarse el antifaz de dormir, Fierro apretó el gatillo. Un chorro de sangre manó de su nuca como un géiser.

De repente, Dani se despojó del pasamontañas con la mano izquierda. Se sentía excitado, febril.

—¿Quién anda ahí? —La voz de la marquesa irrumpió desde la habitación contigua, tras una puerta entornada—. Martín, ¿eres tú?

—No puede haber testigos —ordenó Fierro, antes de hacer un movimiento pélvico, sin separar sus genitales de las nalgas de su pequeño pistolero.

Cuando sus cuerpos se separaron, Dani, sin dejar de temblar, se acercó a la puerta que comunicaba las dos habitaciones, encendió la luz y disparó contra aquel cuerpo incorporado en su cama.

—¡Entra!

Daniel Espinosa se acercó al pequeño lecho de María Eugenia de Urbina. Mientras la remataba, sintió que sudaba ginebra. Después, se metió la mano en los pantalones para ordenarse la entrepierna.

## Levantamiento de cadáveres excelentes

—Dadme los pasamontañas.

Estaban empapados en sudor. Solo a unos idiotas se les podía ocurrir utilizar capuchas de lana en plena canícula.

—¿Y la pistola? —preguntó Dani.

—La tirareis en el pantano de San Juan —contestó Fierro—, en el lado derecho de la presa. Es la zona más profunda —mintió—. Nadie la encontrará.

Los tres cómplices se miraban agitados, como si acabaran de bajarse de una montaña rusa; con esa manera estúpida de creerse capaces de hacer lo que no habrían hecho jamás. Les gustó aquella experiencia excitante, pero estaban de alcohol hasta las cejas y, a la mañana siguiente, cuando descabalaran de la euforia, sentirían la resaca del miedo.

Aquel sábado todo sucedió según lo previsto, aunque algunos espontáneos hicieron de las suyas para complicarlo todo. A las siete de la mañana, la cocinera se levantó y preparó el desayuno para el servicio. Le sorprendió no ver a la marquesa haciendo *footing*, como todos los días. Una hora más tarde, la cocinera, el chófer y la asistenta, que acababan de llegar a la mansión, desayunaron como de costumbre. Los marqueses no daban señales de vida. Se extrañaron. Solían servirles el desayuno a las nueve. Semejante calma resultaba insólita. Cuando la asistenta quiso airear los salones, encontró abierta la puerta que comunicaba con la piscina. La cerradura estaba quemada. El corazón se le aceleró al descubrir que la cristalera tenía un boquete y que por el suelo había esparcidos trozos de vidrio rotos. Llamó a la cocinera y al chófer, un hombre de ademanes bruscos, quien exclamó al llegar:

—¡Anda, está rota!

—No bromees —masculló la cocinera, con su cadencioso acento centroamericano—. Siempre estás de broma.

El chófer tomó en sus manos el teléfono interior de la mansión y marcó el número del dormitorio, pero sus patronos no respondieron a la llamada. Insistió, antes de sentenciar:

—A los marqueses, o los han secuestrado, o los han matado.

No lo pensó dos veces y avisó a uno de los guardias jurados de turno en la zona, quien, pistola en mano y seguido por el chófer, comenzó a registrar la mansión. Cuando llamó a la puerta del dormitorio del marqués, la falta de respuesta le decidió a entrar. Encendió la luz, vio el primer casquillo en el suelo, se acercó a Martín de la Fonte, le tomó el pulso y volvió a salir. Eran las

nueve y veinticinco.

—¡Han matado al marqués y han secuestrado a la marquesa! —exclamó.

—¡La marquesa duerme en la otra habitación! —advirtió el chófer.

Cuando el guardia entró en la habitación de María Eugenia, la encontró empapada en sangre. Todo estaba en perfecto orden.

A las nueve y media, desde el escáner de la Policía, una voz monótona, con acento extremeño, ordenaba a un coche patrulla que se dirigiera al Camino Regio de Somosaguas, al tiempo que advertía al inspector de guardia de la comisaría de Pozuelo:

—Posible allanamiento o robo con homicidio. Han encontrado a los marqueses de Urbina muertos, cada uno en su dormitorio, según dice el guarda jurado de la finca. Al parecer los han asesinado. Sin más datos.

A partir de ese instante, desfilaría por allí el mayor espectáculo del mundo, con prestidigitadores, trapevistas y leones domesticados por el dinero. Todos los genios juntos: policías, forenses, el juez de guardia, el fiscal, familiares, amigos curiosos, empleados doloridos por la triste pérdida...

A las diez, el juez de Navalcarnero realizó la diligencia del levantamiento de los cadáveres y la inspección ocular.

... una vez dentro de la vivienda, la comisión judicial es conducida al dormitorio grande, donde, y sobre la cama, es hallado el cuerpo de un hombre en posición decúbito prono, inclinado ligeramente hacia el lado izquierdo en postura relajada y, dada orden al médico para su reconocimiento, previo juramento que presta en legal forma, dice que es cadáver, y este presenta herida de arma de fuego con orificio de entrada en región occipital derecha, sin orificio de salida; presenta síntomas de rigidez cadavérica avanzada.

Seguidamente se constituyó en el otro dormitorio pequeño, donde se observa, encima de la cama, el cuerpo de una mujer, también en posición decúbito prono y, dada al médico para su reconocimiento, se efectúa e informa que es cadáver y presenta dos heridas de arma de fuego con orificios de entrada, uno en región lateral derecha del cuello y el otro en mitad izquierda del labio superior; sin orificios de salida ninguno de los dos disparos. Ambos orificios presentan pigmentación tatuada de pólvora.

Acto seguido se procede a practicar reconocimiento e inspección del lugar, y se observa que la habitación donde es hallado el cuerpo del hombre está intacta, sin señales de violencia en muebles y ropas; que los cuerpos de los cadáveres se hallan cubiertos por los pijamas de dormir y camisón respectivamente, y tapados con la sábana superior de la cama. Se da orden a la Policía Judicial para que proceda a recoger

huellas y demás fotografías para la identificación del posible autor o autores; afirman que lo harán rápido, lo que así se verifica.

Se procede a hacer un detallado reconocimiento de la vivienda. En la planta baja se observa que en una cristalera que da a una piscina cubierta se encuentra su cristal roto con un orificio suficiente para introducir la mano; al parecer rompieron el cristal apoyando algún paño de tela para amortiguar los ruidos; desde dicha puerta, por la piscina cubierta, se pasa a otra habitación, donde aparece la puerta que comunica con la vivienda en sí; la puerta está quemada en su mitad a la altura de los pestillos o cerradura, con un hueco por el que cabe una mano, hueco que al parecer se ha efectuado con soplete o aparato similar. Toda la casa, o sea, los objetos y enseres, están en completo orden. Al no hallarse nada más digno de constar, se da la presente por terminada, que firma su señoría y demás asistentes. Doy fe.

Fierro se duchó con calma, guardó en una bolsa toda la ropa de la noche anterior, cargó su Nikon, comprobó la grabadora y metió en el bolsillo posterior del vaquero su acreditación como corresponsal de prensa internacional. Ni siquiera se afeitó, pero cambió su aspecto ligeramente. Un peinado algo distinto hacia atrás, unas gafas de concha con cristales sin graduación, una calculada dejadez indumentaria, vaqueros, sandalias veraniegas... Era en apariencia un periodista más, sorprendido a contramano por un suceso imprevisible durante el primer día de las vacaciones.

Alquiló un coche en Avis y se desplazó tranquilamente hasta Somosaguas.

Antes de aparcar en otra calle, comprobó que el teatro ya estaba montado en la puerta del chalé. Varios fotógrafos y algunos periodistas de verdad, controlados por dos policías de uniforme gris, esperaban en la acera de enfrente. Tres coches patrulla cortaban el paso mientras el edificio vivía la agitación de las colmenas. Gente con bolsas negras y maletines que entraban y salían; dos ambulancias con las puertas abiertas de par en par; visitantes estremecidos que se identificaban en la puerta... y, por fin, los de Homicidios. Se los reconocía a simple vista por la mariconera en la que metían durante el verano la Star PK reglamentaria... o por ese bulto bajo el pantalón, a la altura de la pantorrilla, que denotaba la existencia de un arma de pequeño calibre, sin registrar. «La pistola del muerto», que utilizarían llegado el caso. Ellos eran así: hombres de acción, templados, pero sin ninguna de las virtudes deductivas de Sherlock Holmes. Habría que ayudarlos un poco.

Fierro se colgó al cuello la tarjeta de prensa concedida por el Ministerio del Interior y se mezcló con sus otros «colegas».

—¿Se sabe algo?

—Dicen que ha podido ser ETA —contestó un listillo cargado de cámaras. Y ante la incredulidad general, añadió—: Hombre, indicios hay. El marqués estaba amenazado por no pagar

el impuesto revolucionario... —Y apostilló, con sorna—: ¿Quién haría una cosa así en un día como este?

Su razonamiento resultaba tan convincente como la realidad. ¿Quién se iba a creer que el frágil Daniel Espinosa era un frío y calculador asesino múltiple? ¿Así, de repente? ¿Después de haber sido durante toda su vida el payaso que se llevaba todas las bofetadas?

Fierro se mantuvo apostado durante todo el día. Solo el fiscal José Antonio Zarzalejos, encargado del caso, declaró a los informadores después de su inspección:

—Es inexplicable. No se ha apreciado indicio de robo. Tampoco ha funcionado la alarma. Hay un cristal roto en la planta baja, en una ventana sin rejas. En la casa se encontraban una muchacha de servicio y un perro.

Ante la tribu de periodistas desfilaron demasiados funámbulos de la mentira: Alicia, la hija mayor de los marqueses, acompañada por su amante, David Connors; el administrador de la finca, Damián Fernández Ferreira, vestido de luto; el mayordomo, Vicente, que se contoneaba como un abanico; personalidades poderosas que descendían de coches blindados, bajo la protección de escoltas policiales y guardaespaldas a sueldo...

Alguien advirtió que faltaba Borja, el heredero del título nobiliario, pero un periodista de Pyresa aseguró que estaba en Londres, que habían hablado con él por teléfono y que volvería en el primer avión.

Al mediodía, dos furgones trasladaron los cuerpos de los marqueses hasta el Instituto Anatómico Forense.

Media hora más tarde, bajo el control de varios agentes de la Policía, dejaron entrar a los periodistas y los agruparon en el salón. Aquel hombre distinguido, amigo personal de algunos preclaros padres de la patria, sentado en el extremo de una gran mesa de caoba, se dirigió a los presentes con solemnidad y en nombre de la familia:

—Siéntense, por favor.

Casi todos los periodistas, bloc en ristre, permanecieron de pie; los fotógrafos ajustaron sus cámaras; un equipo de Televisión Española se abrió paso con dificultad. Un foco amarillo, insoportable, cegó por un instante el rostro de aquel hombre.

—Apaguen ustedes esa luz —ordenó, molesto.

La cámara de Fierro comenzó a tabletear como una ametralladora.

—Fotos no, por favor —añadió, al fin—. Yo no soy importante en esta tragedia.

Al levantar la mirada, aquel hombre tan discreto palideció de repente mientras se presentaba:

—Soy Jacobo Castellar de Urbina, primo de los marqueses...

—Y presidente del Banco Interamericano —susurró alguien al lado de Fierro.

—Y amigo íntimo del rey —dijo otro, a su espalda—. Estudiaron juntos, y vete a saber si no compartieron hasta alguna novia.

Castellar hizo una pausa, miró a todos con cierto desprecio y esperó a que el silencio fuera total.

—Bien, prosigamos. La familia Urbina me ha elegido como portavoz en estos momentos tan trágicos para todos, y voy a leerles el siguiente comunicado...

—Don Jacobo... —le interrumpió un periodista calvo, de la vieja escuela, con un cuaderno de notas en una mano y un bolígrafo Bic en la otra.

—No contestaré ninguna pregunta.

—Pero la Policía dice...

—Compréndanlo ustedes. Y usted especialmente. Es de la Agencia Efe, ¿verdad? Hemos coincidido en otras ocasiones. —El periodista asintió—. Sean comprensivos: el dolor de la familia es inmenso y la investigación no ha hecho más que empezar. La Policía me ha prohibido expresamente que haga comentarios o que facilite cualquier dato o detalle que pudiera entorpecer su trabajo. Los Urbina estamos conmocionados ante esta terrible desdicha. Les rogamos que nos respeten en una jornada como esta y que nos permitan, mañana, enterrar a nuestros seres queridos en paz y en cristiana sepultura.

—De acuerdo. Usted perdone, don Jacobo.

Fue el único que osó abrir la boca en aquella lúgubre sesión.

La voz enérgica de Castellar, mientras leía, no estaba marcada por la emoción ni por el dolor del momento, sino por la presencia amenazante, temeraria, de aquel falso fotógrafo. Porque sabía que Fierro le estaba lanzando una advertencia que no podía tolerar. Como si le dijera: «Recuerda, Gran Hombre, a partir de ahora siempre me tendrás detrás de ti».

## De luto riguroso

Fierro alzó la mirada cuando el camarero llegó, le saludó con un sonido gutural incomprensible, dejó sobre la mesa un desayuno completo continental y se marchó con la bandeja bajo el brazo. Desde aquella mesa en la terraza del café Lyon, podía ver, con un pequeño giro de cabeza, la Puerta de Alcalá, a su izquierda, y la Cibeles, a su derecha. Dos símbolos, tan eternos como decadentes, en una metrópoli que buscaba su destino, su dignidad, gobernada por la izquierda desde hacía poco más de un año, después de cuatro décadas de franquismo. Siguió leyendo:

### **LOS MARQUESES DE URBINA ASESINADOS EN SU CHALÉ DE SOMOSAGUAS**

La hipótesis que se considera más probable a las pocas horas del suceso es la del crimen por encargo: un reducido número de sicarios, dos tal vez, podrían haberse encargado de ejecutar la represalia encomendada por una tercera persona. Al menos, no hay indicios de que el móvil haya sido el robo. Tampoco hay rastro de la exagerada violencia que distingue los crímenes pasionales directos.

Era la gran noticia de aquel somnoliento verano. Un crimen de alcurnia, un misterio inesperado mientras el país seguía desangrándose con una violencia ideológica inevitable, asumida como la escoria del proceso de restauración democrática. Aquel mismo día, lejos de las playas repletas de carne torneada, hallaron el cadáver de un soldador secuestrado por ETA, con ocho impactos de bala; varios niños habían resultado heridos durante unas manifestaciones en las que no participaban; las balas perdidas encontraban cuerpos inocentes en tiroteos mortales.

La sangría, en los últimos doce meses, había arrebatado la vida a cuatrocientas treinta y ocho personas entre homicidios, asesinatos y parricidios; y a otras ciento veinticuatro en actos terroristas. Nunca ETA había matado tanto: noventa y dos víctimas. Junto a un par de generales, su lista negra estaba llena de cadáveres sin renombre: soldados de reemplazo, comerciantes sorprendidos al bajar la persiana de sus tiendas, mecánicos que se asomaban a la puerta del taller cuando alguien los llamaba, taxistas rematados al final de la carrera, propietarios de bares, relojeros, marmolistas, gentes de la calle; franquistas, confidentes, ultraderechistas o pequeños traficantes de drogas; jubilados y niños tiroteados por error; policías y guardias civiles con o sin uniforme, ametrallados mientras comían en un restaurante con su familia, desde las carreteras al paso del convoy o en la entrada de una casa cuartel... A cada atentado de ETA, se respondía con un crimen firmado por el Batallón Vasco Español. Era la «guerra sucia». Y sin embargo, por

encima de toda la sangre derramada, mientras los Juegos Olímpicos de Moscú discurrían boicoteados por los Estados Unidos, los periódicos anunciaban a cinco columnas el asesinato de los marqueses de Urbina, con titulares de letra llamativa y pocos datos de interés.

«Probablemente se trata de un crimen por encargo», leyó Fierro, ávido. El palacio de Correos se erguía frente a él y el casco de un guerrero de bronce lo miraba de soslayo por encima de su cabeza. Más de cinco páginas dedicadas al crimen. Una crónica de alta sociedad donde los mandamases entrevistados manifestaban su estupor, fotografiados en el transcurso de la mañana con gesto compungido, como plañideras a sueldo: el alcalde centrista de Pozuelo, el exministro franquista Enrique de la Mata, el banquero Jacobo Castellar de Urbina, los barones de Gotor, el embajador estadounidense Terence Todman, el diplomático egipcio Mahmud Abdelkafaar... Trescientas personalidades de fuste se desplazaron hasta el cementerio de El Pardo, un camposanto exclusivo que el general Franco había dispuesto para su familia y sus colaboradores más próximos. A pesar de las dificultades impuestas por los guardaespaldas, los fotógrafos lograron captar los rostros oscuros del anterior presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro; del exministro y banquero Gregorio López Bravo, del empresario Iñigo de Oriol, del abogado Garrigues Walker, del diputado Satrústegui... y de un elenco de grandes de España.

Allí, entre panteones con sus apellidos grabados en los frontispicios, se congregaron poderosos personajes que habían unido su fortuna y su destino a la suerte del Régimen y que, al cabo de casi cinco años, se habían adaptado con éxito al advenimiento de la monarquía. Los Urbina, March, Koplowitz, Fenosa, Coca, Melià... seguían entre las familias más influyentes de España y compartían el pedestal con otros compañeros de aventura, millonarios emergentes salidos directamente de la política falangista, tradicionalista y tecnocrática, con apellidos tan sonoros como Oriol, Cortina, Alcocer, Letona... Todos conformaban la oligarquía de un régimen político poblado de empresarios de fortuna, joseantonianos de clase media, funcionarios oportunistas, nobles industrioses, latifundistas de gatillo fácil, altos cargos a la búsqueda de multinacionales, exministros cinegéticos... Y estaban en el entierro de los Urbina, unidos a los ataúdes, como lo habían estado siempre a la llamada del dinero, entrenados desde la posguerra para enriquecerse sin miramientos. Capitalismo salvaje, bancos, altas finanzas...

Si se acepta la hipótesis de un crimen cometido por unos sicarios, la reconstrucción de los hechos es elemental. Una vez aceptado el encargo, los criminales estudiaron minuciosamente el escenario. Se trataba de un chalet de doble planta, señalado con el número 21 en la calle del Camino Regio, de Somosaguas. En suma, una mansión de ladrillo marrón defendida por un sistema mixto: un guarda jurado, un circuito electrónico de alarma y una cerca se interponían entre los marqueses y el exterior. Había que escoger no solo el mejor modo de llegar hasta las víctimas, sino también el día y la hora que garantizaran cierta impunidad. Y decidieron matar a los marqueses el día 1 de agosto, cuando los madrileños abandonan Madrid y dejan tras de sí oficinas mal atendidas, calles vacías y, quizá, grandes mansiones medianamente vigiladas en la madrugada.

Aquella gente de riguroso luto, en trajes de verano hechos a medida, con la cabeza inclinada y los ojos ocultos por unas gafas negras, había logrado silenciar su pasado y disfrazarse conscientemente de demócratas, bajo la falacia de que así se superaría la guerra civil y se

construiría un puente de convivencia elevado sobre el abismo social de las dos Españas. Hipócritas temerosos con sus brazaletes negros ahora rezaban por los asesinados, pero en realidad estaban pidiendo por ellos mismos, por su propia salvación, como siempre. «¡Dios mío, que no sea la ETA! ¡Que todo se deba a un robo!», murmuraban para sus adentros.

Los esbirros llegaron hasta la casa a través de un camino flanqueado por una doble línea de cipreses que el jardinero ha logrado convertir en sombreros de copa. Habían decidido abrir un boquete en una de las puertas de cristal posteriores, próximas a la piscina: de vidrio endurecido, pero de vidrio al fin y al cabo. Un diamante o un ladrillo embozado harían la primera parte del trabajo. Luego sería necesario forzar una puerta con ayuda de un soplete y llegar hasta las habitaciones de los marqueses, afortunadamente distintas, pero contiguas. Para la parte final seleccionaron una pistola del calibre 22, un arma pequeña y femenina, cuyas atipladas detonaciones evitarían la necesidad de un silenciador. Porque, a pesar de que los guardeses estaban de vacaciones, una sirvienta y un caniche negro, que permanecían en la casa, representaban el mismo peligro que una tercera alarma.

Aunque todas las crónicas procedían del mismo despacho de la agencia Efe, algunos periódicos, como el que Fierro estaba leyendo mientras devoraba torpemente un cruasán, habían decorado sus páginas con especulaciones pintureras:

Es probable que los sicarios repasaran el formulario de precauciones para neutralizar la alarma electrónica que alguien, seguramente el instigador, les había proporcionado, junto al croquis de la disposición interior del edificio. Alrededor, los pinos, las hierbas altas y la soledad que prefieren los millonarios eran, sin duda, un seguro de vida si había que salir corriendo.

En el orden del plan, el marqués consorte ocuparía el primer lugar de la lista, en previsión de posibles disputas violentas. Si la marquesa oía algo desde la habitación de al lado y se despertaba, sería indispensable forcejear con ella, con una mujer, como mal mayor. Por alguna razón, Martín de la Fonte, el marqués, se despertó en el último instante: el pistolero hizo un primer disparo y la bala se incrustó en un armario, pero un breve forcejeo con él permitió asegurar el segundo: el proyectil penetró por la nuca. María Eugenia de Urbina, la marquesa, fue sorprendida seguramente cuando acababa de despertar. El pistolero apuntó a la cabeza, apretó el gatillo dos veces y la alcanzó en la boca y en el cuello. Todos los disparos, salvo uno, habían sido mortales de necesidad, según los investigadores.

Cuando descubrieron los cadáveres, la fuente de mármol blanco rociaba tranquilamente el agua en el patio, y un cálido silencio pasaba sobre las hiedras y las columnatas, y se escabullía entre los pinos. Para entonces, los asesinos habrían llegado a un lugar seguro y el instigador tendría algo que vale más que cualquier capital: una coartada.

—¡Joder...! —exclamó Fierro, mientras apartaba el periódico y se centraba en el zumo de naranja.

## Red Harvest

Fierro no entendía cómo aquellos mantas eran incapaces de completar, de una maldita vez, el trabajo que él había puesto a su alcance. La nocturnidad y el momento elegido, con el servicio de vacaciones, dejaban bien a las claras que los asesinos habían recibido información desde dentro; la forma en que asaltaron el chalé probaba que los intrusos se sabían el camino al dedillo; el perro no ladró porque reconoció a uno de los asaltantes; la ausencia de desorden demostraba que no habían entrado a robar; el calibre utilizado, dada su nimiedad, podía fallar a la hora de propiciar una muerte rápida y profesional. ¿Y las huellas? Los comparsas de Fierro ni siquiera se habían puesto los guantes desde el principio. Seguro que habían dejado sus marcas bien impresas en el cristal o en la puerta de la piscina, mientras le daban al martillo o encendían el soplete.

Lo que Fierro no sabía era que dos técnicos del Gabinete Central de Identificación y varios inspectores de la Brigada Regional de Policía Judicial, bajo el mando del inspector jefe Aguirre, habían realizado un minucioso registro. Lo fotografiaron todo: los cadáveres con sus más insignificantes detalles, el cristal de la puerta de la piscina, fragmentos de la madera a la que habían aplicado el soplete, cuatro casquillos del calibre 22 y el fragmento de una huella digital sospechosa. Casi de inmediato, la Policía había podido determinar que todos los disparos se habían efectuado con una sola arma y que la munición era muy corriente. Durante aquel caluroso agosto, la brigada realizó once inspecciones en el lugar del crimen para comprobar si la cocinera o el perro podían haber oído los ruidos de los asesinos.

Los investigadores caminaban sobre ascuas. Para colmo, las cuatro huellas que habían salido a la luz gracias a los polvos magnéticos negros, que correspondían a una mano derecha, tampoco dieron resultado. Tras cotejarlas con los tres millones de huellas recogidas en el Negociado de Lofoscopia, las archivaron como anónimas, sin antecedentes. Las cuatro vainas del 22 Long Rifle, fabricadas por la Western Cartridge Co., de East Alton-Illinois, habían sido percutidas por la misma arma, pero se desconocía si eran de un rifle o de una pistola.

Solo quedaban los sospechosos, el círculo próximo a los Urbina, aquellas personas que pudieran tener algo contra ellos. Comprobaron las coartadas con delicadeza. Se lo creyeron todo. Para colmo, siguiendo el dictamen de la autopsia, creían que el asesinato se había ejecutado a las seis de la mañana. Revoloteaban muy cerca de la verdad, casi la habían rozado con la punta de sus dedos, pero inexplicablemente se habían alejado hasta perderla. Los árboles de buscar un culpable entre el servicio les habían impedido ver el bosque del dinero. ¿En qué fallaba la

investigación? En su blandura sumisa. Aquellos sospechosos de alta cuna eran tratados con un respeto de lacayos. Por negligencia o por error, se perdió un tiempo precioso y se borraron indicios.

Después del entierro de los marqueses, la asistenta y la criada, siguiendo las instrucciones del administrador Fernández Ferreira, y con permiso de la Policía, limpiaron de sangre la habitación de María Eugenia. Una de las mujeres dio al mayordomo Vicente un lazo negro que había encontrado a los pies de la cama. Cuando este se lo quiso entregar al inspector jefe Aguirre, Alicia de la Fonte se interpuso, se lo arrebató y dijo:

—No hace falta que hagan nada con él. Era de mi madre.

—Bueno, señorita Alicia —inquirió el mayordomo, molesto—, ¿cómo sabe usted que este lazo lo llevaba puesto su madre si no estuvo allí la noche en que murió?

El policía y la chica respondieron con una mueca condescendiente que no llegó a sonrisa.

Tras el crimen, Borja de la Fonte tiró a la basura varios casquillos del calibre 22. Un empleado de los Urbina los recogió y se los dio al inspector jefe. Sin embargo, esos casquillos jamás llegaron al Gabinete Central de Identificación; se perdieron en el Grupo IX de la Brigada Regional. Aguirre dijo que eran del calibre 7,65 y que no servían. De ese calibre era la pistola que Damián Fernández había registrado oficialmente y sobre la cual no se hizo ninguna comprobación. Más tarde, el propio Borja reconoció: «Eran unos casquillos del calibre 22 que yo guardaba desde los once o doce años. Un día los recogí del campo, en un lugar en el que se hacían prácticas de tiro. Es la típica cosa que un niño guarda como si fuera un tesoro».

En ausencia de pistas concretas, los agentes del Grupo de Homicidios analizaron los datos disponibles y concluyeron que los asesinos no eran profesionales. Según la única información filtrada a ciertos periodistas de confianza, la Policía aceptaba la hipótesis de una represalia cuidadosamente planeada.

Uno de los elementos más llamativos del caso es el tipo de arma que emplearon los criminales. El pequeño calibre de sus proyectiles parece contradecir la predilección de los asesinos profesionales por armas de más potencia. En el mundillo del hampa, una corta del 22 es casi un juguete. Los asesinos son aficionados incapaces de conseguir un arma potente, o profesionales capaces de garantizar un impacto en un órgano vital a poca distancia. También se acepta la teoría de que el asesinato fue encargado como represalia, pero se ignoran los antecedentes del móvil. La Policía intenta, pues, descubrir qué persona o personas podían beneficiarse con la muerte.

Lo tenían muy fácil, era un caso de manual. Simplemente bastaba con que se centraran en el entorno íntimo de los marqueses: de allí saldría humo. Si buscaban un móvil posible y tiraban del hilo no les iban a faltar hipótesis plausibles. Algunos tenían motivos sobrados para recurrir al asesinato. Siempre los hay cuando se mezcla la codicia con la venganza. Y sin embargo...

El cazador Fierro ya había iniciado su retirada a las cuarenta y ocho horas. Dejó de frecuentar el Club de Campo aprovechando que estaba casi desierto por vacaciones; utilizó un nuevo documento de identidad y abandonó el ático que sus cómplices conocían; pero antes lo vació completamente de muebles, hizo pintar las paredes y las puertas, cambió la grifería y mandó que lo limpiaran todo a fondo, como si fuera un maniático de los gérmenes. Lo más triste fue enviar el

Porsche al desguace después de estrellarlo contra un árbol. No iba a dejar ni rastro de su paso por Madrid. Tenía que darse prisa porque notaba el aliento del peligro.

Una semana después del crimen, tal como habían convenido, Dani y Fierro se encontraron en el Red Harvest, un *pub* inglés de la Costa Fleming que jamás habían pisado antes. Era un local discreto, abierto en los tiempos de Corea, cuando, junto a la plaza de Castilla, se construyeron bloques de viviendas para albergar a los militares yanquis de la base de Torrejón.

Se sentaron en el rincón más sombrío, protegidos por una pequeña cerca de madera barnizada, lejos de una diana y al otro extremo de la mesa de billar.

Dani estaba inquieto, emocionado.

—Lo hemos hecho —dijo, con la voz arrastrada de quien ya va por el quinto cubata.

Fierro le dio una palmada afectuosa en el hombro y respondió:

—Un cabrón menos.

—Borja será libre y yo...

—¿Te ha molestado la Policía? —le interrumpió Fierro.

—¡Qué va! —exclamó, alegre—. Me han interrogado durante diez minutos y me han dejado marchar como si tal cosa. No soy sospechoso. Jamás vi a unos tíos hacer preguntas a alguien con tan poco interés.

Era evidente que los del grupo de Homicidios lo habían descartado en cuanto vieron su aspecto pusilánime.

—Seguramente piensan que no soy lo suficiente hombre para hacer una cosa semejante —concluyó Dani, con sorna.

—¿Te has enterado de algo?

—Le di el pésame a Alicia; lloró en mis brazos. Yo no sabía si reír o si llorar.

—¿Y Borja?

—Le hicieron venir desde Londres en el primer avión.

—¿Crees que sospechan de él?

—¡Hombre! Ahora es muy rico, es el heredero. Aunque también recelan de Alicia y del Americano. Creo que sospechan de todos menos de mí. —Lanzó una carcajada y dio un nuevo sorbo al cubalibre antes de añadir—: Además, está el administrador, Damián, el hombre de confianza del marqués, su machaca.

—Nunca me hablaste de él.

—Porque es un mierda.

—Si tú lo dices... —Fierro ocultó su disgusto. Aquel personaje se le había escapado totalmente. No había contado con su existencia al organizar el crimen. ¿Y si hubiera dormido aquella noche en el chalé? Todo se hubiera venido abajo. O habría un muerto más.

—¡Acojonante, Toni! —exclamó Dani, eufórico—. El tío ese de tan mala baba apareció por la mañana vestido totalmente de luto antes de que nadie le dijera que habían muerto los marqueses. ¡Vaya cante!

—¿Cómo iba a saberlo...? Si nadie se lo dijo...

—¡Y lavó los cadáveres antes de que se los llevaran al depósito!

—¿Qué?

—¡Sí, sí! ¡Lavó los dos cadáveres!

—Baja la voz.

Aunque obedeció, Dani miró a su alrededor para comprobar que estaban solos.

—Dicen que los policías le dejaron hacerlo —prosiguió—. El muy cabrón quería que los difuntos marqueses estuvieran presentables. ¡Es genial!

—Estamos de suerte. —Fierro trataba de ocultar su inquietud.

—Al día siguiente, aquello parecía una verbena, Toni. Cuando llegué había más gente allí entrando y saliendo que en la cafetería Manila.

—¿Y cómo es posible que...?

—Bueno, si hubieras visto a Jacobo Castellar, el primo banquero... Se erigió en portavoz de la familia y daba órdenes en plan capitán general. ¡Si hubieras visto cómo se le cuadraban los de Homicidios, estarías todavía muriéndote de la risa!

Fierro notó un sabor amargo que subía hasta su garganta. El Gran Hombre había decidido actuar.

—¡Lo hemos hecho, joder! —repitió Dani, con la emoción de quien se ha encontrado a sí mismo—. ¿Te diste cuenta de cómo le salió el chorro de sangre?

—Sí. Yo también estaba allí. Recuerda.

—¡Parecía una fuentecilla!

Pidieron otros dos cubatas de Bacardí. Estaban secos por dentro.

Tras un sorbo largo y reparador, Fierro preguntó con frialdad:

—¿Escondisteis la pistola donde os dije?

—Claro que sí. Jose la tiró en el pantano, justo en el sitio que tú indicaste.

—Bien. Bebamos tranquilos.

Por un segundo, Fierro consideró la posibilidad de cargárselos para evitar que le descubrieran. Pero ¿qué podían decir aquellos dos imbéciles en caso de que les arrancaran una confesión? Absolutamente nada. Pensarían que Toni, el tercer asesino, era una invención que se habían sacado de la manga; ni siquiera creerían en su existencia... A no ser que Castellar o el perro Barrachina ayudaran a la bofia de algún modo.

Fierro trató de tomar las riendas.

—No debemos confiarnos —advirtió, con voz gélida—. Aunque la Policía pase de ti, deberías marcharte durante una temporada. Es agosto. Vete a la finca.

—Si lo hago, pueden pensar que me oculto...

—Nadie sospechará. Si alguien pregunta, que tus padres digan que estás de vacaciones. Así podrás descansar durante todo el mes y dejaremos que las aguas vuelvan a su cauce.

—Lo que tú digas, Toni —dijo, y le rozó, insinuante, el brazo desnudo.

—¿Cómo está nuestro amigo el Fotógrafo? —preguntó Fierro, preocupado.

—Como un manojo de nervios —respondió Dani, con cierta superioridad—. Quiere irse a Londres, pero no tiene ni un duro.

—Eso puede arreglarse. Yo le pago el viaje y los gastos. Que se dedique a hacer fotos. No podemos permitir que llame la atención.

—¿Y tú?

—Yo no cuento. —Fierro le clavó la mirada, sin dejar de rozarle la mano con las yemas de sus dedos—. Lo he hecho por ti, recuérdalo. Y nadie me relaciona con los marqueses. Estoy fuera. Contento y libre, Dani se comprometió a cumplir todos sus consejos a rajatabla.

—No nos veremos hasta que pase todo, en diciembre quizá. Después te buscaré. Siempre me

tendrás a tu lado —mintió Fierro, con dulzura. Metió la mano en el bolsillo delantero de su pantalón y entregó a Dani un pequeño fajo de billetes para que el Fotógrafo se marchara cuanto antes—. Ahora vete, querido —le dijo—. Yo saldré más tarde. Nadie debe vernos juntos a partir de ahora.

Y se despidieron con un abrazo cálido de complicidad. Antes de separarse, Dani le besó en el cuello.

—He vuelto a ser un hombre —le susurró al oído.

«Un hombre».

Al quedarse solo, mientras se le helaba la sonrisa, Fierro pensó que algo no funcionaba como debía. Un manto negro tapaba el horizonte. Su instinto le advertía. La investigación policial no daba ninguno de los resultados previstos. Las primeras cuarenta y ocho horas son fundamentales en los casos de homicidio. Lo sabía por experiencia. El tiempo siempre juega a favor de los criminales, nunca en contra. Y habían transcurrido siete días a la deriva, sin sospechosos ni detenciones. Con el paso de las horas, las huellas se borran, los testimonios se enfrían, las pruebas desaparecen, los indicios se pierden para siempre en el magma de la burocracia y de los atestados redactados con torpeza.

Fierro desconocía cómo había sido exactamente la breve declaración de Daniel Espinosa. De hecho, de haber estado allí se habría deprimido. Ante la Policía, Dani había relatado con timidez ensayada:

—Al principio, mi suegro no vio con buenos ojos nuestra boda, pero nuestras relaciones, mientras vivimos con ellos en su casa, eran normales, aunque un poco frías. Desde el primer momento, mi matrimonio con Alicia fue muy bien porque cada uno de nosotros hacía su vida. Éramos libres.

—¿Conocía usted las relaciones de su exmujer con David Connors? —le preguntó el jefe del Grupo IX, mientras otro agente tecleaba sus respuestas pulsando los dedos índice sobre una ruidosa máquina de escribir.

—Durante nuestro matrimonio, Alicia tenía con él una amistad profesional. Solo eso. Después es cierto que David fue quien más influyó en ella para que pidiera la separación matrimonial.

—¿Qué hizo usted el día 31 de julio?

—Pasé toda la tarde en casa de mi amigo José Luis Muriel. Estuve cenando con él y tomando copas con otra gente, hasta las dos y media de la madrugada del 1 de agosto. Entonces José Luis me llevó a mi casa.

## Dos pájaros con pistola

—Ayer vinieron dos periodistas preguntando por Antonio Fierro, de una agencia llamada Pala... —titubeó—. No recuerdo ahora. Les dije que se habían equivocado. Que aquí vivía don Antonio Martínez Egea. Pero ellos insistieron, me enseñaron una foto suya y dijeron que volverían.

Los porteros de Madrid son peores que la pasma. Lo quieren saber todo y se adelantan a la realidad en cuanto los datos escasean.

—No me parecieron periodistas —añadió, con una sonrisa sardónica.

—¿Cómo son los periodistas, según usted?

De inmediato, el portero los describió con todo lujo de detalles.

—Si vuelven —ordenó Fierro—, dícales que no se preocupen; que yo hablaré con ellos. Sé dónde encontrarlos —mintió.

Le entregó las llaves y se marchó para no regresar, como si fuera un cohete borracho perseguido por un fantasma. Aquel iba a ser su último domicilio conocido, y allí se iba a perder el rastro del asesino Fierro. Después, tropezarían con la oscuridad total.

—Más allá hay monstruos —soltó. Luego exclamó, furioso—: ¡Maldito Barrachina! ¡Gordo de mierda!

Cuando alguien se dedica a este oficio, debe saber adelantarse a los acontecimientos. Paso corto, vista larga y mano dura. Si te sorprenden, se acabó. Y aquella visita tenía el estilo directo de Baltasar Barrachina.

Compró en un quiosco un ejemplar de la revista *Lib*, que acababan de poner a la venta. En la sección de contactos para «chicos», leyó el último mensaje de su cliente: «Paladín. Lo nuestro se acabó. Corazón roto». Cuando estaba a punto de tender la trampa final a Daniel Espinosa, Castellar parecía tener sus propios planes.

Abordó un taxi.

—A la calle Peligros, esquina Alcalá —ordenó, nervioso.

De repente, recordó la mirada de Castellar durante la rueda de prensa.

Entró en el número 1 de la calle Peligros. Era un rascacielos de oficinas, con la fachada gastada por el abandono. Tenía uno de esos ascensores terminales que parecen estar a punto de descolgarse. Subió a la quinta planta. La puerta de su cubículo cedió en cuanto la rozó con el reverso de su mano izquierda. Era un despacho diminuto con una sola ventana; un archivador, una mesa de escritorio y un teléfono con muchos botones. Lo más cercano al vacío.

Empuñó su automática del nueve largo y le quitó el seguro.

Al abrir la puerta de par en par supo que había llegado demasiado tarde. Enfundó el arma y se acercó despacio. En el suelo, con la boca abierta sobre la tarima, estaba Inma, o lo que quedaba de ella. Rota, con el cuerpo desnudo cubierto de laceraciones, heridas punzantes, quemaduras redondas como monedas y rayas de sangre.

Fierro se arrodilló ante la muchacha, cuya respiración se reducía a un silbido descompasado.

—Pequeña...

La tomó entre sus brazos con delicadeza, para no provocarle dolor. Lo que antes fueron unos labios divertidos se combaron para decirle algo, pero apenas susurraba un sonido incomprensible.

—Ellos...

Solo tenía veintitrés años y trabajaba para él desde los diecisiete; iba a la oficina dos veces por semana y contestaba al teléfono.

—Inma...

La chica lanzó un suspiro y dejó de respirar. Entonces Fierro notó el peso de su cuerpo y de su alma, un precipicio de dolor. Acababa de morir en sus brazos, como su madre cuando él tenía quince años y unos encapuchados asaltaron su casa buscando a su padre, para acabar con él. No lo encontraron, pero consiguieron matarlo a su manera. Criminales sin corazón, impunes, movidos por el odio.

Borró todas las huellas, desmontó el contestador automático y lo dispuso todo para largarse lejos. Pero antes, sin perder tiempo, debía demostrar que él todavía era quien manejaba la situación. Robó un coche discreto, de serie, y le cambió las placas de la matrícula; lo condujo por caminos polvorientos para ensuciar su carrocería y, a la mañana siguiente, se apostó frente a su antigua casa de bróker millonario.

Se había vestido con uno de esos trajes veraniegos que utilizan los empleados de banca. Su pistola palpitaba en la cintura pidiendo sangre. Al cabo de varias horas, mientras atardecía, los dos payasos entraron en el portal. Coincidían con la descripción facilitada por el chismoso. Ni siquiera se habían cambiado de ropa. Tenían toda la pinta de maderos que hacen por su cuenta un trabajito extra en horas libres, pero podían ser bichos de cualquier ralea. No todos se dedican a extorsionar en las discotecas; algunos le dan al gatillo con pasión y se sacan un sobresueldo mientras les embarga la nostalgia.

Los dos pájaros no tardaron en salir. Discutieron entre ellos durante un instante, montaron en un Renault amarillo que habían dejado aparcado en doble fila y se marcharon con la tranquilidad de quienes creen que no pueden ser acosados por nadie. Exceso de confianza, presas fáciles.

Fierro los siguió sin ninguna dificultad hasta que detuvieron su coche en el poblado de chabolas del barrio de Vicálvaro, a las afueras de Madrid. Parecía evidente que aquellos dos puercos habían decidido pasarse por aquel supermercado de la droga para cobrar su comisión. No era cuestión de malgastar la mañana.

Cuando los vio descender del Renault y adentrarse hacia los barrizales entre tugurios con tejados de uralita, salió del coche y caminó tras ellos, manteniendo una distancia prudencial. Tenían pinta de golfos sedentarios con tripa cervecera, vestidos con arrugadas americanas de lino, pero los bultos de sus armas bajo la ropa demostraban que eran peligrosos.

Mientras sus zapatos pisaban el barro, los llamó:

—¡Eh, creo que me estáis buscando!

Se dieron la vuelta lentamente y uno de ellos, con una sonrisa de matón de pueblo, exclamó:

—¡Vaya! ¡Era verdad que nos ibas a encontrar! ¡No creímos al portero, así que le dimos una manta de hostias!

Fue lo único que les permitió decir. Ni siquiera pudieron hacer un ademán para sacar sus armas. Fierro les escupió la muerte entre ceja y ceja. Cuando se agachó ante aquellos cuerpos abatidos, sus corazones de piedra todavía bombeaban sangre. Se quedó con sus carteras, sus llaves y el dinero. Con todo menos con las pistolas. Ya se las llevaría alguien para revenderlas en el mercado negro o darles uso. Otras huellas, otras pisadas... Desvalijó los cadáveres como lo haría un chorizo drogadicto; los dejó con los bolsillos del revés, les arrancó las cadenas de oro, los anillos y cualquier bisutería que llevaran encima. Los desvalijó como corresponde.

Miró a su alrededor. Pronto aparecerían los buitres.

Mientras se alejaba, leyó sus carnés. Eran detectives con licencia para oler braguetas, pero armados con pistolones de mampostería, que canalizaban su violencia con trabajos de aliño a cambio de dinero. En un lodazal tan repugnante como aquel, todos tendrían claro que los muertos habían sido víctimas de un ajuste de cuentas por asuntos de drogas. Caso archivado. Sin embargo, Jacobo Castellar sí que entendería el mensaje.

## La fusión gélida

No podía dejar las cosas como estaban, no debía consentir que alguien creyera que había actuado sin tener previsto cada detalle. Todo su negocio y toda su profesionalidad se vendrían abajo en cuanto alguno de sus clientes creyera que, en un caso tan especial, había procedido como un pistolero aficionado. Un oficio como el suyo se basa en el prestigio, no se publica en los periódicos como un anuncio de coñac: va de boca en boca y siempre en función de los resultados.

A pesar del asesinato de Inma, del allanamiento de su oficina fantasma y del tiroteo con los dos puercos enviados por Castellar, Fierro estaba decidido a terminar lo que había empezado y a rematar la faena; a seguir como si tal cosa, cumplir todo el contrato y después cobrar. Pero ¿cómo conseguirlo cuando la mediocridad se cernía sobre una legión de idiotas con pistola reglamentaria? A los veinte días del asesinato de los marqueses, la Brigada Regional de Policía Judicial de Madrid todavía no había conseguido ningún dato válido para concretar «la posible implicación de unos supuestos profesionales del crimen».

Fierro veía pasar las semanas sin que la Policía diera en apariencia ni un palo al agua. En su afán ambulante, varios inspectores se desplazaron a Lorrio, donde los Urbina habían tenido su casa solariega y sus propiedades más emblemáticas. Elaboraron un informe que remitieron inmediatamente al juez de instrucción:

Al morir los padres de María Eugenia de Urbina, su marido, el marqués asesinado, se dio prisa por vender casi todas las propiedades y los más diversos enseres que había en el palacio. Como consideraba que las gentes del lugar criticarían tal actitud, Martín de la Fonte usaba a su administrador, Damián Fernández Ferreira, como intermediario. Todas las personas interrogadas, que han adquirido propiedades pertenecientes al marquesado, declararon que mantenían relación directa con Fernández Ferreira, quien gozaba de la plena confianza del fallecido. Como resultado de la venta de estas propiedades, Martín de la Fonte obtuvo la cantidad de 204 289 800 pesetas, al margen del dinero obtenido por la venta de enseres. Las propiedades se vendieron tan rápido porque solamente

pertenecían a María Eugenia; pero, al hacerlo, el marqués los transformaba en gananciales, y evitaba así tener problemas con la herencia en caso de que la marquesa falleciera.

La Policía también indagó sobre los anónimos recibidos y ciertas llamadas cargadas de mala intención. El mundo está lleno de chiflados, y a los herederos les llegaron cartas en las que remitentes desconocidos se atribuían el asesinato. Los moscones aparecieron en tropel. Alicia de la Fonte sufría llamadas telefónicas en las que le declaraban su amor o desvelaban extrañas conspiraciones en torno al crimen. En una ocasión, Alicia logró mantener una conversación lo suficientemente larga como para que pudieran localizar a uno de sus calientes interlocutores. Se trataba de un tal José María Sánchez Villalba, un maestro industrial que había conseguido el número de Alicia en la guía telefónica, donde constaba con sus dos apellidos. Su vinculación con la muerte de los marqueses quedó totalmente descartada.

Durante todo aquel carnaval, desde algunos despachos de la City se vivió un único momento de inquietud. Borja de la Fonte había recibido un anónimo compuesto con recortes de periódico y una comunicación telefónica donde implicaban a ciertos prohombres de la vida económica española y vinculaban el asesinato de los marqueses con la posible absorción del Banco Urbina por el Interamericano. «En el momento en que mataron a sus padres —aseguró aquella voz masculina, distorsionada con un pañuelo—, don Martín estaba haciendo gestiones para ocupar el cargo de vicepresidente en el nuevo consejo de administración del Banco Interamericano, si, finalmente, no podía evitar que se fusionara con el Urbina. Él no quería vérselas con Jacobo Castellar».

Sin embargo, en su informe definitivo, los investigadores de la Policía escribieron:

Las gestiones practicadas permitieron conocer que, durante el año 1976, existieron unas conversaciones entre el Banco Interamericano y el Banco Urbina, para firmar la fusión de ambas entidades, y se llegó a la conclusión de que la citada fusión era imposible, dado el carácter completamente distinto de tales bancos y de las actividades tan opuestas a que se dedica cada uno de ellos. Estas conversaciones se dejaron en suspenso. Tras esa fecha no se realizó ninguna otra reunión para conseguir la fusión. Se descarta, por lo tanto, que este sea el motivo del asesinato, ya que el marqués de Urbina nunca expresó su conformidad o disconformidad con tal fusión, pues no dependía de él.

Era vital que Daniel Espinosa pagara por el crimen, que un estúpido como el Fotógrafo fuera víctima de un accidente fortuito y que Castellar le convirtiera en un hombre rico... «Pero ¿cómo?», se preguntó con rabia. Demasiadas cosas a la vez confunden la meta de cualquiera. Una pieza debe hacer caer a la siguiente, como fichas colocadas en fila. Ahora se trataba de poner tierra de por medio; salir del ruedo para tomar aire y volver a entrar para matar.

Aquel 30 de agosto, mientras volaba rumbo a Miami, repasó los hechos. En los periódicos, cada vez eran más quienes comenzaban a dar credibilidad a ciertas teorías que se acercaban peligrosamente a la verdad. Fierro empuñó el bolígrafo como si fuera un estilete y comenzó a subrayar:

... persisten las preguntas alrededor de las que gira gran parte de la investigación desde hace casi un mes: ¿quiénes?, ¿por qué?, y, especialmente: ¿hubo complicidad desde el interior de esta casa? Y, si la hubo, ¿por parte de quién? Desde los primeros instantes, la Policía tiene la convicción de que han participado varias personas...

Se habían filtrado las declaraciones de los principales sospechosos, hechas bajo secreto de sumario y en el juzgado de Navalcarnero. Los hijos, el administrador, la cocinera, el mayordomo, el Americano... Alicia y Borja ignoraban quién o quiénes podían albergar motivos para matar a sus padres, pues «carecían de significación política ni ejercían cargo ejecutivo alguno». Llevaban la lección bien aprendida. Los herederos «desconocían» si sus progenitores tenían algún enemigo o problemas graves con la servidumbre, pero remarcaron que el marqués había recibido amenazas de ETA y que, cuando viajaba a Lorrio, siempre llevaba su pistola como prevención.

El cerebro de Fierro echaba chispas mientras intentaba ordenar los hechos que la pasma daba por buenos. La investigación la dirigía, en persona, el jefe superior de policía de Madrid y discurría «por una fase mixta», en la que se trataba de dar forma a posibles hipótesis para continuar un proceso de eliminación. Por el momento, habían descartado dos móviles posibles: el atentado político y el robo. «La muerte de María Eugenia de Urbina y de Martín de la Fonte presenta un cuadro de circunstancias que la califican de inexplicable. La policía no ha agotado aún la fase técnica de su investigación. Hay asuntos que salen y otros que no. Nadie debe escandalizarse. En la investigación se están considerando todas las posibilidades, sin descartar ninguna, aun cuando consideremos que la venganza es el móvil más estimable». Sin embargo, cualquier indicio en este sentido era calificado como «equivoco» y en «el actual curso de los acontecimientos, se estima algún tipo de venganza» como el móvil más probable. Tampoco parecían existir pistas para sostener que «todo se deba a un ajuste violento por razones financieras».

En un principio, la policía tampoco descartó la hipótesis de la herencia, pero se hicieron gestiones sobre el marido de la hija mayor de las víctimas que «tiraron por tierra tal especulación». Tras tomar declaración al joven Daniel Espinosa Hontoria, de veintiséis años, esposo de Alicia de la Fonte, los investigadores concluyeron que el matrimonio, formado dos años y en trámite de nulidad, se había legalizado con separación de bienes conyugales.

## ¿Quién eres tú realmente?

Quienes vivían y trabajaban en la mansión de Somosaguas eran testigos mudos de las juergas, encuentros íntimos y peticiones de dinero de Dani a su amigo Borja. El mayordomo Vicente siguió trabajando para los Urbina durante los meses posteriores al crimen hasta que decidió marcharse, porque, según proclamó a los cuatro vientos, había más implicados que podían estar dentro del chalé. En la instrucción sumarial, declaró ante el juez: «El señorito Borja y el señorito Daniel vivían juntos cuando nadie los veía, antes y después de los asesinatos. Daniel le pedía dinero a Borja y discutían mucho después de que murieran los marqueses. No se puede hacer ni una idea, señorita, de la movida que había allí dentro. El caso Urbina parece una farsa, una comedia. Ha habido, hay y habrá mucho camuflaje». Y relató el día en que Daniel Espinosa entró en el chalé para llevarse un esmoquin por la misma puerta que habían utilizado los asesinos. Damián Fernández le amenazó para que no entrara nunca por allí y le dijo: «O te vas, o te mato». En otra ocasión, «Un día le pregunté a Daniel si estaba implicado en el crimen y él me respondió: “No me va a ocurrir nada”».

Durante el último trimestre de 1980, Daniel Espinosa y Borja de la Fonte se vieron en nueve ocasiones, algunas de ellas sin testigos. En esos encuentros, Dani solo le hablaba de Alicia. Obsesionado. Con el paso de los días, la Policía descubrió algunas cuestiones desconocidas hasta entonces: Borja había comprado una pistola al hermano de Dani y le había entregado a su cuñado 175 000 pesetas para que desempeñara la pulsera de Alicia, que había depositado en el Monte de Piedad. Aunque negó que Dani acudiera con asiduidad al lugar del crimen, Borja no tuvo más remedio que confesar: «Admito que Daniel ha dormido una noche en el chalé, como también lo hicieron otras personas. Yo nunca he dormido solo con Daniel. Lo niego rotundamente».

Era falso. Entre septiembre y diciembre de 1980, Daniel durmió allí al menos dos veces. En una de ellas, entró a medianoche en la habitación de Borja y compartió cama con otro amigo común porque tenía frío. Además, se comprobó que habían viajado juntos a Segovia y que, ya a finales de diciembre, se habían marchado de vacaciones a los Alpes, donde pasaron una semana esquiendo, en una excursión organizada por un hermano de Espinosa. Borja, sin convencer a nadie, repetía públicamente: «Daniel y yo vivimos las aventuras normales... Ir a tomar alguna copa por ahí... Dejamos de ser amigos en el momento en que la policía me dijo que Daniel podía ser uno de los participantes en el asesinato de mis padres. Daniel traicionó mi amistad, se traicionó a sí mismo, a su familia, a mi hermana, a todo el mundo».

El cerco policial no descartaba totalmente su implicación en el asesinato de sus padres. Siempre mentía con torpeza, incluso en cuestiones banales: balbuceaba, se hacía acompañar por un abogado... Su desconfianza e inseguridad le ponían en el centro de la diana. Por eso, las palabras de Fierro cayeron sobre él con la sensibilidad de una hormigonera:

—Te están investigando. Creen que participaste.

Al otro lado del hilo telefónico, la voz de Borja se asfixiaba, lejana, casi en un susurro:

—Me han pedido el pasaporte porque piensan que no estaba en Londres cuando los mataron. No puedo demostrarlo. Pasé todo el día solo. Y el pasaporte no me lo sellaron al entrar. Ya sabes.

—También sospechan de tu hermana.

—Es ridículo.

—Alicia estuvo de visita por la noche, horas antes del crimen. Y a la mañana siguiente se perdieron algunas cosas...

—¿Cómo sabes todo eso...?

—Qué importa. —Fierro se dio lustre, estaba especulando a partir de las noticias publicadas en la prensa.

—Me han preguntado por unos documentos que Damián sacó de la caja fuerte por orden mía. Eran cosas de negocios, pero ellos lo relacionan todo.

—¿También ordenaste que lavaran sus cuerpos?

—¡No! —Borja lanzó un grito ridículo, como quien entona una imprecación amanerada y falsa—. Fue cosa del primo Jacobo y de Damián. Querían que mis padres estuvieran más..., más dignos.

—Si no actúas pronto, te implicarán —advirtió Fierro—. ¿Cómo vas a explicar las últimas visitas de Dani a tu casa? ¿Y vuestro viaje a los Alpes?

—¿Qué crees que debo hacer? —preguntó, suplicante.

—Los de Homicidios van a por ti. Pero si alguien, por su cuenta, descubre la verdad gracias a tu colaboración, quizás entonces te dejen en paz.

Le estaba sugiriendo que ejerciera de Judas, que buscara pruebas contra su amigo del alma para alejar de él y de su hermana cualquier sombra de sospecha.

—Pero tú... ¿Por qué...?

—Lo tienes muy fácil —añadió Fierro—. Basta con que alguien de la Policía registre la finca de Tiermes. Hay allí un campo de tiro lleno de casquillos de bala. Y en cuanto a la pistola, el padre de Dani es un conocido coleccionista. Recurre a tu amigo ese, el de Atracos.

—¿A Juan Fernández de Toledo?

—Utilízalo. Háblale del campo de tiro.

—Es un poco cabeza de chorlito.

Fierro miró el reloj. Habían transcurrido casi dos minutos de llamada intercontinental a Londres, desde una centralita pública de Miami. No podrían rastrearla.

—Si no lo haces tú —amenazó Fierro, sin dejar de controlar los segundos en su reloj de pulsera—, seré yo quien se lo cuente a la Policía. Enviaré un anónimo con todo lo que sé.

—¿Tú...? ¿Por qué...?

—Tengo un alto concepto de la justicia.

—¿Qué ganas con esto?

—Contaré la verdad. Y te lo advierto: si pronuncias mi nombre, nadie te creerá, y si lo hacen,

te arrastraré conmigo.

—Pero... ¿quién eres tú... realmente?

Fierro colgó el auricular sin despedirse. Incluso un cerebro tan plano como el de Borja habría comprendido que aquella era su única opción.

## El origen de su desgracia

No podía fiarse de nadie. Sabía que él era el único nexo entre el asesinato de los marqueses y Jacobo Castellar de Urbina. Si le eliminaban, el Gran Hombre habría culminado el crimen perfecto. Comprendió que su condena era evidente, que se enfrentaba a un enemigo invisible y que lo más adecuado era desaparecer. En Miami, comenzó a notar presencias extrañas, gentes que le miraban desde la distancia bajo el anonimato de unas gafas de sol, entre la multitud despreocupada, mientras aparcaba su coche en los grandes almacenes o entraba en el *burger* de Flamingo Park. De nada le valió dejar su confortable habitación del hotel Delano y marcharse a un discreto apartamento de la playa... Ojos como puñales.

Se movía nervioso, sin paranoias. Fierro era una persona racional. Había sido entrenado para utilizar el cerebro como una herramienta precisa. En aquel trance, sus dotes de observación le advertían de su propia fragilidad. Pasaba el día vigilante, cubriendo su espalda, calculando cada paso antes de darlo. Cambiar de estilo de vida, de acento o de idioma no era suficiente para garantizar su seguridad. No dejaba de pensar que Castellar y *el Gordo* Barrachina conocían sus tácticas, sus habilidades. Si querían darle matarile, lo tenían muy fácil; bastaba con encargar la faena a alguien como él, a su espejo, a un profesional de la eliminación física. Entre iguales, él resultaba tan fácil de abatir como un pichón de hojalata en una barraca de feria.

Era cuestión de tiempo, de poco tiempo. Maldijo su estampa y decidió prepararlo todo para desaparecer.

Con una identidad que ya había utilizado en un trabajo anterior encargado por el propio Barrachina, se alistó en una empresa de seguridad internacional, dedicada a misiones inconfesables para gobiernos democráticos y grandes multinacionales. Aceptó un destino en Namibia como guardia pretoriano de la African Trust Corporation y, antes de que comenzara el invierno, se dejó matar en el transcurso de una revuelta interétnica. Cuando encontraron su cadáver en una zona selvática, tenía el rostro devorado por las fieras, pero, aun así, lo identificaron. Nadie reclamó su cuerpo y no se le conocían parientes ni domicilio alguno. El consulado se desentendió, fue incinerado y nadie rezó por él. Su necrológica quedó reducida a una pequeña esquelita y una breve noticia de United Press que algunos periódicos españoles reprodujeron como una curiosidad: «Mercenario español devorado en África». Bajo una nueva identidad, con algunos retoques básicos de cirugía, Fierro regresó a España. Todo lo había dejado atrás. Decidió no acercarse a sus cuentas cifradas en las Caimán y dejar que, de momento, sus

ahorros durmieran como si él hubiera muerto de verdad. Tenía suficiente dinero para pagar las cuentas y pasar inadvertido.

Con el paso de los meses, terminó por convertirse en un espectro de sí mismo. El pulso le temblaba de rabia y había dejado en reposo su lucidez de depredador. Por el momento. El fantasma de Inma le impedía dormir tranquilo. El asesinato de la muchacha pesaba sobre su conciencia y, al mismo tiempo, persistía como una cuenta pendiente. El rostro inocente de Inma, su cuerpo fresco y generoso, aquella ternura suya que le hacía sentirse como el ser humano que no era. Todo había sido talado por el hachazo de aquellos canallas. «Paciencia», se repetía, pero el rostro ensangrentado de la chica no le dejaba ni a sol ni a sombra. No haber respondido inmediatamente con la sangre de Castellar estaba en el origen de su desgracia.

A pesar del tiempo transcurrido, seguía jugando en su contra que el «asunto Urbina» fuera todavía un «caso abierto» y carnaza para periodistas sin escrúpulos. Fierro no salía de su asombro. «Nadie quiere investigar en serio», maldijo.

A los cinco meses del doble asesinato, la Policía Judicial seguía teniendo una visión de los hechos llena de errores y desinterés, a pesar de las grandes presiones políticas. El Gobierno de Adolfo Suárez, inmerso en una espiral cainita, no estaba para pedir demasiados esfuerzos a sus agentes del orden. Los marqueses de Urbina podían ser del más alto abolengo, pero los inspectores ya tenían más que suficiente con tantos coches bomba y tanta trampa mortal. A Fierro le seguía fallando, como antaño, entender el contexto en el que se mueven los servidores de la ley.

Trató de ordenar sus ideas. Ahora que había regresado a Madrid, pensó que alguien tendría que poner a los investigadores sobre la pista de Daniel Espinosa y obligarlos a encontrar las malditas pruebas que él había sembrado con tanto esmero. Pero él estaba muerto, al menos oficialmente.

## Contacto en Venus

Había buscado un agujero y se había metido en él. En pleno corredor del Henares, al noreste de la gran metrópoli, Coslada le pareció una ciudad discreta, adecuada para sus intenciones. Agazapado, con las garras afiladas y el corazón perdido, Fierro alquiló un piso en una colmena para salarios escuetos, y dejó pasar el tiempo en una soledad devastadora. Comía solo, bebía solo. Pensaba.

Cuando tuvo bien estudiado el terreno y comprendió que nadie notaba su presencia, comenzó a frecuentar algunos locales nocturnos, tranquilos y sin complicaciones, cuya clientela estaba compuesta básicamente por parejas de mediana edad y oficinistas abandonados en busca de un refugio. No le gustaban los bares de copas ni los reductos llenos de borrachos y gente sin amor, de fracasados acostumbrados al maleficio.

De todos los lugares tranquilos abiertos en la noche de Coslada, eligió el *pub* Venus, con sus mesas redondas de cristal y sus sillones de mimbre barnizado; una atmósfera espaciosa contenida entre cuatro paredes pintadas con un soportable tono rosa; envuelta en una música orquestal de bossa nova (Tom Jobim, Vinicius, María Creuza, Toquinho...) que cada noche era interrumpida por uno de los temas más siniestros de Pink Floyd: *Careful with that Axe, Eugene* («Cuidado con ese hacha, Eugene»). El cambio melódico se producía, como una contraseña, cada vez que aquella mujer aparecía poco antes de la medianoche, le daba órdenes al camarero antes de dejarle marchar y se encargaba de todo hasta las tres de la madrugada, hora del cierre.

Al verla, Fierro calculó que ya había cumplido los treinta y cinco años, que su cabello rubio teñido ocultaba más de una cana y que, por sus ademanes enérgicos, era una mujer de armas tomar; un espécimen del sexo femenino que, con un poco de suerte, podía dar a cualquiera la oportunidad de reinventarse.

—¿Te relleno el vaso? —le preguntó, tras la barra.

—No, gracias. Ya es el segundo *gin-tonic*. Suficiente para mí.

—Eres un hombre prudente —respondió ella con desdén—. Hoy me siento generosa. Invita la casa.

—Entonces, ponme otro de Hendrick's, pero poco cargado.

La mujer le dedicó una leve sonrisa mientras Fierro, con el brazo extendido en el aire, sujetaba una copa tan vacía como su conciencia.

—Déjala sobre el mostrador, hombre —le ordenó, y comenzó a preparar el tercer *gin-tonic* en

una copa distinta, que limpió lentamente con un paño mientras no le quitaba los ojos de encima.

Hielo, limón... Al remover la ginebra y la tónica con una cuchara larga, se soltó el último botón de su blusa y Fierro descubrió que aquellas dos montañas no necesitaban sujetador alguno para seguir erguidas, que sus pezones apuntaban hacia el cielo con una vitalidad casi adolescente.

Le acercó la copa.

—¿Eres nuevo por aquí? —preguntó con amabilidad.

—Esta semana es la tercera vez que vengo.

—Desde el lunes. Me he fijado en ti cada noche.

—¿Ah, sí?

—No buscas compañía, nunca hablas con nadie.

—Me gusta el silencio.

—Tienes algo especial.

—No me dores la píldora.

—¿Trabajas en Coslada?

—Todavía no.

Fierro acercó a su nariz aquel elixir amable, burbujeante, y se mojó los labios con el borde de la copa, sin beber todavía.

—¿A qué te dedicas? Si no es mucho preguntar —insistió ella, abrochándose el botón de la blusa, como si hubiera terminado el primer asalto.

—Tengo pocas habilidades.

—Vivirás de algo, ¿no?

—Me quedan algunos ahorros.

—Si buscas ocupación, yo puedo ayudarte.

—No me gusta madrugar.

—Ocupación nocturna, se entiende.

—La hostelería no es mi fuerte.

—¿Qué sabes hacer?

—He sido encofrador —mintió—. He estado en el ejército durante varios años, me licenciaron porque no les gustaba mi estilo... Y hubo un tiempo en que cobraba a morosos.

—¿Qué clase de morosos? —Fierro había despertado su interés.

—Gente que no cumple lo que dice.

—¿Y cómo los convencías?

—Con palabras. Son peores que los mamporros.

—¡Vaya!

—Si no había más remedio, les partía la cara. —Dio un sorbo profundo al nuevo *gin-tonic* y exclamó—: ¡Excelente!

—Gracias. Además de esta, tengo otras habilidades —dijo con picardía.

—No me importaría descubrirlas.

—Mucha prisa tienes. —Ella parecía satisfecha con su conquista.

—Ninguna. Solo soy un recién llegado que no conoce a nadie en esta ciudad.

—¡Y con esos músculos poco aprovechados!

—En el ejército era el rey de las flexiones.

—¿Y en la cama?

—Depende de la noche. Si quieres comprobarlo...

—Por qué no.

Fierro la miró sorprendido antes de que los dos rompieran a reír.

—Me llamo Jessica. Jessy para los amigos.

Cuando Fierro hizo el primer movimiento para estrechar la mano extendida de Jessy la puerta del Venus se abrió con brusquedad y entraron dos tipos como armarios, tambaleándose, malencarados, tropezando contra los taburetes que se cruzaban en su trayecto hacia la barra.

Apartaron a Fierro con un leve empujón.

A Jessy le cambió el semblante y escondió su mano derecha. Su mirada lo decía todo.

—¡Les pedí que no volvieran! —les gritó—. ¡Váyanse o llamo a la Policía!

—Llámanos —contestó uno de ellos, que mantenía el equilibrio de milagro—. Nosotros somos la Policía.

—No quiero broncas —insistió Jessy—. Mis clientes son gente de bien.

—Y nosotros de mal, ¡no te jode! —balbuceó el otro borracho—. ¡Dos *bourbons*, ya, mala pécora!

Fierro se arrimó al que tenía más cerca, tocó su hombro y le murmuró algo al oído. El energúmeno reaccionó con furia y trató de golpearle, pero un puñetazo certero en el costado lo dejó inmóvil, con las piernas arqueadas hasta quedar casi de rodillas.

—Será mejor que te lleves a tu compañero —ordenó al otro, mostrándole sus puños en guardia, como un boxeador a punto de ejecutar un gancho de izquierda—. Llévatelo, su madre está muy enferma.

Cuando el tipo quiso descargar sobre él toda su fuerza bruta, Fierro se dio la vuelta con agilidad de bailarín y le hundió el puño en la espalda, a la altura de las lumbares. Un ruido seco, como un junco quebrado. Fierro abrió y cerró la mano con dolor, había chocado contra algo muy duro. Bajo la chaqueta del borracho vio la culata de un 45.

Jessy dejó sobre el mostrador una barra forrada de cuero. Fierro la enarboló con la mano izquierda y comenzó a dar golpecitos amenazantes en la palma de la otra mano, como un guardia callejero de película muda.

—Ni lo pienses —advirtió—. Las dos manos delante, como si fueras un sonámbulo. Tu cabeza está en juego.

Obedeció.

—Si os dejas marchar —dijo Fierro señalando la culata del revólver—, no lo usarás contra mí, ¿verdad?

—Esta noche no. Quizá mañana cuando esté de servicio.

—Os acompaño a la puerta. Sin escándalo.

Fierro salió tras ellos y se mantuvo allí, desafiante, mientras se alejaban calle abajo. Cuando torcieron en la esquina y desaparecieron de su vista, esperó durante algunos minutos por si tenían la tentación de regresar. Después, entró en el Venus.

Los últimos clientes se marcharon tras pagar su cuenta.

—Vamos a cerrar —advirtió Jessy.

—Son las dos.

—Ya está bien por hoy. No vamos a dar tiempo a esos cabrones para que avisen a sus colegas y nos hagan una visita rutinaria.

—¿Rutinaria?

—Son dos borrachos de la Unidad. Tendremos problemas, pero te has portado como un tigre. Y los clientes ni se han dado cuenta del altercado. Conviene desaparecer por una temporada. Acompañame a casa. Estoy muy nerviosa.

Fierro maldijo para sus adentros. Golpear y amedrentar a dos policías beodos no era la mejor manera de pasar desapercibido. Ahora podría sufrir las consecuencias, aunque confiaba en que, de tan borrachos, aquellos dos tipejos fueran incapaces de reconocerle.

—Tendremos que pedir ayuda al Proveedor —dijo Jessy, antes de bajar la persiana metálica—. Es el único que puede pararles. En Guadalajara estaremos a salvo de esta gentuza.

Él no entendía ni una palabra, solo sabía que Jessy iba a ponerle a prueba esa noche. O salía triunfante en la cama, o a partir de entonces podía partirle un rayo.

—No te lo había dicho. Puedes llamarme Juan.

Después, sintió el contacto de su piel cuando la tomó de la mano y acarició sus dedos, desde la palma hasta sus largas uñas esmaltadas de blanco.

## Yo soy culpable...

A las trece horas del 8 de abril de 1981, Fierro recibió la gran noticia, pero él había cambiado. Transcurridos ocho meses desde la noche del crimen, su vida había dado un vuelco tan rápido como el país en el que vivía. Su mente era incapaz de borrar la imagen televisada de aquel pasmarote con tricornio, bigote recio y pistola reglamentaria en ristre. «¡Quieto todo el mundo!». Aquel fante logró lo que otros intentaban sin demasiado éxito: apuntalar la frágil democracia española y garantizar al mismo tiempo el futuro del rey, a pesar de que aquel guardia civil tan patriota, con su golpe de terror zafio, había tratado de conseguir el efecto contrario. Fierro parecía estar resignado a su destino, desmoralizado y sin fuerzas. Toda su vida se había deslizado a través de un sumidero en un tiempo récord.

Pero aquella mañana, Daniel Espinosa acababa de ser detenido por el asesinato de sus suegros. Un policía de Homicidios le había interrogado por su cuenta, tras recibir una información sobre las prácticas de tiro en la finca de Tiermes: «Se entrenó allí antes de matar a sus suegros». Más claro que el agua. El inspector, un tal Montero, acompañado por tres agentes uniformados, había requisado más de doscientos casquillos de bala en la finca, todos del 22. Algunos coincidían con los recogidos en el escenario del crimen. En un registro policial en casa de los Espinosa, habían descubierto varios croquis de pistolas dibujados por el padre de Dani. Una de ellas era el arma del doble asesinato.

Por la tarde, en la Brigada Regional de Policía Judicial, interrogaron al exyerno de los marqueses de Urbina durante horas y sin la presencia de un abogado. Los inspectores del Grupo de Homicidios, conscientes de que hasta entonces habían hecho el ridículo, se emplearon a fondo.

—Si no los has matado tú, entonces ha sido tu padre —le dijeron, y a través de un cristal le mostraron a su progenitor, esposado—. Vamos a acusarlo de asesinato.

Además, contaban con un último recurso para arrancarle la confesión.

—También vamos a detener a tu madre.

Aquello fue demasiado y Dani se vino abajo:

—Déjenlos en paz. Yo los maté.

Para que no se retractara, los policías le hicieron escribir en un papel: «Yo soy culpable de la muerte de mis suegros, los marqueses de Urbina».

Cuando llegó el criminalista Joaquín María Ribas, contratado por la familia, Daniel Espinosa ya había firmado la confesión manuscrita y uno de los inspectores aporreaba el acta de su

declaración en una ruidosa Olivetti:

Que en la noche del 31 de julio al 1 de agosto del pasado año, tras haber estado tomando unas copas y cenando con unos amigos, uno de ellos, llamado José Luis Muriel Estepona, le llevó a casa en su coche a eso de las tres de la madrugada. Después de subir a su piso y recoger una pistola, un rollo de esparadrapo, un martillo, una linterna y un soplete de butano (arma e instrumentos que tenía en su casa desde el día anterior, ya preparados), cogió el coche de su padre y con él se trasladó a la zona de Somosaguas, donde se encuentra el chalet de sus suegros.

Que estacionó el coche en el descampado que hay en el margen derecho de la carretera que sube hasta el chalet, entró por la puerta de la verja que rodea la casa y, por la parte derecha de esta, se dirigió hasta la puerta de cristal que solía utilizar, cuando vivía en aquel lugar, para salir al jardín. Tras adherir unos esparadrapos al cristal, lo golpeó con el martillo, introdujo la mano derecha y abrió. Después pasó al recinto de la piscina. Encontró la puerta interior abierta y llegó hasta el salón contiguo. Para penetrar en el vestíbulo, donde está la escalera por la que se accede al piso superior, tuvo que abrir otra puerta de madera. Utilizando el soplete hizo en ella un agujero por el que pudo introducir la mano, para girar la llave puesta por la parte interior.

Que a continuación recorrió el camino hasta el dormitorio de su suegro, entró en la habitación y al tropezar en una silla se le escapó un tiro; inmediatamente disparó a su suegro en la cabeza a corta distancia y cuando trataba de huir, su suegra se despertó, encendió la luz y dijo: «¿Quién hay?», o algo parecido, y para evitar que le reconociera tuvo que darle muerte. Le disparó una primera vez cuando se encontraba sentada ya en la cama, y una segunda para asegurar su muerte.

Que tras ello, apagó la luz, salió corriendo, tomó el vehículo de su padre y se marchó a su domicilio. A la mañana siguiente se despertó temprano y se ausentó de casa para ir a un asunto del seguro de desempleo.

Dani afirmó que había utilizado guantes y silenciador, pero que no sabía dónde estaba el arma, y se negó a responder a cualquier pregunta sobre el paradero de la pistola.

—¿Qué hiciste con el soplete, el martillo, la linterna y demás efectos? ¿Cómo los conseguiste?

—El soplete lo compré en una tienda, y el martillo, la linterna y las otras cosas las cogí de mi casa. No sé dónde pueden estar.

Al día siguiente, Daniel Espinosa repitió su confesión ante el juez de instrucción de Navalcarnero, pero matizó algunas de sus palabras:

—Todas las personas que trataban con los marqueses más íntimamente eran víctimas de sus malas formas. Las maltrataban. Por eso decidí matar a mi suegro, porque era el más culpable de los dos. También quiero concretar otro dato. No puedo decir la hora exacta, pero José Luis Muriel me llevó a casa sobre las tres o tres y media de la madrugada, no antes. Allí recogí el soplete, el esparadrapo y el martillo. No saqué la pistola de mi casa y solo la tuve en mi poder durante dos o tres horas. Después de estar en mi casa unos quince minutos, tomé las llaves del coche de mi padre sin que él lo supiera; bajé a la calle, monté en el automóvil y me dirigí completamente solo hasta el chalé.

—¿Encendió la luz de la habitación de su suegro? —preguntó el juez.

—Siempre utilicé la linterna. Fui hasta el dormitorio de mi suegra porque ella había encendido la luz y preguntaba: «¿Quién anda ahí?». Disparé desde los pies de la cama. Todo fue tan rápido que no sé si me reconoció.

—¿Cómo explica que en el campo de tiro de la finca de la provincia de Soria se hayan encontrado algunos casquillos que también fueron disparados por la pistola utilizada para asesinar a los marqueses?

—Resulta inexplicable.

Dani no denunció a ninguno de sus cómplices. Los policías estaban satisfechos. Para ellos la clave continuaba siendo el arma del crimen y decidieron apretar las tuercas en esa dirección.

En una segunda comparecencia tras la detención de su hijo, Manuel Espinosa declaró que le habían regalado una pistola de tiro de precisión, marca HI Standard, del calibre 22, hacía año y medio aproximadamente, y que la tenía en su casa porque pensaba legalizarla en la Federación de Tiro.

—Me di cuenta de que me faltaba esa pistola —dijo— unos dos meses antes de la muerte violenta de mis consuegros. No he vuelto a verla ni sé dónde puede estar.

—¿Es posible que Borja de la Fonte viera el arma en alguna de las visitas que hizo a su casa, acompañando a su hijo?

—Es muy posible.

—¿Eran buenos amigos?

—No lo sé. Por las facturas de las conferencias telefónicas que he tenido que pagar, he podido comprobar que, antes de la muerte de los marqueses, mi hijo llamó por teléfono varias veces a su cuñado, que se encontraba en Londres.

—¿Odiaba su hijo Daniel a los marqueses de Urbina? ¿Había dejado ver alguna vez ese odio?

—Odio no. Pero en varias ocasiones había mostrado públicamente su amargura y cierta animosidad hacia sus suegros, a quienes señalaba como los causantes de su fracaso matrimonial y como los culpables de la vida que llevaba en los últimos tiempos.

En su tercera declaración judicial, Manuel Espinosa matizó sus palabras y aseguró que la pistola HI Standard del 22 le había sido robada junto a otros objetos en diciembre de 1979, durante la mudanza que realizó desde La Moraleja hasta su domicilio actual. Y se desmintió:

—No creo que Borja de la Fonte pudiera ver en mi casa esa pistola, porque las armas las tengo guardadas en un armario. Quiero aclarar que la otra pistola Star del 22, con número de fabricación 219 444, se la vendí a una persona cuya identidad no puedo recordar.

El carnaval estaba en su apogeo.

Borja de la Fonte, décimo marqués de Urbina, se personó en el sumario como acusación particular «a efectos de ejecutar las acciones punitivas y de resarcimiento que corresponden. Al mismo tiempo que solicito que se entiendan conmigo las sucesivas actuaciones y se me dé vista de lo tramitado». Así eliminaba cualquier rastro de sospecha y conocía la marcha de las investigaciones. Acababa de levantarse el telón de un teatro del absurdo con ingredientes de vodevil.

Setenta días después de su confesión, asesorado por el letrado Ribas, Daniel Espinosa lo negó todo.

—Cuando la Policía me detuvo, me declaré culpable porque hice un pacto con ellos. Si decía que lo había hecho, dejarían a toda mi familia tranquila. Yo creía que, al ser inocente, a los cuatro días iba a estar en la calle. Como luego aquello se alargaba, pensé en rectificar... No es verdad que esté encubriendo a ninguna persona y no le tengo miedo a nada ni a nadie.

—¿Cómo es posible, entonces, que supiera que la luz de la habitación de su suegra estaba apagada cuando se encontraron los cadáveres? —preguntó el acusador particular contratado por Borja.

—Es fácil suponer que quien disparó apagó la luz después de cometer los asesinatos —contestó Dani, con soltura.

José Luis Muriel, *el Fotógrafo*, fue todavía más mentiroso y declaró que, debido al tiempo transcurrido, no podía recordar exactamente lo que había hecho el 31 de julio del año anterior.

—Salí con Dani y con otro amigo llamado Toni, en el Seat Ranchera de mi tía; fuimos hasta El Chascarrillo, en la calle Viriato, donde nos reunimos con Francisco, *el Sastre*, y con otros conocidos.

—¿Puede decir sus nombres?

—No sé cómo se llaman. Eran amigos del Sastre. Yo solo los había visto alguna vez por allí.

—¿Y qué hicieron? ¿De qué hablaron?

—De chorradas, como otras veces. Comentamos la situación del país, lo mal que le va al Real Madrid sin Santiago Bernabéu..., sin Franco. —Su sonrisa daba pena; era una mueca con la que pretendía aplacar los nervios—. Cosas sin importancia, para pasar el rato. Tomamos unas copas, salimos y fuimos con el Seat Ranchera a un bar donde ponen música brasileña... Dani y yo nos marchamos por nuestra cuenta y le dejé en su casa. Él se quedó allí sobre las 2.15 o 2.30 de la madrugada.

—¿Estuvo en la finca de los Espinosa en Tiermes antes del crimen? ¿Ha practicado tiro o ha visto practicarle en ella?

—Antes de que murieran los marqueses estuve allí una vez, y después en una o dos ocasiones más. Pero en ninguna de ellas he visto practicar ejercicios de tiro con armas de fuego. Yo, por mi parte, nunca he disparado.

—Usted fue socio de Daniel Espinosa y copropietario del *pub* Claqué, ¿no es cierto?

—Los dos arrendamos un local, una planta baja en la calle General Álvarez de Castro, número 21. Para montar el *pub* y acondicionar el local, que estaba muy mal, tuvimos que poner cada uno trescientas mil pesetas, que conseguimos mediante dos préstamos del Banco Urbina, donde los dos teníamos cuenta corriente.

—Durante la tarde o la noche del 31 de julio, ¿sabe si Daniel Espinosa efectuó alguna llamada

telefónica?

—No lo recuerdo. Pero no puedo asegurar si recibió o hizo alguna llamada telefónica sin que yo me diera cuenta.

—¿Dónde durmió la noche de autos?

—¿La noche de qué?

—La noche del crimen. Aquella noche.

—En casa de mi hermana Laura.

—¿A qué hora llegó?

—Alrededor de las tres de la madrugada.

—¿Qué viajes ha realizado después de la muerte de los marqueses de Urbina?

—A Sitges en varias ocasiones. Allí tengo una casa. La semana pasada viajé a Ámsterdam por motivos de trabajo.

—¿Y después de que Daniel Espinosa fuera detenido?

—Su detención me impresionó tanto que, al día siguiente, decidí tomar un avión para Londres, donde estaba mi amiga Patricia, que es azafata de Iberia. Pero no la encontré porque le habían cancelado el vuelo. Permanecí el resto de la tarde, la noche y parte del día siguiente en Londres, y volví a Madrid.

—¿Durmió en algún hotel? ¿Tiene alguna factura?

—Pasé la noche deambulando, esperando a Patricia en el recibidor del hotel Europa.

—¿Habló con alguien allí?

—Sí, con una azafata, para preguntarle por ella.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé. Era la primera vez que la veía.

—¿Qué otros amigos suyos, o de Daniel, han visitado el chalé de la familia Urbina?

—No lo sé.

—¿Y usted?

—Dos o tres veces.

—¿Fue solo?

—Con Borja.

—¿Sabe si Daniel Espinosa sufre algún tipo de anomalía psíquica?

—Es un chico normal. —Y titubeó, antes de añadir—: Aunque algunas veces, sin venir a cuento, pasa de la tristeza a la euforia.

## Problemas con el *sheriff*

Estaba acodado en la barra del Fandango's, con una cerveza en la mano y el cerebro en Babia, cuando puso los ojos sobre aquel periódico abandonado por algún cliente aficionado a los crucigramas. «Daniel Espinosa en el banquillo. Será juzgado el 26 de junio. El fiscal pide sesenta años por el asesinato de los marqueses de Urbina». Tomó aire. Desde su regreso no había pisado Madrid, pero ahora tendría que romper la regla. Necesitaba comprobar con sus propios ojos cómo estaba el tema, ahuyentar el peligro, saldar las cuentas y salir airoso. «Nunca he dejado un trabajo sin terminar», se dijo.

Las chicas bailaban aburridas con los pechos al aire; la música machacona apenas se escuchaba y en el local había menos movimiento que en un panteón de poetas ilustres.

—Tenemos que pararle los pies —dijo el Proveedor.

—Como si fuera tan fácil —replicó el Letrado, mientras cerraba su maletín—. Estamos hablando del gran Gúmer.

—Con Jessy se ha pasado. Teníamos un acuerdo. Si no tomamos las riendas, acabaremos trabajando para él.

Cuando el Letrado se marchó con el rostro convulso, Fierro comprendió que su jefe había tomado una decisión drástica. Todo estaba escrito en sus ojos afilados y en ese pequeño silencio tan suyo.

—Ven, acércate —le ordenó—. Vas a entrar en faena.

Para garantizar su seguridad, Fierro trabajaba en exclusiva para el Proveedor desde hacía casi dos años, siempre en asuntos discretos, de aliño, hasta que acabara su mala racha torrencial. Desde Guadalajara, actuaba solo en la periferia metropolitana de Madrid, principalmente en el Corredor del Henares, donde su jefe tenía el centro de operaciones. A los toques de cirugía con que salió de África, había añadido algunos detalles: se había dejado crecer el bigote y llevaba el cabello muy corto y canoso. Ahora muchos le apodaban Pedernal, por lo duro que resultaba tratar con él. Pero nadie conocía su verdadera identidad, y su eficacia era el mejor antídoto frente a las indiscreciones.

Sin embargo, esta vez se trataba de Gumersindo Gutiérrez, *el Sheriff*, el mandamás de la comarca, jefe de la Policía Municipal de Coslada, con una vasta experiencia en la sombra. Era un Wyatt Earp de pueblo, con deje murciano, que exprimía los bares, restaurantes, puticlubs y antros de *su* ciudad; con barra libre, derecho de pernada y el diez por ciento de las operaciones

mercantiles. Todos sabían cómo se las gastaba *el Sheriff*. En una ocasión, un incauto quiso cobrarle un *gin- tonic*. «Yo no pago en ningún sitio. Te vas a acordar de mí toda tu puta vida», le contestó Gúmer. Y así fue, porque a partir de entonces llovieron sobre el desgraciado inspecciones continuas, revisiones del permiso de apertura, multas por ruido, acusaciones de superar el aforo..., hasta que, al final, alguien llegó por la mañana, le encañonó en la sien y le advirtió: «O dejas el bar, o te damos la definitiva». Evidentemente, se acabó lo que se daba.

Nada se movía sin que Gúmer cobrara su parte. Mandaba a veinte chulos uniformados, con botas de campaña, tatuajes en los brazos, espaldas como paredones y ningún escrúpulo en el alma. Era *el Sheriff* y los garitos le pagaban religiosamente para no tener problemas.

—Nunca me las había visto con un jefe de Policía —dijo Fierro.

—Siempre hay una primera vez para todo —contestó el Proveedor—. Te vas a encargar del Venus.

—En ese local tuve algunos problemas con aquellos burros del *Sheriff* —respondió sobresaltado—, recuérdalo.

—Por eso mismo. Así comprenderá que no le tengo ningún miedo.

—Si me reconocen, me darán un trato preferente.

—Tendrás refuerzos si eso pasa. El Letrado te está preparando los papeles del traspaso. Vas a ser su próximo administrador.

—Estaba deseando montar un bar —bromeó Fierro, con cierta amargura—. Voy a necesitar varios días de permiso para un asunto personal —añadió.

—En cuanto te hagas cargo —respondió su jefe.

A la semana siguiente, Fierro ya estaba controlando la caja registradora con la avaricia de un hostelero primerizo y con la fidelidad de una barra de hierro forrada en cuero, regalo de Jessy, discretamente camuflada junto a los barriles de cerveza. De momento, prefería dejar la automática en casa, y apenas tenía un plan. Era cuestión de esperar a que llegaran los problemas, que no tardarían demasiado en aparecer. La pobre Jessy había sido trasladada después de que *el Sheriff* se la tirara en la trastienda a cañón tocante.

—Si no pagas lo que pido, me voy a cobrar la diferencia en especies —le había advertido entre carcajadas—, y te voy a mandar a toda mi tropa por turnos. Luego, si quieres, vienes al cuartel y nos presentas la denuncia, que allí también te daremos.

En la compañía del Proveedor todos estaban escandalizados y furiosos por el ultraje de Jessy. En el fondo eran unos moralistas. *El Sheriff* había roto la regla de la decencia. A Fierro le dolía de verdad. Para él era una canallada contra la que había que aplicar la ley del talión.

Coslada era una ciudad dormitorio con ochenta mil almas y veinte desalmados; un antiguo pueblo que en una década había crecido descontroladamente. Era un sitio como cualquier otro de las afueras de Madrid; una población sin historia, sin monumentos, con calles estrechas y laberínticas entre bloques de edificios apelmazados; sin parques, sin memoria, con asfalto recalentado por los tubos de escape y coches aparcados sobre las aceras o en los parterres maltrechos. Una ciudad emergente, con habitantes que solo iban a dormir, y un territorio perfecto para los negocios rápidos, sin testigos y sin problemas. Gúmer lo había comprendido desde el principio, cuando aquella ciudad no era más que un poblacho bien comunicado. Llegó con treinta años y muchos contactos en las cloacas, sacó las oposiciones a policía municipal y terminó convertido en el auténtico jefe, capaz de controlar las andanzas de los alcaldes de turno; rodeado

por una guardia pretoriana creada a su medida, seleccionada personalmente por él y encuadrada en un grupo de choque compuesto por macarras violentos vestidos de comando. Todos los llamaban la Unidad.

Ya desde el primer día dejaron claro a Fierro cómo funcionaban las cosas. El local estaba en su apogeo cuando un coche patrulla aparcó ante la fachada y dos gorilas uniformados se apostaron en la puerta y comenzaron a pedir la documentación.

Una sirena lanzadestellos, ruidosa y deslumbrante, le hizo asomarse al exterior mientras el *pub* se vaciaba con rapidez. Los clientes sabían que iba a tener problemas. Era mejor largarse. Ojos que no ven...

Abrió la puerta y, al sacar la cabeza, oyó un largo grito de dolor. Los dos gorilas municipales estaban golpeando a un desgraciado que tenían esposado a la espalda, con la cara contra la acera.

Fierro se mantuvo alerta sin soltar el pomo.

—¿Qué ha hecho? —se atrevió a preguntar.

—No le importa —respondió uno de los energúmenos sin mirarle.

—Soy el dueño del *pub* y...

—¡Métase *pa'dentro!* —ordenó el otro—. Y prepare los papeles, que va a tener una visita importante.

Aquel rostro le resultó familiar. Sin embargo, permaneció inmóvil mientras veía cómo pateaban en el costado al pobre hombre.

—¡Lárgate a tu país! —le gritaban, llevados por la ira.

Instintivamente, Fierro dio un paso adelante. Los otros reaccionaron enseguida.

—Estás obstruyendo a la autoridad —le dijo el más alto, mientras le apretaba el hombro con el dedo índice.

—Solo quiero saber...

Uno de los guardias le propinó un codazo en la boca del estómago, técnico y preciso, que le cortó el aliento y removió sus jugos gástricos hasta dejarle un regusto amargo en la garganta. No rechistó. Retrocedió un paso y entró de nuevo en el *pub*, ya vacío.

—Vete —ordenó al camarero, un chaval que trabajaba allí los fines de semana—. Esta noche cerramos.

Fierro respiró hondo y relajó los brazos con una pequeña sacudida de boxeador al subir al cuadrilátero. Abrió una botella de Hendrick's y comenzó a preparar dos *gin-tonics* muy cargados. Esperaba la entrada del comité de bienvenida, preparado para lo peor. Comprobó que la barra de hierro estaba en su sitio y se sintió desnudo sin su pistola.

Dio un sorbo al *gin- tonic* para humedecerse los labios y dejó el vaso de cuello alto junto al que había dispuesto para *el Sheriff*, con su limoncito y unas burbujas que iban perdiendo su fuerza. Si no entraba pronto, la bebida se desbravaría sin remedio. El silencio resultaba insoportable. Las paredes insonorizadas no dejaban escuchar nada de lo que sucedía en la calle. Lo peor era la incertidumbre.

Sacó los papeles del *pub* y los apiló sobre la barra, con una disposición rigurosa, permiso tras permiso, documento tras documento: apertura, aforo, ruidos, seguridad... Todo estaba en regla.

El guardia que le había golpeado minutos antes abrió paso a la comitiva. Tras él, enfundado en un traje gris hecho a medida, apareció Gumersindo Gutiérrez, el gran Gúmer en persona, con su rostro anodino y su metro sesenta de mala leche.

Mientras avanzaba hacia Fierro, se desabrochó la chaqueta para que su anfitrión viera bailar la pistola enfundada al cinto con una lengüeta metálica.

El otro gorila de uniforme cubría su espalda. Fierro giró la cabeza para no mirarlo de frente; acababa de reconocer sus facciones.

—Koala, echa el cerrojo. Pelas, repasa el papeleo, mientras este «señor» y yo departimos amigablemente —ordenó a sus hombres. Después miró a Fierro—. ¿Y tú quién coño eres?

—Soy el nuevo propietario del Venus.

—Los papeles parecen buenos, jefe —intervino el Pelas, con algunos documentos en las manos.

—Otro listo —apostilló Gúmer.

—Otro industrial —intervino el Koala, sin moverse de la puerta—. Yo a este le he visto en algún sitio, jefe.

A Fierro le pareció que aquellos bíceps de gimnasio estaban a punto de romper las jarreteras de su camisa reglamentaria.

El Koala removió el puño izquierdo sobre la palma de la otra mano y preguntó:

—¿Le damos ya?

—Un poco de paciencia —contestó *el Sheriff*, haciendo un gesto a sus subalternos para que esperasen—. Vamos a ver si nos aclaramos. Jessy no colaboraba lo suficiente. De alguna manera tenía que cobrar. Contigo será más difícil porque no me gustan los tíos, aunque tengo alguno en la Unidad al que le da lo mismo carne que pescado.

—Colaboraré.

—La primera paga será de trescientas mil pesetas por el traspaso. Luego ya veremos.

*El Sheriff* sabía cómo llevar a pique a todo aquel que no le rindiera vasallaje. Su método era de manual: controles de alcoholemia en las intermediaciones, cacheos sin ton ni son a los clientes, inspecciones injustificadas con el local abarrotado, multas por infracciones inexistentes... Ni Capone en sus buenos tiempos lo tenía mejor montado. Todo legal, discreto, sin pruebas, en silencio.

—Quiero que comprendas una cosa —dijo Gúmer mordiendo las palabras—. Yo no volveré más por aquí. Cuando yo te diga, vendrás a mi despacho a darme las gracias. Si este negocio sigue abierto, es por mí.

—Trescientas mil es mucho... —dijo Fierro, con voz clara.

—No sé qué hacer contigo.

—Yo sí, jefe —intervino el Koala, mientras se aproximaba—. Su cara me suena.

—Y a mí —dijo el Pelas a su lado, antes de coger a Fierro por la camisa y, en un solo movimiento, sacarle por encima de la barra como si fuera un pelele.

Cuando la tela se desgarró en sus zarpas, Fierro estaba derrumbándose de la primera patada que el Koala le había lanzado a la carrera, con sus botas Doc Martens. El Pelas lo puso en pie para que Gúmer le escupiera. Lo que ocurrió después, en su conjunto, es lo que llaman «una paliza técnica»: puñetazos certeros que apenas dejan huella y golpes asestados en «puntos de dolor». Aquellos dos amantes de las pesas sabían repartir estopa de una manera muy profesional. Incluso se quitaron las camisas militares para que no les salpicara el sudor o la sangre.

## Daniel Espinosa en el banquillo

En aquella luminosa mañana, a finales de junio de 1983, la Audiencia Provincial de Madrid se convirtió en un circo de tres pistas. El juicio contra Daniel Espinosa comenzaba con retraso. La gente se agolpaba en la puerta mientras los guardias franqueaban la entrada al anfiteatro, uno a uno. Primero, los abogados con sus togas de cuervo; después los familiares de los cinco magistrados del tribunal; y luego la prensa. A Fierro le beneficiaba aquel tumulto. Su presencia se fundía en una agitación más propia del metro en la hora punta que de una sala engalanada para impartir justicia.

Las diez filas de bancos de madera barnizada estaban cubiertas por una masa de traseros inquietos, ansiosos por divertirse, remolones. Hubo mucha gente que se quedó fuera tras hacer una larga cola que se rompía cuanto más cerca estaba la puerta maciza, con sus grandes hojas de madera labrada. El amplio vestíbulo de la Audiencia vivía la agitación de los hormigueros cuando una bota infantil los aplasta. Los testigos, que esperaban ser llamados a declarar, se mezclaban con los familiares de Dani, con los entrometidos y con los periodistas. Aunque estaba prohibida tanta promiscuidad, al no ofrecerles un lugar aislado todos hablaban entre sí, se dejaban fotografiar, se impacientaban visiblemente como figurantes. Extraño espectáculo el de la justicia humana. Organizan, en un lugar palaciego, un ritual simbólico en el que todos los valores que dicen defender (la verdad, la dignidad, la inocencia...) giran alrededor de una ruleta controlada. La tramoya está dispuesta para castigar al estúpido, al descreído, al malvado primitivo, al tonto útil. Todo está preparado para que venza la mentira del rico, que tanto gusta a los cuervos con tablas de la ley. Al menos eso era lo que creía Fierro.

Durante el fin de semana, los periódicos habían anunciado que aquel era, sin duda, el juicio del siglo, y las moscas no tardaron en acudir a la mierda. Bastaba con echar un vistazo a la fauna de señoras mayores vestidas de luto, parados aburridos, cincuentonas abanicándose, quinceañeras repintadas, hombres con el rostro quemado por el sol...; trajes y zapatillas se apretaban en los incómodos bancos sin respaldo. Y allí estaba Fierro, con el corazón en un puño, falsamente acreditado como corresponsal de France Press, arrastrado en la marejada, con un aspecto físico irreconocible.

El presidente del tribunal, un juez maduro, gordo y con cara de pocos amigos llamado Bienvenido Garray, tocó la campanita y ordenó silencio con una voz ronca y que no dejaba lugar a las concesiones. A su derecha, el fiscal José Antonio Zarzalejos revisaba sus apuntes. Frente a él,

arropado por sus dos ayudantes, el defensor de Dani, el criminalista Joaquín María Ribas Sen, catedrático de Derecho Penal, una eminencia. De ambos dependía la suerte de Espinosa.

—¡Que entre el acusado! —ordenó el juez Garray.

Daniel Espinosa Hontoria apareció, entre dos guardias, por una portezuela lateral camuflada en un bajorrelieve. Al verle tan de cerca, Fierro sintió cierta ternura. Allí estaba el mejor culpable que había podido fabricar en aquel zoológico de vagos con dinero. Vestía un impecable traje gris, iba bien peinado y estaba más flaco que cuando se conocieron. Veintisiete meses de prisión preventiva habían ajado su rostro.

Dani permaneció en pie frente a las cinco togas que marcarían su destino, siempre de espaldas a la sala. Miró de reojo. Estaba llena. Le mantuvieron esposado dada «la excepcionalidad del delincuente».

Fierro sacó su bloc de tapas negras, dispuesto a tomar notas como un plumilla más, cuando el defensor de Dani rompió el fuego.

—Que conste en acta la extraña desaparición de la única prueba material que existía contra mi cliente —dijo Ribas, antes de entregar un escrito al tribunal—. Alguien ha robado los doscientos quince casquillos de bala «supuestamente» encontrados en la finca de la familia Espinosa en Tiermes (Soria), los cuatro casquillos del calibre 22 hallados en la habitación de los marqueses asesinados y las tres balas de plomo extraídas de los cadáveres.

—Que conste en acta —repitió el juez—. Tiene la palabra el ministerio fiscal.

Con calma, dio comienzo al largo interrogatorio de Daniel Espinosa. Erguido y con voz segura, el acusado respondió a las preguntas del fiscal Zarzalejos, un hombre paciente, que ocultaba su rostro tras unas grandes gafas de concha de color negro. Se había encargado del caso desde el instante mismo del levantamiento de los cadáveres.

Dani relató su vida, desde la boda con Alicia, el 25 de junio de 1978, hasta el día en que se confesó autor de la muerte de sus suegros. Daba pena verle así, tan modosito, con su rostro de chico bueno.

—Cuando ustedes se casaron —dijo Zarzalejos—, los marqueses no los ayudaban mucho, parece ser.

—Alicia y yo no recibimos ninguna ayuda de mis suegros, aunque vivíamos con más lujo que cualquier matrimonio joven en esa situación.

—¿De dónde salía el dinero?

—De nuestro trabajo en Silvergold.

—Pero usted no trabajaba en nada cuando se casó —inquirió—, y ahora tampoco.

—¡Ahora... en la cárcel...! —exclamó Dani, con una sonrisa.

Estallaron las primeras risas.

—En muchas ocasiones ha culpado a su suegro de su fracaso matrimonial. —El fiscal cambió de tercio para reparar su desliz—. Lo dice Alicia y lo han declarado algunos de sus amigos.

—No influyó para nada. Nos separamos por desavenencias conyugales. La chispa fue una discusión.

—En marzo de 1980, usted y Alicia dejaron de vivir juntos, y en alguna disputa dialéctica con ella llamó al marqués «cerdo», «rácano» y «cretino».

—Son palabras que se dicen mucho. No es demasiado trascendente pronunciar esas palabras. Debí de usar ese vocabulario de manera circunstancial.

—¿No es trascendente?

—Durante mi noviazgo, mis suegros daban a Alicia y a Borja un trato nada apropiado entre padres e hijos. La violencia se desataba por las dos partes. Veía que el marqués era muy duro, muy drástico con sus hijos.

Fierro sonreía al ver que Dani negaba rotundamente cualquier mala relación con el marqués.

—Mi suegro no vio con malos ojos nuestra boda. Yo no me casé por dinero, el matrimonio se hizo con separación de bienes. David Connors, *el Americano*, fue quien trajo los problemas. Mi suegro respetaba mi vida.

Negó cualquier participación en el crimen.

—Me fui de copas con mi amigo José Luis Muriel después de cenar y dormí en casa de mis padres, desde las dos y media de la madrugada hasta la mañana siguiente. Mi hermano puede corroborarlo. Él me abrió la puerta.

—¡Lo que hizo usted al llegar a su casa —exclamó Zarzalejos, señalándole teatralmente con el dedo acusador— fue recoger la pistola, el soplete, el martillo y la cinta adhesiva para ir a Somosaguas y asesinar a los marqueses!

—Eso no es cierto —respondió Dani con tranquilidad—. Estuve durmiendo, y por la mañana me fui a la oficina de empleo.

Mantuvo el tipo como si nunca hubiera roto un plato.

—Tiene la palabra el letrado de la defensa —anunció el juez Garray.

El abogado Ribas entró a saco:

—La confesión de mi cliente fue prefabricada por la Policía. Cuando llegué a defender a Daniel Espinosa, él me dijo: «Esto no se puede tocar». ¡Y no se podía tocar porque había hecho un pacto con el inspector Cordero! ¡Hasta que no vio a su padre esposado entre dos policías, usted, Daniel Espinosa, no se declaró culpable! ¿No es así?

—Hice un arreglo con el inspector Cordero: si me declaraba culpable, dejarían a mi familia en paz.

Después relató el trato recibido por la Policía: las flexiones desnudo y a la vista de todos, las amenazas, insultos y coacciones...

—Menos palizas, todo.

Su relato era tan minucioso que el presidente del tribunal le increpó:

—¡No siga usted contándonos la comedia! ¡Cíñase a las preguntas!

—¡Si el señor presidente no deja expresarse libremente a mi defendido —intervino Ribas, airado—, tendré que abandonar la sala! ¡Señoría, lo que estamos tratando aquí no es una comedia, en todo caso es un drama!

—Señor letrado —respondió Garray, conciliador—, comedia y drama, da lo mismo: teatro. No había en mis palabras ningún ánimo peyorativo para su cliente. El acusado tiene absoluta libertad para manifestarse y este tribunal no está limitando el derecho de la defensa.

Ribas pidió la suspensión del juicio por falta de garantías procesales, por la desaparición de los casquillos y por aquella intervención del juez. Su petición fue desestimada.

Cuando se levantó la sesión hasta la tarde, Fierro recapituló. No había pasado prácticamente nada. Respiró, liberado, porque aquella declaración de Dani borraba su sombra de aquella sala gélida de paredes pintadas con pan de ángel.

Al salir, reconoció a José Luis Muriel, a cierta distancia, con su camisa blanca, su corbatita

estrecha y aquellos pantalones vaqueros Levi Strauss ceñidos a sus piernas de espantapájaros. Tuvo la tentación de acercarse más, pero decidió no arriesgarse demasiado.

En cuanto se reanudó la vista pública, Ribas se lanzó a redactar de viva voz una nueva solicitud para que el juicio fuera anulado. Dictó un texto durante más de media hora:

—La geometría del arma es distinta y está determinada por la relación angular entre el percutor y el tope inyector o...

—Señor letrado —le interrumpió Garray—, lo que está haciendo no es una solicitud, es un informe, un auténtico estudio de balística.

—¡Señor presidente —Ribas protestó, compungido—, si no puedo realizar la defensa adecuada, si no puedo alegar de manera correcta, renunciaré a la defensa y abandonaré la sala! ¡Dejo de ser abogado!

Los asistentes, encendidos como en el patio de butacas de un teatro, rompieron en aplausos.

—¡Desalojen la sala! —ordenó Garray tocando la campanilla—. ¡Que salgan todos menos la primera fila y los periodistas!

En varios minutos, la Guardia Civil dejó el recinto vacío; algunas personas amagaron con resistirse antes de ser expulsadas. Ribas continuó su dictado:

—El informe balístico combina fotos, como esas personas que en las ferias se hacen fotografías con distinto traje del que llevan. Se había solicitado un informe balístico, cuya práctica sería esencial para demostrar que los dos tipos de casquillos analizados, el de Tiermes y el de la casa de los marqueses de Urbina, son distintos. Y esta prueba no se ha realizado.

Fierro pudo conocer, ponerles cara, a los policías que habían llevado la investigación. Aquellos tipos tan torpes eran unos auténticos desertores del arado, chusqueros sin ningún amor a la criminología.

El primero en declarar fue el inspector Saturio Cordero, jefe del grupo de Homicidios y uno de los artífices de la confesión de Dani. Con palabras efusivas y gesticulando, explicó:

—Comenzamos a sospechar porque el padre de Daniel Espinosa tenía una pistola registrada en la Guía General de la Guardia Civil, una Star F del calibre 22. Le preguntamos dónde estaba y no nos dio una respuesta satisfactoria.

—¿Le mostraron a su padre esposado mientras los dos detenidos coincidían en la Dirección General de Seguridad? —preguntó el fiscal.

—La Policía no le mostró a su padre —respondió el inspector—, pero pudo haberlo visto en algún momento, por casualidad.

A diferencia del informe oficial firmado por su comisario jefe, Cordero opinaba que en los asesinatos habían intervenido otras personas.

—Dos agentes se quedaron por la noche con Espinosa. Estaba derrumbado, había firmado su confesión y lloró después de hacerlo. A esos funcionarios que le custodiaban les dijo que había más personas, pero que no podía decir quiénes eran, y que en la noche de autos esas personas le estaban esperando en el chalé. A la mañana siguiente lo negó todo.

—¿Cómo desaparecieron los casquillos? —preguntó Ribas, cuando llegó su turno.

—No lo sé. Los entregamos en el juzgado número 16.

—¿Tienen algún justificante?

—No nos dieron recibo. No hay ninguna norma que obligue...

—O sea, que ustedes entregaron las pruebas del caso Urbina, ¡hala!, metidas en una bolsa y sin

justificante.

—Sí, señor.

—Ustedes confían en la buena fe de la gente, por lo que veo; y además mandan a este tribunal el informe balístico sin las balas.

Ribas se ensañó con él hasta el punto de que el juez Garray intervino, pacificador:

—Tenga en cuenta el señor letrado de la defensa que el inspector es un funcionario, no toda la institución de la Policía —dijo con tono paternal—. Él no puede saberlo todo, ni ser responsable de todo. Pero para aclarar quién miente, si su defendido o el testigo, vamos a realizar un careo.

Fierro estiró el cuello para ver sus rostros. El aire de un abanico le alivió del calor insoportable que se condensaba en el recinto.

—¡Levántese el acusado! —ordenó Garray—. ¡Pónganse frente a frente!

—Si mi cliente sigue esposado, el careo lo realizará en inferioridad de condiciones con respecto al policía —protestó Ribas.

El juez no aceptó que a Dani le quitaran las esposas.

—Ya es muy tarde —dijo.

Enfrentándolos cara a cara, a pocos metros el uno del otro, el tribunal pretendía saber si, en una entrevista privada que solicitó Espinosa con Cordero, trataron de «ultimar el pacto» o fue simplemente una «entrevista amistosa», como argumentaba el policía. ¿Quién de los dos estaba mintiendo?

Dani comenzó con energía:

—¿Cómo es posible que diga que me entrevisté con usted porque estaba en un callejón sin salida, si nadie me estaba forzando a que declarara y me estaban tratando con caballerosidad?

—¡Mientes! —le increpó Cordero—. ¡Sigues mintiendo!

—¡No discutan! ¡Dialoguen! —intervino Garray.

—¡Estabas acorralado! —añadió Cordero.

—¿Acorralado? ¡Si ya había aceptado firmar mi confesión!

—¡Hablaste conmigo porque tenías confianza en mí!

—¿Confianza yo? ¿Cuándo he comido con usted?

—¡Le está llamando de tú y no de usted! —intervino Ribas—. ¡Aquí se está representando el clásico papel de superioridad del policía con el detenido! ¡Espinosa está en inferioridad de condiciones!

—¡Se acabó! —exclamó el juez, que dio por terminada la sesión hasta la mañana siguiente.

Joaquín María Ribas cerró su cartera satisfecho. La desaparición de los casquillos daba un nuevo argumento para que su defensa saliera victoriosa. Su enfrentamiento con Garray, su énfasis en contraste con la meticulosidad del fiscal no era más que el brioso comienzo de una carrera. Adornos. Ribas comprendió que, pasara lo que pasara, el juicio contra Daniel Espinosa proseguiría hasta el final. Trataría de poner al tribunal contra las cuerdas, demostrar la carencia de pruebas, la incompetencia de los policías, la coacción como medio de conseguir que confesara...

Fierro estaba preocupado. No percibía que todo era un artificio. El primer asalto no es el combate entero. Y el resultado final estaba amañado para que el sistema se saliera con la suya. El teatro no cambiaba la mentalidad de los cinco magistrados, no alteraría su ideario ni su moral temerosa de Dios. No matarás. Y quedaban más de cien testigos convocados y demasiadas

pruebas documentadas en el sumario.

Mientras se retiraba, esposado entre dos guardias, Dani parecía contento, como si creyera que había ganado por los puntos. Qué ingenuo. Con su declaración pública de inocencia y sus buenos modales, salió entero, casi como un héroe popular. La confianza de que iba a ser absuelto por falta de pruebas, o con una condena mínima, le había impedido decir la verdad, o implicar a Fierro y al Fotógrafo; ser el gran chivato a cambio de un trato favorable. Sin embargo, había perdido su única oportunidad. Durante el resto del juicio ya no le darían la palabra; no tendría la más mínima ocasión para defenderse. Todo su papel consistiría en entrar, salir, mirar de reojo, saludar a hurtadillas, hacer algún comentario con los guardias que le escoltaban y levantarse para que el testigo de turno respondiera a un cuestionario: ¿Conoce usted a la persona que está de pie? ¿Tiene con él alguna relación de parentesco, amistad o conocimiento? ¿Jura decir la verdad a todo cuanto se le pregunte?

## Peligros, número 1

Fierro quiso actualizar sus datos y comprobar que todo seguía en su sitio. Tenía que aprovechar su paso por Madrid. Salió de la Audiencia Provincial con el sol de la tarde y avanzó en dirección a la calle Peligros. No estaba lejos. Le vendría bien caminar después de tantas horas sentado en aquel banco, entre aquellas maderas carcomidas por tantas sentencias injustas. Siempre le gustó aquella zona de la capital, apuntalada por el olvido, con sus fachadas ordenadas y sucias por el humo y la desidia.

Cruzó por la calle Prim, aceleró el paso frente al cuartel general del Ejército y, al mirar al otro lado de las rejas de hierro, sintió algo parecido a la nostalgia. Giró a la izquierda por la calle Barquillo con sus tiendas de aparatos musicales y, al entrar en la Gran Vía, supo que estaba de nuevo en el centro del mundo. Llenó sus pulmones con aquel aire turbulento y tosió. Se notaban ciertos cambios, una mayor agitación ambiental, retoques en las farolas y papeleras, señales de prohibido más grandes y una diosa Cibeles esplendorosa después de que a sus leones les hubieran hecho un lavado de cara.

Atravesó por el paso de peatones de la bifurcación con Alcalá, recorrió varios metros cuesta arriba y, por fin, Peligros, número 1, el edificio de oficinas más anónimo de Madrid, solo comparable con los cubículos del Plaza. Y sin portero.

Palpó la llave sin sacarla del bolsillo, entró en el ascensor y apretó el botón de la planta octava. Antes de que aquel fêretro con espejo esmerilado avanzara renqueante, se lo pensó dos veces y hundió el dedo en el 5. Aquel viejo artilugio no tenía memoria.

Abrió la portezuela metálica del ascensor, miró en todas las direcciones para garantizar que nadie le vería, salió al descansillo y se quedó inmóvil ante la puerta sin cartel de su antigua oficina: Agencia Paladin Press. En su lugar, apenas se distinguía la marca de un rectángulo descolorido.

«Inma...».

Su rostro era un recuerdo difuso en la mente de Fierro, pero también una cuenta pendiente que removía su alma de mercenario. Al matarla de ese modo, aquellos canallas habían demostrado de qué pasta estaban hechos y hasta dónde eran capaces de llegar. Habían alcanzado las últimas cotas de la infamia: destruir una inocencia que no soportaban, porque, bajo los oropeles de su decencia pública, no eran más que gentuza de la peor ralea.

Retrocedió sobre sus pasos, regresó al ascensor y marcó de nuevo el número 8. Dio dos

vueltas a la llave de la oficina 86. Entró despacio. Todo estaba tal como lo había dejado tres años atrás, con la mesa cubierta por una fina capa de polvo, dos archivadores vacíos y un gran cuadro en la pared que representaba a un gaucho argentino que, al galope, derribaba un novillo con unas boleadoras. Aquel reducto era propiedad de una floreciente compañía de importación-exportación, con sede central radicada en Buenos Aires y presidida por un tal Ítalo Lora, otro nombre que nadie conocía, un nuevo túnel del laberinto donde debe ocultarse un buen profesional.

Sin tocar nada, se dirigió al minúsculo retrete, se agachó bajo el lavabo y comenzó a tantear los azulejos con los nudillos. Uno sonó a hueco. Con la parte más afilada de la llave, rasgó el borde hasta que cedió. Sacó un bulto envuelto en plástico y esparadrapos. Era un Star del 22, un puñado de balas y una cuartilla manuscrita con direcciones y teléfonos. Reconoció la caligrafía de Inma, su letra esmerada y cuidadosa. Cargó la Star bala por bala: había sido su «plan B» por si fallaba la pistola de Dani. Al comprobar su perfecto estado, dedicó todos sus malos pensamientos al *Gordo* Barrachina. Las pupilas de Fierro se afilaron como en sus mejores tiempos.

Guardó el papel en el bolsillo. Ahora era cuestión de comprobar que los datos continuaran siendo correctos. Miró la hora en su reloj de pulsera, un Sanyo digital fabricado en serie. Las 19:45. Aún disponía del tiempo suficiente.

Envolvió de nuevo en el plástico la pistola cargada, apretó el paquete con el esparadrapo y lo metió en el agujero. Encajó el azulejo y pegó los bordes con restos de pasta dentífrica sacada del único tubo que yacía olvidado en aquel retrete mugriento.

Regresó a la calle Peligros con el sigilo de un ladrón y se marchó con paso decidido hacia el otro lado de la Gran Vía, hasta el cercano aparcamiento de Vázquez de Mella, en una plaza con carteles de lavajes en los balcones, algunas pajilleras baratas en los portales y los últimos navajeros casposos de la capital. Aquel era el lugar más siniestro y solitario de las rendijas oscuras que rodeaban la calle más famosa de España, y el más seguro para un tipo como él.

Después, metió la cabeza dentro del casco negro con visera ahumada y cabalgó en su potente BMW hasta La Moraleja. Edificio Nínive. Tenía que comprobar si aquel cabrón seguía viviendo allí.

## Los asesinos en la sala

En el vestíbulo de la Audiencia, los curiosos reconocían ya las facciones suaves de Alicia, la nariz aguileña de Borja, la brusca mirada de Connors o los movimientos cadenciosos del mayordomo Vicente. Las señoras comentaban el modelo exclusivo que lucía la exmujer de Espinosa, la camisa blanca de David Connors o la mueca con título nobiliario del marquesito Borja. Frente al escaparate, cada cual hacía sus conjeturas, tomaba partido, afirmaba culpabilidades. «Todos estaban en el ajo», parecían decir. Los principales testigos, ligados a la familia Urbina, se mostraban remisos y distantes.

Ribas irrumpió en la sala abriéndose paso. Los familiares de los magistrados seguían gozando de butaca preferente. Algunos letrados utilizaban sus togas para franquear la barrera de guardias civiles; una vez dentro se las quitaban y las doblaban sobre sus rodillas. Hacía demasiado calor.

—No se permiten máquinas de fotos ni magnetófonos. Por favor, el carné...

—En la boca —apostilló alguien.

Jesús Montero Sánchez, el policía que había llevado a Espinosa hasta el banquillo, subió al estrado. Las malas lenguas decían que esperaba un ascenso que jamás llegó. Montero había seguido la pista facilitada por Juan Fernández de Toledo y, por su cuenta, había puesto de nuevo en marcha la investigación. Durante sus primeras pesquisas, un empleado de los Espinosa en la finca de Tiermes corroboró el dato del campo de tiro. Además, el padre de Dani era aficionado a las pistolas. No se perdía nada intentándolo. Dani vivía allí desde enero de 1981, cuidando gallinas, alejado de todo. Varios policías uniformados, con Montero al frente, registraron el campo de tiro y recogieron doscientos quince casquillos del calibre 22. Detuvieron a Dani y lo trasladaron a la Dirección General de Seguridad.

—Oiga —le preguntó Ribas—, ¿qué ocurrió con la primera confesión de Espinosa, la que escribió con su puño y letra?

—Era una cuartilla sin valor —respondió Montero—. Una vez hecho el primer borrador de la declaración, aquella confesión no servía para nada y la tiramos.

—¡Vaya! —exclamó el abogado—. ¡La única confesión autógrafa de Daniel Espinosa, que podría demostrar en un estudio grafológico el estado de ánimo de mi defendido, y va la Policía y la hace desaparecer! —Movié unos papeles con gesto preocupado, miró al inspector a los ojos y le espetó—: Por cierto, ¿qué trato recibió el señor Espinosa cuando estuvo detenido?

—Le tratamos muy bien, le dimos siete Coca-Colas y todo el tabaco rubio que quiso.

—¡Qué buenos son ustedes! —ironizó.

Montero aseguró que Dani había aportado un detalle significativo que se desconocía hasta ese momento:

—Nos dijo que, al entrar en el chalé, había usado esparadrapo para evitar que el cristal de la puerta de la piscina cayera al suelo al romperse.

El inspector hablaba a gran velocidad y gritando, ya que el presidente del tribunal, algo duro de oído, le había pedido que alzara la voz.

—El secretario del juzgado número 16 —prosiguió Montero— me dijo un día que, hace unos cuatro meses, se habían presentado seis personas diciendo que eran inspectores de policía y que le preguntaron sobre el paradero de los casquillos del caso Urbina. Eran suplantadores y quizá pudieron llevarse los casquillos en ese momento.

—¡Reitero mi petición de que el juicio se suspenda ante la inesperada revelación del inspector Montero! —dijo Ribas, dirigiéndose al tribunal—. ¿Qué ha podido pasar con las piezas de convicción?

—No es un hecho nuevo —intervino Zarzalejos—. Su petición es repetitiva. No hay razón suficiente para la suspensión.

—¡Protesto enérgicamente, señoría! —exclamó Ribas—. ¡No entiendo el interés del ministerio fiscal por seguir adelante con este juicio! ¡Por la responsabilidad de su función, el fiscal debería ser objetivo!

—Prosiga, letrado —ordenó Garray.

Y Ribas afiló sus preguntas, dando a sus palabras un tono burlón.

—Oiga..., ustedes, en la Policía..., han debido de investigar mucho, ¿verdad?

—Sí.

—Pero, extrañamente, el despacho que tenía Martín de la Fonte en el Banco Urbina permaneció cerrado durante seis meses tras el asesinato, esperando la visita de la Policía. Una visita que jamás llegó.

—¡Ya le he dicho que yo no estaba en el caso! —contestó Montero, exaltado.

—Era el despacho de la víctima. Ustedes...

—No sé nada de eso. Yo...

—No estaba en el caso.

—Modérese, señor letrado —intervino Garray—. ¿Y cómo se hizo el informe sobre las actividades del difunto Martín de la Fonte con relación a la embajada estadounidense? —Ribas seguía su diatriba como si no hubiera escuchado al presidente del tribunal—. Se sabe que participó en una convención en El Paso y que era amigo personal del embajador Todman. Algunos dicen que trabajó para la CIA... ¿Cómo se hizo ese informe?

—¡El administrador de los Urbina escribió a la embajada!

—Tampoco comprobaron —contraatacó Ribas— si la mano de Espinosa cabía en el hueco de cuatro por seis centímetros de la puerta de la piscina, por donde entraron los asesinos. ¡Menuda irresponsabilidad!

—La Policía es seria y responsable...

—¿Dónde está la confesión manuscrita? —repitió Ribas.

—¡No lo sé!

—¿No sabe quién puede tenerla? ¿La Policía? ¿El arzobispado?

Garray interrumpió al abogado y cortó el interrogatorio.

Cuando Montero pasó a su lado, Fierro decidió abordarle. Aquella mosca cojonera estaba fuera de sus casillas por la manera en que Ribas había tratado de burlarse de él. El juez Garray anunció un receso de diez minutos. Fierro se levantó, sorteó a quienes buscaban la salida mientras echaban mano a la cajetilla de tabaco y siguió los pasos del policía. El inspector descendía por las escalinatas del palacio de Justicia, dispuesto a meterse en el bar Supremo, cuando Fierro se le adelantó.

—Disculpe. —Su acento era levemente impreciso.

Montero le miró con disgusto.

—Me llamo Antoine Doinel, soy corresponsal de France Press. Mi agencia me ha enviado a escribir sobre el juicio.

—Sí —titubeó—, me ha parecido verle en las primeras filas.

—Soy un periodista francés. Me gustaría hablar con usted sobre el caso. Si me concede una entrevista...

—Imposible.

—Será totalmente *off the record*. Quedará entre nosotros. Yo no le citaré bajo ningún concepto.

—He decidido no hacer declaraciones. Lo siento.

—No quiero declaraciones. Quiero conocer su visión del crimen. La verdad.

—¿La verdad? —El inspector estuvo a punto de lanzar una carcajada—. ¡La verdad!

—Compréndalo. Soy un periodista extranjero. Me faltan datos, no tengo fuentes. Pero lo que yo publique tendrá repercusión internacional.

—Quiere usted saber la verdad. ¡Qué bárbaro!

A Montero, de repente, le había cambiado el semblante.

—Quiero saber quién o quiénes mataron a los marqueses de Urbina.

—Y yo si hay vida en Marte.

—Necesito hechos, y usted es el único que puede dárme los de manera... —Fierro hizo una pausa como si buscara la palabra más adecuada— imparcial. Será extraoficial, insisto. Nadie sabrá que usted...

Montero titubeó.

—Bien... De acuerdo... Esta noche le espero a las diez en la cafetería Nebraska de la Gran Vía.

—Allí estaré, puntual.

—Quizá me arrepienta. No le aseguro que vaya.

—Le esperaré.

Fierro le estrechó la mano, le agradeció la deferencia y regresó al interior del palacio.

En el vestíbulo, Ribas desplegaba toda su capacidad histriónica ante los periodistas que le rodeaban.

—¡La parcialidad del tribunal es vergonzosa! —repetía, enfurecido.

—¿Cree que Daniel Espinosa está condenado antes del juicio?

—Yo no diría tanto. Pero le aseguro una cosa: si en España existiera el jurado popular, como en otros países democráticos, Daniel Espinosa sería absuelto por falta de pruebas.

En cuanto se reanudó la vista, Ribas presentó otra petición escrita para que el juicio fuera

suspendido y se lanzó sobre los agentes de la Policía Nacional que habían participado en la búsqueda de los casquillos en la finca de Espinosa. Para Fierro aquellos testigos carecían de interés.

—¿Cómo recogieron ustedes los casquillos?

—Pues... con bolígrafos, palos, con las uñas... —relató el policía.

—Instrumentos de alta precisión, por lo que veo —le interrumpió Ribas, con una sonrisa burlona.

—Se está tomando a chufra la declaración del testigo —le increpó Garray—. Modérese, señor letrado.

—No, señoría; simplemente intento demostrar la poca fiabilidad de la diligencia practicada.

Cuando llamaron a Alicia de la Fonte a declarar, la sala revoloteó, inquieta. Los periodistas miraban hacia atrás, con los ojos fijos en la puerta por donde iba a entrar la exmujer de Espinosa. Fierro abrió de nuevo su bloc y jugueteó con el bolígrafo como si fuera el bastón de una *majorette* en pleno desfile.

La entrada de Alicia parecía una *première* cinematográfica sin alfombra roja. Vestía un traje de chaqueta azul claro y se mantenía seria como una esfinge. Se situó en el lado del fiscal y, mientras hablaba, como si buscara un apoyo para no caerse, colocó las yemas de los dedos de su mano derecha en la mesa de cristal donde se suelen poner las pruebas de convicción. Envejecida, con aquel gesto agrio, parecía muy distinta a la mujer que Fierro había visto años antes en el Club de Campo.

—A mi padre, mi boda con Dani le desagradaba tanto que incluso me amenazó con desheredarme. No le gustaba, porque decía que el hombre debe trabajar para mantener a su mujer y ha de ser capaz de sacar las castañas del fuego. Mi padre y Dani no se podían ni ver. En nuestras discusiones, que eran frecuentes, Dani culpaba a mis padres de nuestro fracaso.

—¿Cuándo se enteró Daniel Espinosa de que usted tenía relaciones amorosas con David Connors? —inquirió Ribas.

—No se lo pregunté —respondió Alicia, cortante.

—¿Es cierto, tal como afirma la Policía, que usted tiene otro amante, además de Connors? ¿Un estudiante llamado Ignacio Zabalza? —Ribas tiró a dar.

—No —contestó Alicia, malhumorada—. Ignacio es un amigo con el que salí algunas veces durante el año en que David estuvo en los Estados Unidos. ¡No es mi amante, además tampoco es estudiante! ¡Tiene cuarenta años y es químico!

—¡Pues vaya si andaba encaminada la investigación policial! —exclamó Ribas, irónico. Después recuperó el tono serio—: ¿Sabe usted si Daniel Espinosa intervino en la muerte de sus padres?

—Es imposible que yo sepa si intervino o no —respondió Alicia, distante.

A continuación llamaron a Borja de la Fonte, que avanzó por el pasillo central con paso inseguro, aturdido por ser el centro de todas las miradas. Al verle tan de cerca, Fierro se cubrió instintivamente la cara, pero se relajó de inmediato. Su rostro resultaba irreconocible incluso para sí mismo. Borja solo tenía ojos para Dani, que permanecía sentado en el banquillo, esposado y con la cabeza baja.

—¿Qué lazo le une al procesado Daniel Espinosa? —El fiscal Zarzalejos comenzó su ronda de preguntas.

—Amistad.

—Usted y Daniel Espinosa tenían una amistad... íntima, no digo que amorosa, pero sí íntima —insistió el fiscal.

—Así es.

—Y al ser amigo suyo, ¿sabe por qué su padre no podía ni ver a Daniel?

—Quizá porque Daniel no duraba mucho en ningún trabajo.

—¿Cree que su hermana se casó para liberarse de la familia?

—Probablemente se casó enamorada.

—La Policía afirma que usted y su hermana ofrecieron indicios de que Espinosa podría ser el asesino.

—No lo sé.

—Antes de la tragedia, su padre estaba muy nervioso. ¿Sabe por qué?

—Los últimos seis meses había estado enfermo, tenía herpes, y las acciones del banco caían en la bolsa.

—¡Se ha ido el sonido! —exclamó Garray—. ¡Hable usted más alto, hombre!

—No puedo —respondió Borja.

—¿Es que usted no ha hecho la mili o no ha ido a un campo de fútbol?

La tez rojiza de Borja de la Fonte se encendió como un semáforo. Era incapaz de alzar la voz.

—Sí...

La luz de la tarde comenzaba a escasear.

—En el agujero hecho en el cristal de la puerta de la piscina, ¿puede decir si cabía una mano normal? —preguntó Ribas.

—Una mano pequeña sí. Mi mano pudo entrar, lo comprobé con la Policía delante.

—¿Y tomaron nota de que su mano cabía?

—No.

—¿Sabe usted si Daniel Espinosa intervino en la muerte de sus padres?

—Evidentemente no lo sé. Ni sé de nadie que haya podido intervenir.

—¿Cree que Daniel podía tener un motivo serio para matar a su padre?

—Creo que no.

Al mirarle, Fierro pensó que Borja, tras heredar el título y la fortuna, había cambiado mucho; se había convertido en un sujeto pretencioso, acorde con su posición. Ya no era el gran amigo de Dani ni el Pobre de Somosaguas.

En el estrado, José Luis Muriel aceptó que tenía una amistad íntima y fraternal con Daniel Espinosa, y poca relación con Borja de la Fonte, aunque conocía por dentro la mansión de los Urbina. El Fotógrafo culpó al Americano de las desavenencias conyugales de Daniel, y volvió a reconstruir sus movimientos durante aquel 31 de julio de 1980. Su hermana Patricia podía corroborar su endeble coartada. Tuvo suerte y le dedicaron poco tiempo. La jornada había sido demasiado larga y todos estaban cansados. La Policía le había prestado muy poca atención y para el fiscal era tan solo otro amigo tonto de Daniel Espinosa. Cuando le dejaron marchar, Fierro suspiró aliviado. No se habían esforzado lo más mínimo.

La función de circo terminó con un payaso: el mayordomo Vicente Gil, que apareció con ademanes cadenciosos y chaqueta cruzada azul marino. «Vaya prenda», pensó Fierro. Trabajó en la casa de los Urbina desde enero de 1980 hasta febrero de 1981. Parecía tener incontinencia

verbal. Era brusco, corpulento, con una gran papada bajo la barbilla, pero la suavidad de su voz levantaba sonrisas.

—Yo estaba en la entraña de la familia, señor fiscal. No se puede hacer una idea de la movida que había en el chalé. Quienes podían estar implicados en el crimen seguían viviendo allí. Creo que los asesinos eran varias personas. Dani dijo que había más gente, una mujer. En el asesinato de los marqueses ha habido, hay y habrá demasiadas cosas ocultas. En el chalé se escuchaban cosas que la Policía desconoce.

—¿Qué cosas? —preguntó Zarzalejos.

—Sobre los crímenes. Mire, señorita, Dani se arrugó porque se encontraron los casquillos. Entonces, cuando fue detenido, dio detalles. El propio Dani me contó pormenores en el chalé.

—¿Qué pormenores?

—Sí, del caso.

—¿Le dijo alguna vez Daniel Espinosa que él estaba implicado en la muerte de los marqueses?

—Un día se lo pregunté y me dijo: «No me va a ocurrir nada, no pasa nada, y además mi madre tiene un millón de pesetas para ayudarme». Creo que, por alguna razón, calla. Los asesinatos se han hecho por dinero, estoy seguro.

El fiscal estaba perdiendo la paciencia cuando preguntó:

—¿Puede asegurar que Espinosa mató a los marqueses?

—No, no puedo asegurarlo.

—Entonces, para responder usted usa la lógica, ciertas deducciones. ¿Tiene datos?

—No.

—¿Sabe si Dani y el señor marqués se trataban mal?

—En la mesa nunca se hablaban, eso sí que puedo decírselo. A mí no me hicieron ningún comentario. La gente de dinero esconde todos los trapos sucios a los criados.

—Tras los asesinatos, ¿usted siguió sirviendo en el chalé?

—Sí, señor, durante siete meses.

—Y estuvo al servicio de Borja de la Fonte. ¿Cómo trataba el marqués a sus hijos?

—El señorito Borja y la señorita Alicia vivían garrafal de mal. Llevaban los trajes rotos, viejos y no tenían ni un duro. ¿Usted sabe lo que es no poder bajar a las fiestas porque estaba toda la burguesía de Madrid y no tenían qué ponerse?

—Yo no voy a fiestas —repuso Zarzalejos, con fastidio.

## Martingala

A las diez de la noche, la cafetería Nebraska era un hervidero de personas que se reunían en torno a un café o un sándwich, justo antes de entrar en alguno de los cines de la Gran Vía. Ese trasiego de gente que no miraba a los demás garantizaba el anonimato. La barra estaba repleta de clientes; los taburetes de escay, ocupados; y las mesas rectangulares, con superficie de mármol, llenas de personas vociferantes y agitadas por la prisa.

Fierro fue puntual, pidió un *gin-tonic* y se acodó en la barra. Al relajarse, comprobó que seguían doliéndole los golpes de aquellos energúmenos uniformados. Apretó los dientes y se armó de paciencia. Desconfiaba hasta de su sombra.

Montero apareció a los quince minutos. Se acercó hasta él, le hizo una seña con la cabeza para que le siguiera y le condujo hasta uno de los apartados más discretos, situado al fondo del espacioso local.

Al sentarse, el inspector se puso de espaldas a la puerta. Tenía una gran espejo frente a él, que le avisaría del posible peligro. Pidió un café. Fierro dejó su *gin-tonic* y metió la mano en el bolsillo lateral de su chaqueta para sacar el bloc. Montero le paró en seco.

—No quiero grabaciones ni notas. Le voy a contar lo que sé. Usted me escucha, se queda con la copla y, luego, de memoria, puede reconstruir el crimen como le dé la gana.

—¿Con la copla? —Fierro simuló que no entendía esa palabra.

—Con los datos.

—Mi memoria es buena —dijo Fierro. No había tiempo que perder y puso la directa—. ¿Quién mató a los marqueses de Urbina?

—Querrá decir quiénes. Porque fueron varios, y todos, menos uno, están libres.

—¿Fue Daniel quien disparó?

—Quizás, es posible..., más o menos... Aquel día el chalé de los Urbina parecía una verbena. Estaba Dani y quien le llevó hasta allí y le esperó para que regresara a casa... Hemos comprobado que el coche de su padre no se movió del garaje. Ya son dos. Y estaba, como mínimo, otro: el auténtico pistolero, un hombre frío, sin duda un profesional capaz de disparar certeramente con una pistola vieja y de pequeño calibre.

—¿Se sabe quién es? ¿Hay alguna pista?

—No, solo tenemos..., tengo... mis sospechas.

—¿Qué personas estaban detrás de la organización del crimen?

—No soy Dios. Déjeme que le explique cómo funciona una investigación por homicidio. Es de libro, para que lo comprenda.

—Trate de hablar despacio para que pueda entenderle bien.

—De entrada, lo primero que buscamos es el móvil, el motivo, el porqué. Dinero, venganza, envidias, robo, terrorismo, sexo... Al mismo tiempo, siempre investigamos el entorno familiar, el círculo íntimo de las víctimas. Después, vamos ampliando la investigación en círculos concéntricos, conforme nos alejamos de la familia, como las capas de una cebolla. El crimen político, el terrorismo, está descartado. El robo también: no movieron ningún objeto ni se llevaron nada, aparentemente. Sobre el dinero, no hay ningún indicio de que los mataran para cobrar una herencia, una deuda o un seguro. A pesar de los apellidos de alcurnia, la fortuna familiar no era muy alta, y en cuanto a los hijos...

—¿No se han beneficiado con las muertes?

—Solo tenemos conjeturas. El reparto de la fortuna de los marqueses ha sido una miseria. Entre cuarenta y cincuenta millones de pesetas, además de las propiedades inmobiliarias de la familia. No ganaban demasiado matándolos o haciendo que los mataran. El motivo más sólido es la venganza. O quizás una combinación de venganza e intereses económicos.

—Entonces, ¿Daniel Espinosa se vengó...? —preguntó el falso periodista.

—¿Usted cree que ese mierdecilla tiene suficiente fuerza y carácter para ejecutar un crimen así?

—No lo sé. —Fierro suspiró.

—Creemos que participó en el asesinato —prosiguió explicando Montero—, pero que otros le ayudaron, otra gente que realmente se beneficiaba con la muerte del marqués.

—¿Quiénes, por ejemplo?

—Lo estamos investigando. Por ahora es solo una línea de trabajo. Resulta materialmente imposible que Dani entrara en el chalé solo. Y que el móvil fuera solo la venganza resulta una opción muy endeble.

—Tras verlo en el juicio, he de decir que Daniel Espinosa parece incapaz de matar a una mosca.

—Es demasiado pusilánime. Pero, a veces, las apariencias engañan. En el estrado parece una cosa, pero con un arma en la mano y, en determinadas circunstancias, podría ser otra bien distinta.

—¿Es cierto que usted se metió en la investigación por su cuenta?

—Al principio lo hice para ayudar a un amigo del grupo de Atracos, para hacerle un favor, pero me encontré con una... martingala.

—No le entiendo. —Fierro trató de matizar.

—Con una marrullería, con una chapuza del tamaño de un elefante. Me puse a investigar y... Cuando detuve a Dani, no recibí precisamente la felicitación de mis compañeros. Les ha jodido mucho porque los he dejado en evidencia. Si me vieran aquí ahora...

Montero miró hacia todos lados.

—Ya ve, inspector —dijo Fierro, levantando los brazos—, no tomo notas, ni grabo, ni hago trampas. Es como si no hubiéramos hablado nunca.

—Yo seguiré mi camino. En Homicidios hay muchos policías de los de antes, acostumbrados a sacar las confesiones a hostias. Una herencia más del antiguo régimen. Tendremos que modernizarnos, ser más científicos, investigar sin derrotar a golpes.

A Fierro le pareció que Montero era un hombre desesperado que había quedado fuera de juego por ser demasiado optimista. Estudiaba Derecho. No tenía ningún futuro en aquel cuerpo de Policía y sin duda buscaba una salida como futuro abogado.

Cuando el supuesto periodista apuró su *gin-tonic*, el inspector ni siquiera había tocado su taza de café.

—Después del crimen —dijo Montero—, todos pactaron sus declaraciones judiciales. Se pusieron de acuerdo para decir lo mismo a la Policía y al juez de instrucción. Incluso utilizaron palabras idénticas y ocultaron los mismos elementos.

—¿Todos?

—Los hijos, Alicia y Borja, y el administrador Damián Fernández, el hombre de confianza. Los tres estaban conchabados. No son ajenos a los asesinatos. Tienen algo que ver con ellos y saben más de lo que dicen.

—Es una gran revelación.

—Lo denuncié al juzgado y a la fiscalía por escrito, pero sin ningún resultado. Dijeron...

—¿Ah, sí? —Fierro exageró su sorpresa.

—Dijeron que se trataba de meras sospechas, que yo no tenía ninguna prueba, ningún indicio; que eran suposiciones mías.

—Me gustaría leer ese informe.

Durante unos segundos, Montero le miró fijamente. Luego metió su mano derecha en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un papel doblado.

—Es una fotocopia, sin firmas ni fechas, pero es el escrito presentado ante el juez. —Lo deslizó hasta Fierro por debajo de la mesa—. Yo no se lo he dado ni nos hemos visto nunca.

—Ya sabe, totalmente *off the record*.

—Estoy harto de que me ninguneen.

Se levantó y se fue.

En cuanto se quedó solo, Fierro leyó aquel texto con el corazón en un puño.

Montero había escrito:

En las declaraciones de Alicia de la Fonte, de su hermano Borja y del administrador Damián Fernández Ferreira, prestadas en el juzgado a los diez días de que fueran cometidos los crímenes, se advierte que, salvo matices, son idénticas en su contenido esencial. En ellas los tres cuentan que desconocen los motivos por los que se dio muerte a los marqueses; que estos carecían de enemigos y de significación política; que no ejercían cargos ejecutivos en ninguna empresa; que no tenían problemas con el servicio; que el marqués estaba intranquilo por motivos de salud y por unas supuestas amenazas de la organización terrorista ETA. Recibidas por separado y sin merma alguna de la espontaneidad, las tres declaraciones evidencian que han sido preacordadas.

Alicia llega a decir que «después de la boda consiguió que las relaciones fueran más cordiales a raíz del matrimonio», como

consta en su declaración. Tan cordiales que ahora se sabe cómo terminaron. Y Borja en la suya dice que «Daniel, aunque buen chico, no quería trabajar ni estudiar, ni tenía carrera». Nada sospechoso, en suma. Todo eso permite hacer una segunda afirmación: silencian deliberadamente extremos de gravedad e importancia.

Se saltó algunos renglones de prosa insoportable.

Dado que no es razonable que herederos y administrador ocultasen lo grave e importante y dijeran lo vano y lo falso si eran ajenos a los crímenes, cabe afirmar, como conclusión, que no lo son y que su propósito era desorientar la investigación; lo que al parecer consiguieron a lo largo de ocho meses.

Un hecho nuevo para las actuaciones sumariales: el hallazgo en un cubo de basura del chalet, a los tres o cuatro días de los luctuosos sucesos, de una docena de casquillos del calibre 22, arrojados allí por Borja de la Fonte. De este hallazgo me informaron verbalmente Vicente Gil y un periodista del semanario El Caso, si bien no había constancia documental de su existencia. El actuante ignora la procedencia y el destino que se haya dado a tales casquillos, pero, desde luego, está claro que son la prueba del uso de un arma calibre 22 y que el arrojarlos al cubo de la basura, en fechas tan próximas a los crímenes, no parece sino una maniobra para tratar de hacer desaparecer algo relacionado con ellos, habida cuenta de que Daniel Espinosa dijo haber vendido el arma a Borja de la Fonte antes de la consumación de los hechos.

No menos extraño resulta que, al ser entregados a la Policía, ni siquiera se extendiera un acta que reflejara su recepción, ni se remitieran al Laboratorio de Balística Forense -por donde nunca pasaron- a efectos de la oportuna pericia. La investigación ha sido unidireccional en sus resultados, pese a las ingentes y diversas averiguaciones practicadas, que siempre conducen a las mismas personas.

Por último, cabe significar que las mayores trabas a la investigación surgen de las querellas por calumnia y por injuria presentadas por los herederos y el administrador, quienes, más preocupados por lavados de imagen e hilarantes apariciones en televisión, o lucrativas declaraciones en revistas, nunca aportaron un ápice a la investigación. Por el ejercicio de aquellas acciones judiciales, enmudecen a los

testigos, intimidan a los que pudieran serlo y alertan contra cualquier vocación de justicia del señorío del poder y del dinero.

## El condenado

En un cuartucho interior del Venus que hacía las veces de oficina, Fierro dormitaba con los pies sobre la mesa. La sangre le hervía, algunas magulladuras seguían recordándole su fragilidad y no era capaz de concentrarse. No podía borrar de su mente el rostro de Daniel Espinosa mientras entraba en la sala por última vez, con gesto sombrío y las pupilas cargadas de tristeza, como si no hubiera conciliado el sueño durante toda la noche. En aquel instante, Fierro temió que su culpable se desmoronara, que aprovechara el acto final para decir esta boca es mía, y que el castillo de naipes se viniera abajo en un suspiro. Nada cambió a pesar del desfile de psicólogos, forenses y expertos en balística. Cualquier giro legal iba a convertirse en pólvora mojada. Pero Fierro, al escucharlos, creía ver por todas partes el largo brazo de Jacobo Castellar, su manera de ejercer un poder ilimitado y discreto. Todos bailaban para él.

Con los ojos cerrados, recordaba el discurso monótono del fiscal Zarzalejos, dando golpecitos en la mesa con la punta de su bolígrafo, mientras desmenuzaba su diatriba con voz cavernosa: «Los marqueses de Urbina recibieron una muerte alevosa, trágica, inmisericorde; pero yo he actuado igual que si los muertos fueran de cualquier condición. Y en este caso que nos ocupa, la fantasía se ha desbordado. Como en los mejores seriales, no ha faltado la CIA, las drogas, el terrorismo, las amenazas... Fue preciso ceñirse al círculo familiar. El crimen había sido una chapuza; el tipo de arma que se usó no era buena, dejaba demasiadas pistas. ¿Y a quién beneficiaban aquellas muertes? Daniel Espinosa había firmado la separación de bienes al casarse, pero su matrimonio estaba roto, legalmente roto... Lo que queda en el aire es el móvil. ¿Por qué Daniel Espinosa mató a sus suegros? La respuesta es clara: los asesinó por sus frustraciones matrimoniales, profesionales y económicas. ¡Señores, los motivos por los que se comete un crimen pueden resultar inverosímiles! En cierta ocasión, un hombre mató a su mujer porque le llevaba el desayuno a la cama. No existen los móviles totalmente explicables. Es un simplismo pensar que podemos encontrar un porqué lógico de todos los actos...».

En la mente aturdida de Fierro también reverberaba la oratoria perdida de aquel insigne abogado defensor, Joaquín María Ribas, tan inútil frente a la gran maquinaria: «La confesión de Daniel Espinosa no es suficiente para condenar a un hombre. Las condiciones en que mi defendido confesó, derrumbado, presionado por los inspectores Montero y Cordero, ponen en tela de juicio la confesión como prueba. ¡Y lo nunca visto: escribió de su puño y letra una declaración de culpabilidad! Con esto pretendían amarrar la confesión, dar caza a tan ingenua víctima. Luego,

dicha prueba desapareció. Existió un pacto entre Daniel Espinosa y el inspector Cordero; a mi defendido se le sometió a una coacción psíquica, lo desnudaron, lo humillaron; le mostraron a su padre esposado y le dijeron: “Lo mismo que hemos hecho con tu padre, lo haremos con tu madre y tus hermanos”. La confesión de Daniel Espinosa, en estas condiciones, carece de garantía procesal. Espinosa es inocente».

Recordó la voz del juez Garray, que redoblaba en su cerebro como un tambor: «¡Levántese el acusado! ¿Tiene algo que añadir?». Y Dani, cabizbajo, balbuceando que no, que no tenía nada más que decir. «¡Visto para sentencia!». A Fierro se le fue la cabeza a un lado y estuvo a punto de caer. Se incorporó tambaleándose y encendió la radio. Eran las siete de la mañana del 7 de julio, y el primer informativo difundió la noticia.

Sin pensarlo dos veces, salió a la calle, cruzó con el semáforo en rojo y se acercó al quiosco más cercano. Estaba en la primera plana de todos los periódicos. Tomó uno de ellos y comenzó a leer:

### **ESPINOSA CONDENADO A 53 AÑOS DE PRISIÓN**

Madrid.— Daniel Espinosa Hontoria, yerno de los marqueses de Urbina, ha sido declarado culpable del asesinato de sus suegros, ocurrido hace tres años. El tribunal, que no descarta la posible existencia de cómplices del delito, ha condenado al acusado a una pena de veintiséis años por cada uno de los dos asesinatos, así como al pago de veinte millones de indemnización a los herederos de las víctimas. Al enterarse de la sentencia, Espinosa, que dijo que no esperaba ser declarado culpable, comentó: «¡Qué le vamos a hacer!».

En su tercera página, con gran despliegue tipográfico, el diario reproducía textualmente el fallo de la sentencia redactada por el juez ponente, Bienvenido Garray:

FALLAMOS que debemos condenar y condenamos al procesado Daniel Espinosa Hontoria, como responsable en concepto de autor de dos delitos de asesinato, con la concurrencia de las circunstancias agravantes de premeditación y nocturnidad, a la pena de veintiséis años, ocho meses y un día de reclusión mayor por cada uno de los delitos, con la limitación establecida en el artículo 60 del Código Penal, con su accesoria de inhabilitación absoluta durante el tiempo de la condena, al pago de las costas y de la indemnización de veinte millones de pesetas a favor de los hijos de los fallecidos.

—¿Va a comprar el periódico, o qué? —dijo el quiosquero, con voz de pocos amigos—. Si quiere leerlo gratis, váyase a una biblioteca.

Fierro no le miró, sacó una moneda de cincuenta pesetas del bolsillo y se la dio sin hacer caso a sus malos modos.

—Eh, oiga, le sobran...

Comenzó a caminar sin levantar los ojos del papel, emocionado al comprobar el resultado de un trabajo bien hecho. Para la prensa, el caso Urbina era el crimen de moda; tenía nombre de banco, de título nobiliario, de avenida importante en Madrid. La gran aristocracia del dinero. Los ricos también mueren. Los necios se habían conjurado para que aquello pareciera un melodrama

televisivo. Para los periodistas, todos eran sospechosos, todos habían nacido culpables. Los puntos oscuros eran de tal magnitud que comenzaron a publicarse libros y reportajes con las más descabelladas teorías. En la carrera del sensacionalismo barato, todos pensaban que a Dani le faltaban agallas para perpetrar y organizar fríamente un crimen como aquel. Todos creían en su inocencia. ¿Un jurado —de existir— le habría condenado a una pena más leve? Su abogado había demostrado sus dotes profesionales sembrando dudas sobre los manejos policiales y las pruebas, construyendo un relato verosímil en el que los supuestos asesinos formaban parte de una conspiración.

Por suerte para Fierro, el tribunal no le creyó. Aquellos hombres viejos ya tenían su sentencia decidida de antemano. Los cinco mariachis, con Garray de cantante solista, impusieron como demostración de culpabilidad que Daniel Espinosa Hontoria, de veintinueve años de edad, perteneciente a una familia acomodada y culta:

... comenzó a dirigir palabras ofensivas contra su suegro, como cerdo, rácano, cretino. Las relaciones se enfriaron hasta el punto de que no se dirigían la palabra. Cuando, con ocasión de la demanda de nulidad de matrimonio alentada y financiada por el suegro, el procesado se sintió manipulado, en una discusión con su esposa, el 28 de julio de 1980, llegó a formular amenazas tales como: «Te vas a acordar de mí, voy a hundir a tus padres; esta vez va en serio». Por esta causa, y probablemente por motivos no determinados, decidió darles muerte...

El confiado Dani no había confesado la verdad. ¡Fue tan estúpidamente digno! Lo negó todo, no facilitó ningún nombre y mantuvo el tipo como si estuviera convencido de que no le condenarían. ¡Qué ingenuo! Al final, la sentencia daba vergüenza ajena. El tribunal se aferró al móvil de la venganza como a un clavo ardiendo. Dani se acababa de comer la autoría de los asesinatos con demasiada tranquilidad. A no ser que tuviera un acuerdo secreto con alguien, aquel frágil bocazas había mostrado una fortaleza desconcertante.

En los tres años transcurridos, Fierro se había convertido en una sombra oscura. Todo le había ido de mal en peor. Él era el creador de un asesinato pulcro, y Castellar creía que no iba a pagar su precio completo, que podía aplastarlo como a una cucaracha. Su trabajo había sido excelente, y la sentencia inapelable concluía que el crimen había sido obra de Dani, «por sí solo o en unión de otros». Daniel Espinosa Hontoria y su amigo José Luis Muriel Estepona fueron «los otros», los comparsas, y Fierro el ejecutor.

Desde su trono financiero, Jacobo Castellar de Urbina podía sonreír tranquilo. Nada ni nadie le relacionaba con el crimen. Solo quedaba Fierro, pero había muerto años atrás, según investigaron sus esbirros, en la African Trust Company. El problema radicaba en que nadie había podido identificar aquellos despojos, y Namibia, acosada militarmente por Sudáfrica, era uno de los países más corruptos, pobres y violentos del mundo.

—Quiero su cadáver —había ordenado Castellar—. Quiero la prueba de que está muerto, que no quede duda alguna.

—No hay cuerpo, ni fotos, ni nada —respondió Barrachina—. Pero el certificado...

—Entonces sigamos alerta.

—Lo enterraron con cal viva, en una fosa común, en medio de la selva.

—¿Me oyes, Barrachina? Como si estuviera vivo.

—Han pasado tres años y no ha dado señales...

—Ese hijo de puta es como Jesucristo: es capaz de resucitar de entre los muertos.

A Barrachina le hizo gracia la comparación. A fin de cuentas, el Gran Hombre era el Pilatos que había mandado crucificar a Fierro, mientras que él era el centurión encargado de clavarlo en la cruz.

—Hubiera sido más cómodo pagarle lo que pedía —dijo Barrachina, con atrevimiento—. A esa clase de gente solo le importa el dinero.

—Y nos lo hubiera estado sacando sin cesar. Nos tendría en sus manos. Era..., es un chantajista que sabe demasiadas cosas, demasiados trabajos, demasiados...

—Nada que no pudiéramos pagar.

—¡Se acabó, Barrachina!

—Como quiera, don Jacobo...

—Toda prudencia es poca.

—Ya sabe que sus deseos son órdenes para mí. —El Gordo hizo una reverencia.

—Si no hay cadáver, ese canalla sigue vivo —concluyó Castellar, masticando las sílabas—, y lo quiero claramente muerto.

## **Dos manzanas podridas en el mismo chabolo**

Durante demasiado tiempo, Fierro había permanecido en una suerte de limbo. Quería salir de aquel ostracismo, volver a ser libre y cerrar el asunto sin dejar ningún cabo suelto. Después de la condena de Daniel, concluyó que era preciso silenciar al Fotógrafo cuanto antes. Tendría que borrarlo del mapa de manera discreta para que aquel pudiera ser un trabajo bien hecho, y después ya se encargaría del banquero y de su esbirro seboso. Pero ¿cómo hacerlo? Sus contactos en los bajos fondos de la periferia le ofrecían un buen abanico de posibilidades «casuales»: sirleros, butroneros, yonquis armados con navajas... Ese submundo estaba a su alcance, porque él era un hombre del Proveedor. Podían atacar, robar y rematar al Fotógrafo en su casa, tal vez unos intrusos que habían entrado a robar; podía ser atropellado al cruzar una calle por un conductor desaprensivo, podía caer entre las vías del metro o ser víctima de una sobredosis... Era cuestión de que alguien le siguiera y... Así de fácil, simplemente debía elegir el momento adecuado. El Fotógrafo continuaba siendo cliente asiduo del gimnasio de la calle Abascal; no había perdido su adicción al olor del linimento, al sudor musculado y a la ducha comunal entre hombres que se querían mucho a sí mismos. Estaba dándole los últimos retoques a su plan cuando, apenas dos meses después de que Dani fuera condenado, el inevitable inspector Montero, contra todo pronóstico, detuvo a José Luis Muriel. A los pocos días, se abrió un nuevo sumario y el caso dio un vuelco. El Fotógrafo fue procesado. Ahora sería imposible eliminarlo sin llamar la atención.

Cuando Fierro conoció, por los periódicos, el auto judicial que ponía a su antiguo compañero entre rejas, no pudo evitar sentir un escalofrío:

De las diligencias practicadas se deduce que, el 31 de julio de 1980, José Luis Muriel Estepona, amigo íntimo de Daniel Espinosa desde los años de colegio, comió y pasó la tarde con Daniel; se reunieron con un amigo común y los tres cenaron en un restaurante del paseo de Recoletos de la capital. Poco después se fueron a un pub de la calle de Lagasca, próximo a la calle de María de Molina. En tal establecimiento coincidieron con otro amigo común; se separaron de ellos pasadas las dos horas de la madrugada del día 1 de agosto. No consta que José Luis y Daniel bebieran demasiado aquella noche.

Ambos se dirigieron al chalé de los marqueses de Urbina en Somosaguas y, presumiblemente, entraron en él en connivencia con otras personas. A continuación mataron a los marqueses con un arma de fuego. José Luis quedó encargado de deshacerse de la bombona de gas, del soplete, del martillo y de la pistola utilizada. Para ello, salió en coche hacia el pantano de San Juan y por el camino fue arrojando los utensilios en diversos puntos próximos a la calzada. Una vez en el pantano, tiró al agua el arma del crimen, en un lugar que, meses después, al bajar el nivel del agua embalsada, dejó el arma al descubierto. Una familia que paseaba al borde del pantano la encontró en aquel lugar y la entregaron en el ayuntamiento de Pelayos de la Presa, de donde, según parece, ha desaparecido en circunstancias no aclaradas y que se están investigando para depurar responsabilidades. Al mismo tiempo, se está tratando de localizar y recuperar el arma, que, según los datos obrantes en el sumario, es una pistola marca Star modelo F, del calibre 22, con número de fabricación que comienza con los números «21». Tales datos coinciden con los de una pistola registrado desde hace bastantes años, en la Intervención de Armas de la Guardia Civil, a nombre de Manuel Espinosa, quien, según sus propias palabras, la vendió hace casi cuarenta años, aunque no recuerda a quién.

A partir de ese momento, encontrar nuevos indicios era como coser y cantar. La Policía comprobó que el Fotógrafo había ido a la Dirección General de Seguridad para preguntar si era verdad que habían detenido a Daniel. En cuanto le dijeron que estaba declarando, salió precipitadamente de España.

Con dinero prestado por un amigo no identificado, José Luis pagó un billete de avión a Londres vía Lisboa, por tratarse de la única combinación que se le ofrecía entonces para ir a la capital británica, donde permaneció durante el 10 de abril. Regresó a Madrid al día siguiente, en compañía de uno de sus hermanos, que se desplazó a Londres cuando supo que él estaba allí.

Para colmo de la desfachatez, en cuanto pasó a disposición judicial, el Fotógrafo fue encarcelado preventivamente en la prisión de Carabanchel. Durante meses, compartió celda, en la séptima galería, con su Dani del alma. Las dos manzanas podridas juntas entre cuatro paredes, con más intimidad que cuando estaban libres en la calle. No era preciso ser un lince para comprender que alguien había arreglado aquella convivencia con el objetivo de conseguir que los dos presos se pusieran de acuerdo y limaran cualquier aspereza en la versión que debían dar de lo

ocurrido.

El efecto fue demoledor. Recuperado del impacto que supuso su encarcelamiento, José Luis Muriel se desdijo de todo lo declarado hasta entonces. Entre otras lindezas, no podía recordar si Dani le había dicho que Borja estaba metido en «el asunto». Mientras leía la transcripción periodística publicada por *Interviú*, a Fierro le resultaba fácil «ver» al fiscal Zarzalejos al borde del sarcasmo.

—Durante los meses que, tan graciosamente, convive con Daniel Espinosa en la prisión, ¿ha llevado usted a cabo su particular investigación sobre qué sucedió de verdad durante la noche del 31 de julio al 1 de agosto de 1980? Con lo grande que es Carabanchel, y teniendo en cuenta que usted es un preso preventivo y que su amigo es un convicto, no me negará que han tenido ustedes suerte. ¡Una amistad tan íntima como la suya tan juntitos, tan...!

Y se imaginaba al Fotógrafo, con la mirada huidiza de los mentirosos, respondiendo:

—Nunca hablamos sobre la muerte de los marqueses de Urbina.

—Pero... ¡con tantas horas solos, en la intimidad!

—Mantuve conversaciones con Dani, es cierto, pero él jamás mencionó nada sobre la posible participación de personas concretas.

—¿Nada de nada?

—Dani solo me dijo que Borja y Alicia habían tomado parte en la muerte de sus padres. Sus palabras exactas fueron: «están implicados». Únicamente recuerdo que la noche del crimen, mientras le llevaba al chalé, Dani me dijo que Alicia le estaba esperando allí.

—¡Vaya! ¡Pues sí que le ha costado hacer memoria!

Fierro comprendió que su capacidad de sorpresa tenía un límite. Pero el gesto se le torció definitivamente seis meses tarde, cuando José Luis Muriel eligió su propio camino. Tras cumplir en Carabanchel el periodo máximo de prisión preventiva a la espera de juicio, el martes 29 de diciembre de 1985 se fugó de España con un pasaporte falso y con un apoyo logístico planeado al detalle. La lentitud del juez instructor, más preocupado por su carrera que por las diligencias del sumario, y el colapso en el funcionamiento de la Audiencia de Madrid, habían propiciado que el Fotógrafo acabara en paradero desconocido. Algunos creían que se bronceaba en una playa carioca. Quienes le conocían mejor decían que estaría en Filipinas, donde su familia tenía propiedades y ciertos contactos. Sin el cómplice de Dani, los verdaderos protagonistas del segundo juicio del caso Urbina iban a ser los fantasmas.

## La única lealtad

Fierro abrió la puerta del cuartel. Los del turno de tarde acababan de irse y los de la noche ya habían comenzado su ronda. El retén tardaría al menos quince minutos en aparecer y la telefonista ocupaba su puesto sin demasiadas ganas de trabajar. Era el momento más discreto del día, nadie estaba donde debía estar y reinaba la calma.

Al entrar, preguntó por Gumersindo Gutiérrez. La chica de la recepción ni siquiera le miró. Señaló una escalera y, sin dejar de limarse las uñas, dijo con la monotonía de la costumbre:

—Primer piso. Segundo despacho de la derecha. En la puerta pone «comisario jefe». No tiene pérdida.

En aquel corto trayecto no se cruzó con nadie.

Mientras subía las escaleras, volvió a sentir, con rabia, aquel leve dolor en el costado. Llegaba dispuesto a pagar el peaje. Era la vieja historia del manso corderito balando su cobardía con sumisión ante las garras del lobo. Pero él no era un borrego ni estaba allí para bailarle el agua a un chulo de pueblo.

—Me alegro de verte —dijo Gúmer, satisfecho y parapetado al otro lado de su mesa de madera noble—. Eres como un libro abierto...

Y le ofreció una sonrisa triunfal.

—No estoy para bromas.

—Tus huellas, gilipollas. Tus huellas. Eres demasiado descuidado para ser de la peor calaña.

—Gúmer...

—Sé tu verdadero nombre, con el que naciste. Tus datos completos. Tengo hasta el estudio psicológico que te hicieron cuando ingresaste en los comandos. Me han dado incluso fotocopias.

Fierro trató de mantener la sangre fría sin demasiado éxito.

—Ya eras un poco malo en tu adolescencia, cuando ibas a la escuela —prosiguió Gúmer—. Te denunciaron varias veces por agresiones.

—Era un niño hiperactivo.

Los labios de Gúmer dibujaron una sonrisa maléfica cuando dijo:

—Después del asesinato de tu madre, te convertiste en un cabrón sin control. —Fierro se quedó paralizado—. Por eso tu padre te alistó voluntario a los diecisiete años.

—Mi padre me llevó a un psiquiatra —dijo recuperando la calma—. El muy imbécil le dijo: «Hay algo extraño en la personalidad de este chico, tiene algo que ver con la muerte». Y mi padre

se lo tragó.

—Joder, Fierro: Brigada Paracaidista, División Acorazada, la Segunda Bis, los Comandos de Operaciones Especiales..., la élite del Ejército español. ¿Y estás al frente de una mierda de *pub*?

—Quisieron poner el mal que llevaba dentro al servicio del bien supremo y de la verdad. Mi padre me dijo: «Para que acabes en la cárcel es mejor que te metas en un cuartel y descargues tu mal fario por una causa justa».

—¿Una causa justa? Por eso, de repente, cambiaste el amor a la patria por una actividad más lucrativa. Vamos, como los pilotos militares que se pasan a Iberia.

—Descubrí que mis mandos eran malos y que yo era peor que todos ellos.

—No tienes ni idea de lo que es realmente el mal.

—¿Tú crees?

Fierro sacó un sobre y lo dejó caer con suavidad.

—Aquí tienes tu dinero.

Gúmer le agarró la mano y apretó sin miramientos.

—Me has subestimado. La gente como tú siempre peca de soberbia —dijo, sin dejar de mirarle a los ojos, mientras con la otra mano palpaba el contenido del sobre. Su sonrisa de triunfo se convirtió en mueca al preguntar—: ¿Qué es esto?

—Primero cuenta las trescientas mil pesetas —dijo Fierro, casi declamando—. Es el dinero que me pediste para que pueda seguir con mi *pub*.

—¿A qué juegas? —exclamó *el Sheriff*, visiblemente irritado, apretándole como si quisiera aplastar una nuez mientras con la otra mano enarbolaba una cinta de casete a pocos centímetros de su cara.

—Escúchalo —respondió Fierro, soportando el dolor sin pestañear—. Se os oye muy bien a ti y a tus dos esbirros de la Unidad. Alto y claro. A mí apenas se me distingue.

Con las venas cargadas de sangre, Gúmer arrojó la cinta sobre la mesa y la pequeña banderita española ondeó sobre su mástil diminuto.

—Ahora estamos solos, Gúmer. Sin micrófonos, sin matones... Mis socios me cubren y nuestro abogado aparecerá en menos que canta un gallo si...

Fierro reconoció aquella mirada. Ya la había visto antes en otros tipejos como aquel.

—Quizá podamos suavizar un poco el asunto —añadió, conciliador—. Quiero a tus dos macarras. Tengo que devolverles algunos regalos. Soy una mala persona.

Gúmer lo soltó bruscamente. Fierro comenzó a mover los dedos para recuperar la circulación. Estaba pálido.

—No te pases —dijo Gúmer, con voz sombría—. Te conozco muy bien. Estuviste a sueldo del Servicio de Documentación de la Defensa, operaciones antiterroristas, infiltrado, espionaje, eliminación de activistas... Montaste un comando del Batallón Vasco Español. Algunos atentados en el sur de Francia tienen tu sello: la bomba contra la librería Mugalde, de Hendaya... Dejaste de llamarte como te bautizaron... ¡Qué vulgar! A partir de entonces utilizaste un nombre de gaucho argentino.

—No sé de qué coño estás hablando.

—Ni el Proveedor tampoco —amenazó—. El cree que eres un pelagatos repartidor de hostias.

—¿Qué quieres, Gúmer? —Fierro se sentía estúpido.

—Ametrallamientos, bombas..., la operación Reconquista en Montejurra... Eras el

condimento de todas las salsas hasta que en 1976 organizaste con los italianos el secuestro de Pertur, el etarra ese que quería negociar la paz..., y se te murió. Dejaron de fiarse de ti.

—Ya basta.

—¿Cómo crees que sé todas estas cosas? No solo soy un jefe de Policía de pueblo. Tengo contactos. Muchos cabrones están en deuda conmigo. Les he lavado demasiados trapos sucios. ¿Y tú creías que ibas a tenerme comiendo en la palma de tu mano?

—Vale ya, Gúmer. ¿Cuál es el trato?

—El dinero no lo es todo. A mí me interesa el poder. Hace que me sienta realizado como ser humano. Quiero quitarme de encima al Proveedor.

Fierro se encogió de hombros.

—Me ayudarás. Le contarás a tu jefe que me tienes por los huevos con la grabación de los cojones. De vez en cuando darás al Proveedor informes incompletos sobre mis actividades, y me tendrás al tanto de todos sus movimientos. A cambio, ganarás más dinero que nunca, y por partida doble.

—Eso es imposible.

—En cuanto le meta el cuerno al Proveedor, podrás irte al infierno, si es lo que quieres.

—Estás muy seguro de que voy a trabajar para ti.

—Ah, se me olvidaba. —Gúmer desplegab un énfasis teatral exasperante—: Yo no soy el único que ha preguntado por ti en el lugar correcto. Otros se han interesado por tu persona. Cuando me mostraron tu expediente, me dijeron: «Hombre, *Sheriff*, este tal Fierro está muy solicitado últimamente». «¿No me digas?», respondí con curiosidad. «¿No te puedes imaginar quién me ha pedido informes sobre el figura! ¡Ni más ni menos que el jefe de seguridad del Banco Interamericano!». Ese gordo bajito, además de trabajar para uno de los hombres más ricos de España, colabora con nosotros desde los tiempos de Carrero Blanco, antes de que tú llegaras, imbécil.

—No me sorprende.

—¿Y si el Proveedor descubriera que tiene a sus órdenes a un infiltrado de los servicios secretos, a un asesino del Ejército español? Piensa en ello por un momento. Si ayudo un poco al Gordo, al Proveedor o a la Policía que investiga el caso Urbina..., no les resultará difícil atar algunos cabos. Vas dejando un rastro más claro que las cagadas de un perro.

—La traición no es mi fuerte.

—¡Fierro, no me jodas! ¡En toda tu puta vida solo le has sido leal a la muerte!

## En el caso Urbina morirá más gente

La muerte cada vez ocupaba más espacio en los pensamientos de Daniel Espinosa, convicto y solitario en la celda número cuatro de la segunda planta de la prisión de Santoña. Sus cartas familiares, los mensajes a su abogado o las frases escritas en el reverso de postales coloristas de lugares exóticos estaban llenas de fatalismo. El recurso de casación ante el Tribunal Supremo no había dado ningún resultado a su favor. Habían confirmado la sentencia y solo le quedaba cumplir una larga condena.

En una carta a su viejo amigo O'Brien escribió: «Morir tampoco es algo que se deba hacer de cualquier forma. A mí me gustaría acabar tranquilamente. Llegar una noche, tomar una pildorita, quedarme dormidito y abandonar esta humanidad insoportable. Me gustaría morirme, pero no colgado de una reja por el pescuezo como si fuera un chorizo».

La idea no llegaba sola. Desde los primeros días en Santoña dispuso de dinero suficiente para pagarse algunos caprichos; tener una existencia cómoda y ser respetado por los seguidores como un cliente de postín. Manejaba peculio suficiente para que las horas y los días no pesaran sobre él como losas de cemento. Pero cuando se tiene buena relación con determinados personajes del trullo la confianza puede ser peligrosa.

Un día, cuando Daniel se había desprestigiado ante la opinión pública vendiendo exclusivas inverosímiles de su crimen —incluida la versión verdadera—, alguien decidió que se había pasado de la raya, y al mediodía de un caluroso miércoles, en pleno verano de 1986, descubrieron su cadáver:

Colgado de la ventana aparece el cuerpo de un hombre, mirando al interior de la celda, y por consiguiente de espaldas a la calle. Viste chaqueta blanca de punto con vueltas en las mangas, pantalón y zapatillas azul claro con suelas de goma y cordones blancos; niqui de manga corta color rosa puesto del revés y un slip rojo. En su muñeca izquierda porta un reloj que da la hora perfectamente.

Las manos de Daniel Espinosa estaban extendidas y las yemas de sus dedos permanecían

ligeramente apoyadas en el saliente de la pared. Las punteras de sus zapatillas rozaban las sábanas de la cama; su cuerpo colgaba ahorcado con una sábana atada al barrote horizontal. Si Dani se hubiera arrepentido durante el último momento (esos diez segundos en que un ahorcado se mantiene con vida) podría haberse salvado apoyando los dedos de sus pies, simplemente.

Pero no, había muerto. Sobre la colcha había dejado una nota manuscrita y fechada cinco días antes, como prueba de que se había suicidado: «Que se entreguen a Golondro todas mis pertenencias de la celda. Que no se haga la autopsia y que se me entierre sin celebraciones. Firmado: Daniel Espinosa Hontoria». En el reverso del papel podía leerse esta posdata: «Si es posible, dono mis ojos y mis riñones a quien los pudiera necesitar. Tal vez todavía sirvan».

En una auténtica ceremonia de la confusión, manipularon el cadáver sin ninguna precaución. A diferencia de cómo debe hacerse, nadie tomó fotografías en el momento en que descubrieron el cuerpo, de su posición y de los detalles. El juez José Antonio Alonso Suárez no lo consideró necesario. Lo descolgaron y lo colocaron sobre la cama. El forense de turno, tras comprobar que carecía de signos externos de violencia, dictaminó que «parece, en un principio, que la muerte ha podido producirse por asfixia, por ahorcamiento» y que había muerto aproximadamente sobre las doce y media, una hora antes de ser descubierto, cuando los demás presos estaban en el patio o en los talleres. Esta hipótesis marcó toda la autopsia. Una ambulancia trasladó el cadáver al depósito municipal de Santoña. Aquella misma tarde un solo forense efectuó la disección.

En cuanto retiraron el cuerpo y llevaron sus pertenencias al juzgado, en seis cajas, varios reclusos entraron en la celda y borraron cualquier huella de lo que había ocurrido allí. No precintaron el chabolo de Dani, que se convirtió en un lugar de peregrinación para los demás reclusos. Demasiada negligencia para que aquel no fuera un plan premeditado, una manera eficaz de evitar que se pudiera volver a investigar lo sucedido.

Dani sufría una depresión y se había suicidado: la teoría oficial era verosímil y sin fisuras. La reconstrucción oficial de las últimas horas de vida de Daniel Espinosa negaba su posible asesinato:

Tras el desayuno, un funcionario acompañó a Dani a su celda. Después cerró tras de sí las tres cancelas. Al contrario que sus compañeros, Espinosa no acudía a trabajar después de desayunar, sino que se iba a su celda, con permiso del director, por el estado de debilidad en que se encontraba. Lo dejaron solo, encerrado. Es muy improbable que existan copias de las dos llaves con las que se llega a la celda de Espinosa, porque son nuevas y fueron hechas hace dos años.

La autopsia describía su cuerpo con tintes sombríos:

Pelo castaño, ojos marrones entreabiertos, presenta alrededor del cuello un trozo de sábana con nudo corredizo que presiona el cuello. Al retirar dicho trozo de sábana se aprecian señales de fuerte presión alrededor del cuello, sobre todo en el lado

izquierdo. La piel presenta un aspecto apergaminado.

Oficialmente, Daniel Espinosa, de treinta y cuatro años, se había suicidado, pero la sorpresa llegaría más tarde. Setenta días después de dictaminar la «asfixia por ahorcamiento», el Instituto de Toxicología de Madrid detectó la presencia de drogas en sus vísceras.

El pulmón muestra una serie de alteraciones que indican cierta cronicidad en la adicción a las drogas de abuso. Se detecta cianuro en las siguientes concentraciones, una vez lavado el estómago (no se cuantifica el cianuro, dado que este estómago es remitido vacío y, por lo tanto, la investigación se ha llevado a cabo sobre un segundo lavado), tras la investigación de drogas: riñón: 0,4 mg/kg; pulmón: 14 mg/kg; sangre... Las concentraciones de cianuro en sangre son poco significativas dadas las malas condiciones de conservación en que llegó la escasa cantidad que restaba para la investigación del cianuro y la gran volatilidad del tóxico.

Según esas conclusiones, el fallecido no se drogaba demasiado. La alta dosis de cianuro la había inhalado por vía aérea inmediatamente antes de morir. ¿Qué le había matado? ¿El ahorcamiento o el veneno? En un informe sobre la autopsia realizado a petición del padre de Dani, dos prestigiosos forenses, José Antonio García Andrade y Mariano Pérez Folguera, desvelaron:

Al no haber señales de violencia, la suspensión del cuerpo se hizo voluntariamente o sin conciencia de la víctima, lo que supone un suicidio complejo. El suicida utiliza dos sistemas mortales para asegurarse su propósito: el veneno y el ahorcamiento. En este caso, al perder la conciencia, cosa que sucede de inmediato tras tomar el veneno, aunque el fallecimiento tarda dos o tres minutos como máximo, deberían haberse presentado signos vitales de ahorcamiento, al quedar aún con vida pero inconsciente, suspendido del lazo y, al estar muy próximo a la pared y tener las convulsiones propias de una muerte por cianuro. Además, existe la posibilidad de que se golpeará las extremidades contra el muro, signos que no se describen. Es decir, al estar suspendido ya no tenía convulsiones. No hay signos de ahorcadura en la cabeza; ni la emisión de semen o la mordedura de la lengua que se aprecian en los cadáveres que tienen una muerte convulsiva.

Estaba muerto cuando le colgaron de la sábana, para lo que no ofreció resistencia. El hallazgo de cianuro en los pulmones era definitivo. La dosis es excesivamente elevada como para

atribuirla a fenómenos cadavéricos de descomposición. La vía de entrada fue la aérea, en forma de inhalación, habitual en muchos toxicómanos. Una vez esnifado el polvo, creyendo que consumía una papelina de cocaína o heroína, ya no hay retorno y la muerte se produce de forma indefectible.

Los asesinos se habían tomado demasiadas molestias. ¿Quién o quiénes podían estar interesados en su muerte al cabo de tanto tiempo? Solo aquellos que temían sus revelaciones, por absurdas que pudieran parecer; quienes deseaban silenciar para siempre aquella voz molesta que mantenía el caso en las páginas de los periódicos y en los programas de la televisión. Echar tierra encima de una maldita vez: «El misterio Urbina, la conspiración, el cazador, el inductor..., Dani no tenía lo que hay que tener para cometer un crimen tan frío y profesional».

Si cazaban a José Luis Muriel, los otros grandes mentirosos del primer juicio volverían a testificar ante un tribunal de justicia: Alicia, ya casada con el Americano; Borja de la Fonte, con su título de marqués; el irascible Damián Fernández Ferreira; el tirador Manuel Espinosa... Todos ellos, en algún momento, habían sido señalados por Dani como supuestos autores materiales o como miembros del complot. Incluso citó a un tal Toni como autor espectral, pero no supo ofrecer ningún detalle que pudiera identificarlo.

Uno muerto, el otro desaparecido...

Desde que trascendió la noticia, Fierro supo que su suerte, o lo que quedaba de ella, había terminado. En manos de Gúmer, los negocios no le iban mal del todo, pero sabía que en cualquier momento el Proveedor, Barrachina o el propio *Sheriff* podían cortarle la cabeza sin pestañear. Había seguido la crónica del suicidio de Dani con el convencimiento de que se lo habían quitado de encima. Ahora tenía muy claro que aquella eliminación escondía muchas cosas y comprendió que había llegado su turno. El discurrir de los años borraría cualquier indicio de su paso por aquel torbellino. Solo quedaba él, y le obsesionaba la advertencia de Manuel Espinosa, lanzada a los cuatro vientos durante el entierro de su hijo: «En el caso Urbina morirá más gente».

## El ajuste

Fierro le arrebató la pistola de un manotazo, dejó caer en el suelo la pesada bolsa de deporte y le hundió el puño izquierdo en la cara. Un quejido, acompañado por un ruido de metales al chocar, rompió el silencio del dormitorio.

Ató a Barrachina en un sillón con un gran rollo de cinta adhesiva y miró los dos cadáveres durante unos segundos. Después resopló y comenzó a darle bofetadas hasta que el Gordo volvió en sí.

—Cabrón, te me has adelantado.

—¿Tú? Esos ojos... No, no me amordaces: necesito hablar.

Fierro tiró la cinta y empujó el sillón a pocos metros de la cama, para que el perro de Castellar quedara frente a los cadáveres de su mujer y de su hijo.

—Míralos, parecen dormidos.

Las lágrimas de Barrachina descendían lentamente y empapaban su bigote con fluidos amargos.

Cuando Fierro abrió la bolsa, la cremallera sonó como un chirrido amenazante. Sacó el soplete, lo enroscó a la pequeña bombona de gas y encendió la llama con un mechero de propaganda.

—No solo sirve para fundir cerraduras —dijo.

Barrachina le observaba sin pestañear. Después de tantos años, el Gordo seguía teniendo aquellos ojos glaciales capaces de hacer lo necesario para conseguir sus propósitos. Tras matar a su propia familia se había convertido en un pelele.

—Siempre sospeché que no estabas muerto —dijo Barrachina, sin inmutarse.

—Según cómo se mire.

—Lo que me extraña es que hayas tardado tanto en venir.

—Más de seis años.

—No pareces el mismo.

—La vida me ha maltratado por vuestra culpa.

—Me he llevado lo único que amaba, a mi mujer, a mi hijo... —balbuceó, al borde del llanto.

—Y yo te llevaré a ti —respondió Fierro mientras regulaba la llama del soplete; lo enarboló encendido, y añadió—: Vengo a cobrar tu deuda.

—Estoy preparado.

—Nadie lo está, créeme. Tampoco lo estaba Inma, ¿la recuerdas? Era mi secretaria, una buena chica, y la matasteis. No era necesario.

—El lobo debe borrar sus huellas después del ataque.

—¿Por eso a José Luis Muriel se lo ha tragado la tierra? —preguntó Fierro, acercándole el fuego a los párpados.

—Dicen que está escondido en Sudamérica. En Paraguay, tal vez.

—¿Y a Dani?

—Se suicidó en la cárcel hace un par de semanas.

—Lo sé. Cianuro con soga.

—Tomó muchas precauciones para morir: se envenenó primero y se ahorcó después.

Barrachina esbozó una mueca oscura, indefinida.

—En el talego lo convertisteis en nada.

—Estás muy puesto en el tema —dijo Barrachina con frialdad—. El imbécil no dejaba de hacer ruido. Y a don Jacobo el ruido le da dolor de cabeza.

—Estoy aquí por vuestras maquinaciones. Soy vuestro último eslabón. Tarde o temprano hubierais dado conmigo.

—No sé a qué te refieres —mintió.

—No te hagas el tonto, ya no te queda tiempo.

La llama comenzaba a quemar su mano izquierda y un suave olor a carne chamuscada se adueñaba del aire.

—Fierro... te han... dejado... la cara... como un mapa. —Ni siquiera pestañeó cuando añadió, amenazante—: Si vas a matarme..., no te cortes. Ya no tengo nada que perder.

—No hay prisa.

—Si quieres tu dinero, tendrás que pedirselo a Castellar... Es el amo del universo, el gran presidente. A mí me acaba de dejar en la ruina. Me ha rechazado unos pagarés... que él mismo firmó y ahora... No le importa nada ni nadie... Solo se quiere a sí mismo.

—¡No me digas!

—Lo cuento en la carta y en esos documentos —dijo señalando la pequeña mesa de madera labrada.

Fierro dejó el soplete en el suelo y tomó aquellos papeles. Barrachina no paraba de sudar. Le dedicó su peor sonrisa y leyó:

... la baja de la cotización en bolsa del Banco Urbina estaba lanzando al marqués a una desenfrenada y ruinosa operación financiera. En el cuaderno particional de la herencia no está consignado todo el capital familiar. Faltan los negocios extranjeros de Martín de la Fonte, quien, aunque no tenía un cargo ejecutivo en el Banco Urbina para España, sí lo tenía en las operaciones internacionales, para las que se trasladaba a Singapur, Buenos Aires, Londres, Bogotá, Panamá... La Sociedad Aseguradora Mundial de Panamá, cuyo capital social ascendía a un millón de dólares, tuvo a De la Fonte entre sus directores principales desde 1977, y se trasladaba a todas las juntas generales de accionistas.

Señoría, la pregunta es: ¿a quién beneficia el crimen? Daniel Espinosa no planificó su frío asesinato por una endeble venganza personal; fue un asunto de dinero y lo planeó don Jacobo Castellar de Urbina, presidente del Banco Interamericano, a través de un asesino profesional contratado en Londres. También controló en persona la investigación policial, que jamás indagó realmente en los intereses financieros. La Policía, en un informe que le remitió a usted, aseguró que los bancos Urbina e Interamericano jamás se fusionarían después de la muerte del marqués, pero lo hicieron. El puesto del marqués, que tenía el paquete principal de acciones del Banco Urbina tras haber vendido las fincas de su mujer en Lorrio, quedó vacante

con su muerte, pero no lo ocuparon sus herederos.

El Banco Interamericano absorbió el Banco Urbina al comprar casi la totalidad de las acciones. Lo que, en un principio, iba a ser una fusión se convirtió después del crimen en una venta por derribo. El marqués se obstinó en poseer un elevado número de acciones en el Banco Urbina contra la opinión de todo el mundo, pues cualquiera podía prever la vertiginosa caída del valor de las acciones, tal como ocurrió. Para la familia supuso una verdadera ruina, pues llegó a perder más de mil millones de pesetas.

Fierro alzó la mirada.

—¡Con lo perro fiel que le has sido siempre, y ahora traicionas a tu jefe del alma!

—Le pago con la misma moneda.

—Demasiado tarde.

—Hoy en día la gente ya no respeta nada. Antes poníamos en un pedestal la virtud, el honor, la verdad y la ley... En nuestros días, la corrupción es la única ley. La corrupción está minando a este país. La virtud, el honor y la ley se han esfumado de nuestras vidas.

—Eres un moralista.

—¿Yo? Todo eso lo dijo Al Capone días antes de que lo metieran en prisión por no pagar sus impuestos —dijo, y lanzó una carcajada grotesca, sorprendido por su amarga ocurrencia, aunque lloraba de dolor y sus dientes crujían de manera mecánica.

—Quiero que me organices una cita con él —dijo Fierro—, pero sin trucos. Si lo haces, quizá te deje con vida.

—Mira a tu alrededor. Ya soy un hombre muerto.

—Es una pena que tu excelentísimo hijo de puta se salga otra vez con la suya mientras tú...

—Te ayudaré si me matas lentamente, con dolor.

—¿Y por qué no?

—En el primer cajón de mi mesa —dijo Barrachina— hay una tarjeta exclusiva con la que podrás entrar en la fortaleza.

—Llámale por teléfono —ordenó Fierro—. Dile que quieres verle, que tienes información sobre mí, que puedes ofrecerle mi cabeza en bandeja de plata a cambio de que te liquide los pagarés del demonio. Así te creará.

—Tengo sed.

—Beberás luego.

Barrachina dictó el número privado de Castellar. Fierro le puso el auricular en la oreja y controló el diálogo entre aquel perro y su antiguo amo. Acababa de concertar un encuentro con Jacobo Castellar para aquella misma madrugada en su despacho del banco. El Gran Hombre respondió encantado:

—Quizá pueda arreglar lo tuyo, Barrachina. Tú sabes mejor que nadie lo importante que es para mí la fidelidad.

—Sí, claro.

Angustiado, el Gordo guardó silencio.

Fierro cortó la comunicación, salió del dormitorio y regresó con un vaso de agua cristalina.

—Bebe, te lo has ganado.

Barrachina dio el primer sorbo. Fierro apartó el vaso por un instante y vació en la garganta del Gordo un frasco entero de barbitúricos, pastilla a pastilla.

—Será una muerte lenta, a tu gusto —dijo Fierro—. Yo siempre cumplo mi palabra.

Barrachina ni siquiera trató de cerrar la boca. Aceptaba su destino.

—Acabemos ya.

Mientras agonizaba, el Gordo mascullo:

—Estás matando a un muerto.

Cuando la Policía registrara el cadáver, iba a encontrar la pistola con la que asesinó a su familia, junto a su confesión manuscrita. El psiquiatra forense concluiría que Baltasar Barrachina había cometido un suicidio ampliado, que era otro enfermo depresivo que mataba a su familia para librarla de este mundo cruel y que después se suicidaba.

Fierro desató a aquel fardo agonizante y dejó que se desplomara. Pusó la silla en su sitio, lo guardó todo en la bolsa de deporte y salió de allí repitiendo cada uno de sus movimientos anteriores, para no dejar huella.

Pasadas las cinco de la madrugada, conduciendo el coche del Gordo, Fierro entró en el garaje para altos ejecutivos de la sede central del Banco Interamericano-Urbina. El guardia de la puerta, metido en su garita de cristal, le miró de reojo sin demasiado interés; escuchaba en la radio una voz estridente que denunciaba árbitros comprados y federativos corruptos. Reconoció el vehículo y ni siquiera cambió de posición cuando Fierro metió la tarjeta en la ranura y alzó la mano en señal de saludo. Mientras se abría la barrera, permaneció con el cuerpo levemente erguido hacia delante para que aquel tipo no pudiera verle el rostro.

A pesar del sigilo y la lentitud de su marcha, las ruedas se deslizaban sobre suelo del cemento pulido de una manera ruidosa; era el eco de un gran espacio vacío. Aparcó en la plaza de Barrachina y salió del coche. Al quitarse la chaqueta, la chapa de vigilante brilló bajo los tubos fluorescentes, prendida en el pecho a un uniforme gris marengo con jarreteras azules y la pistola al cinto. Así vestía la guardia pretoriana de Castellar.

Una tras otra, franqueó las puertas de seguridad, ranura tras ranura. Al atravesar el gran vestíbulo neoclásico, hizo una señal desde la distancia al guardia que controlaba los monitores del circuito de vigilancia interior.

Sobre la mesa de control, un pequeño transistor hablaba de la ausencia de goles.

—Vaya noche —dijo el hombre, con amabilidad—. ¿Otra ronda?

—Órdenes de última hora —contestó Fierro, como una sombra desde la distancia.

Entró en el ascensor privado. La puerta reservada al presidente, blindada y discreta, cedió al marcar la contraseña en un panel de números cautelosos.

Cuando se abrió el ascensor en el último piso, surgió de repente un espacioso despacho con grandes vidrieras que mostraban la ciudad de Madrid a sus pies, todavía iluminada por los grandes rótulos de neón.

Allí, sentado en su trono, le esperaba Jacobo Castellar, con un *whisky* en la mano, que zarandeó suavemente al comprobar que Fierro le encañonaba.

—Demasiado desconfiado para ser un cadáver —bromeó, sin un atisbo de sorpresa—. Vale, vale, no te sulfures. Te sienta bien el gris.

—Siempre me han gustado los uniformes.

No había comprendido la gravedad del momento.

Fierro se acercó hasta él en silencio, sin dejar de apuntarle.

—Estamos solos, tranquilo —advirtió Castellar.

Fierro se relajó, se sentó al otro lado de la gran mesa y ordenó a Castellar que mantuviera sus manos a la vista. El Gran Hombre, con aire divertido, respondió agitando el vaso como si fuera un péndulo de reloj. Estaba en su terreno y parecía contento.

—Por fin cerraremos el negocio —dijo.

—Veo que te ha salido todo a pedir de boca.

—Conseguimos adaptarnos a los tiempos. La democracia exigía nuevos modos y la banca tenía pendiente su propia transición.

—Pamplinas.

—Ya no sirven los métodos de antaño; el *statu quo*, los bancos familiares... Hay que fusionarse y fortalecerse para competir. El Banco Urbina habría desaparecido si nosotros no hubiéramos tomado las riendas.

—A «vosotros» os molestaba el marqués.

—Tenía unas ideas absurdas. Desconocía por completo el negocio bancario. No era más que el consorte, el marido de la verdadera Urbina. Se enteró de la operación y trató de impedirlo. Primero quiso convencer a los demás consejeros, pero cuando vio que estábamos decididos a dejarnos absorber, se lanzó a la desesperada. Empezó a vender propiedades y empresas familiares para convertirlas en dinero con el que comprar suficientes acciones y detener nuestra operación. Iba a dejarnos a todos en la ruina.

—Y entonces yo entré en escena.

—La solución final.

—Pero no te gustó mi manera de hacer las cosas.

—Era demasiado peligrosa. Podía implicar a los hijos, sobre todo a Borja, por su relación con Dani, o a Alicia, la esposa infiel. La familia continúa siendo muy importante para mí. Si le hubieras dado un toque «etarra» o de robo... Pero no, decidiste jugar fuerte, a tu manera, y me obligaste a complicarlo todo un poco más. Para colmo de males, mataste a mi prima María Eugenia. Ella no estaba en el trato. Era una buena mujer.

—Se despertó cuando no debía hacerlo. Dani la liquidó con mucho gusto.

—Se te fue la mano.

—Y tú decidiste lavar los cadáveres, borrar las huellas, contratar a dos sicarios para que me mataran.

—Fue idea de Barrachina. Yo te hubiera eliminado en tu refugio de Miami, directamente.

—Cuánta sinceridad.

—¿Qué hubieras hecho tú? Lo decidí cuando te presentaste disfrazado de periodista en la rueda de prensa. Aquello fue demasiado. Eras una amenaza.

—Como ahora.

—No, ahora no eres más que el chico bueno que viene a cobrar su parte. Y sabes que si no llegamos a un acuerdo, no saldrás entero de aquí. Estás en mi fortaleza porque yo te he dejado entrar. Y por el pobre Barrachina. ¡Qué le habrás hecho!

—Quiero lo que me debes, con los intereses de todos estos años.

—Lo tendrás.

—Y la seguridad de que no enviarás a nadie para matarme.

—Te doy mi palabra.

—No puedes dar lo que no tienes. Eres peor que yo.

—Te daré lo que pidas. Estoy construyendo un imperio. Los socialistas cuentan conmigo para que los ayude a sanear y modernizar la «gran banca», el último reducto del antiguo régimen, dicen. ¿Por qué estropearlo con minucias? Te daré tu dinero y me olvidaré de ti para siempre. ¿Cuánto quieres?

Era un cerdo tan repugnantemente feliz que daba náuseas.

—Lo quiero todo —dijo Fierro.

—¿Cómo? —exclamó, antes de soltar una carcajada sonora.

—Lo que eres y lo que podrías llegar a ser —añadió Fierro.

Extendió el brazo y la pistola tocó la frente de Castellar con el cañón de la pistola.

—Déjate de bromas —respondió con fastidio—. ¿Cuál es tu precio?

—¿La reconoces? Es una Star del calibre 22, como la que usamos para matar a tu prima y a su maridito. El mismo calibre, pequeño y discreto, con el que voy a quitártelo todo.

—Si me matas, serás hombre muerto.

—Qué ocurrente.

Fierro cogió un papel de carta de encima de la mesa, con su membrete de oro engalanado con el escudo de armas de los Castellar. Le ordenó que tomara su pluma.

—Escribe, cabrón...

El cañón de la Star descendió hasta su boca, abierta, estupefacta. El Gran Hombre empuñó la estilográfica. Se le había helado la sangre.

—Con letra clara, para que se entienda —ordenó Fierro. Le empezó a dictar—: Hoy, lunes 25 de septiembre de 1986, confieso que no puedo soportar el peso de la culpa y he decidido encontrarme con la justicia de Dios. Porque yo, Jacobo Castellar de Urbina, en colaboración con Daniel Espinosa y José Luis Muriel, maté a mis familiares los marqueses de Urbina en la madrugada del 1 de agosto de 1980. Firmado...

—No te creerá nadie. Tapanán el escándalo. Yo soy el poder, el sistema, el dinero...

—Y yo soy la muerte —sentenció Fierro.

Un disparo bastó para que el Gran Hombre perdiera su prestigiosa vida.